

**ENTRE EL IMPERIALISMO Y
LA REVOLUCIÓN**

León Trotsky

Índice

INTRODUCCIÓN	3
I LEYENDA Y REALIDAD.....	9
II LA ESTRICTA NEUTRALIDAD.....	17
III EL REGIMEN INTERIOR	24
IV EL PERIODO DE CIRCUNSPECCIÓN.....	30
V GEORGIA Y WRANGEL	31
VI EL DESENLACE.....	35
VII LA GIRONDA GEORGIANA, TIPO POLÍTICO.....	40
VIII TODAVÍA DEMOCRACIA Y SOVIETISMO.....	43
IX EL DERECHO DE LOS PUEBLOS A DISPONER DE ELLOS MISMOS Y LA REVOLUCIÓN PROLETARIA	49
X LA OPINION PÚBLICA BURGUESA. LA SOCIALDEMOCRACIA. EL COMUNISMO	55

INTRODUCCIÓN

A la hora en que escribimos estas líneas, falta menos de tres semanas para la Conferencia de Ginebra. ¿Cuánto tiempo nos separa efectivamente de esa reunión?, la verdad es que todavía nadie lo sabe. La campaña diplomática que gira en torno a la Conferencia está estrechamente vinculada a la campaña política que se lleva a cabo en torno a la Rusia soviética.

Entre la diplomacia de la burguesía y la de la socialdemocracia existe una división de trabajo fundamental: la diplomacia amaña las intrigas oficiales y la socialdemocracia moviliza la opinión pública contra el gobierno de los obreros y campesinos.

¿Qué quiere la diplomacia? Imponer a la Rusia revolucionaria un tributo lo más pesado posible; obligarla a pagar el máximo posible de reparaciones; ampliar tanto como pueda, sobre el territorio soviético, el marco de la propiedad privada; crear para los financieros, industriales, usureros rusos y extranjeros el mayor número de privilegios a costa de los obreros y campesinos rusos. Todo aquello que no hacía mucho servía de mampara a las exigencias de “democracia”, “derecho”, “libertad”, es hoy arrojado por la borda, por la diplomacia burguesa; lo mismo que un comerciante arroja el papel del embalaje de una pieza de tela cuando se trata de enseñar la mercancía, de venderla y de medirla.

Pero en la sociedad burguesa nada se pierde. El papel de embalaje del “derecho” cae en posesión de la socialdemocracia. Es su mercancía. Es objeto de su tráfico. La II Internacional (y lo que decimos de ella se refiere también a la segunda y media, sombra proyectada de la otra) se las ingenia para probar a los obreros que el gobierno soviético no observa el “derecho” ni la “democracia”, y que las masas laboriosas de Rusia no merecen ser sostenidas en su lucha contra los usureros del mundo.

Nuestro poco respeto por el “derecho” y la “democracia” se ha manifestado con gran vigor, como es sabido, por la Revolución del 7 de noviembre.

He ahí nuestro pecado original. Durante los primeros años, la burguesía intentó extirpar la revolución socialista con las bayonetas. Hoy día se limita a adosarle modificaciones capitalistas fundamentales. No se discute más que sobre su expansión.

La II Internacional quiere, sin embargo, aprovechar la Conferencia de Ginebra para restaurar el “derecho” y la “democracia”. De allí, parece ser, deberá derivarse un programa bien definido: no admitir en Ginebra al gobierno “usurpador”, “dictatorial”, “terrorista” de los soviets y llevar en su lugar a su contrario: las reliquias democráticas de la Asamblea Constituyente. Pero plantear así la cuestión sería muy ridículo, y, por otra parte, ese planteamiento refutaría los pasos prácticos de la burguesía. La II Internacional no tiene ninguna pretensión de representar el papel de Quijote de la democracia. La II Internacional no es más que su Sancho Panza. Y ella no se atreve a plantear la cuestión en toda amplitud. La II Internacional solamente quiere extraer su pequeño beneficio.

Y la bandera de lucha por el pequeño beneficio de de democracia, es hoy Georgia. La Revolución soviética se ha realizado allí hace menos de un año. Anteriormente Georgia estaba

dirigida por el partido de la II Internacional. Esta república menchevique oscilaba constantemente entre el imperialismo y la revolución proletaria, pidiendo al primero su ayuda o bien le ofrecía la suya contra la segunda. Por otra parte, éste fue el juego de toda la II Internacional. La Georgia menchevique pagó con su propio hundimiento su ligazón con la contrarrevolución. Y la misma suerte amenaza, inevitablemente, a la II Internacional. No tiene nada de extraño si la campaña de la socialdemocracia, en todos los países en favor de la Georgia “democrática” toma, en cierta medida, un valor simbólico.

No obstante, en favor de los propósitos de los mencheviques georgianos, las cabezas más esclarecidas de la II Internacional no hallaron ni un solo argumento que no hubiese sido ya utilizado mil veces por los defensores de los derechos “democráticos”: Miliukov, Tchernov, Martov, y que tan queridos les eran. Ninguna diferencia de principio. Los socialdemócratas nos presentan hoy *in-octavo* lo que antes la prensa coaligada del imperialismo presentaba *in-folio*. No será difícil convencernos de ello si examinamos la decisión del Comité Ejecutivo de la II Internacional a propósito de Georgia.

El texto de esa decisión merece la pena ser estudiado. El hombre tiene su estilo, pero también lo tiene el partido. Veamos en qué estilo política conversa la II Internacional con la Revolución proletaria:

“I. El territorio de Georgia ha sido ocupado por las tropas del gobierno de Moscú, que mantiene en Georgia un poder odioso para la población y aparece ante los ojos del proletariado del mundo entero como el único responsable del derrocamiento de la república georgiana y de la instauración de un régimen terrorista en ese país.”

¿No es acaso eso lo que la prensa del mundo entero ha afirmado durante cuatro años con respecto a la Federación Soviética en su conjunto? ¿Acaso no se decía que el poder de los soviets le era odioso a la población rusa y que se mantenía gracias al terror militar? ¿Acaso no se decía que gracias a los regimientos letones, chinos, alemanes y baskirios hemos conservado Petrogrado y Moscú? ¿Acaso no se decía que, por la fuerza, el poder de los soviets se ha hecho extensivo a Moscú, a Ucrania, a Siberia, al Don, al Kuban, en el Azerbaiján? Y si hoy, después de la derrota de la canalla reaccionaria, la II Internacional no repite ya esas frases, palabra por palabra, más que a propósito de Georgia, ello no cambia su naturaleza.

“II. La responsabilidad del gobierno de Moscú se ha agravado aún más por los últimos acontecimientos ocurridos en Georgia, particularmente a raíz de las huelgas de protesta organizadas por los obreros, y reprimidas por la fuerza, como lo hacen los gobiernos reaccionarios.”

Sí, es verdad. El gobierno revolucionario de Georgia ha impedido por la fuerza que los dirigentes mencheviques de la burocracia de los ferrocarriles, los funcionarios y los oficiales blancos, que no tuvieron tiempo para huir, sabotearan al Estado obrero y campesino. A propósito de la represión, Merrheim, el pequeño lacayo tan conocido por el imperialismo en Francia, habla de “millares” de ciudadanos georgianos que se han visto obligados a abandonar su techo. *“Entre los fugitivos* (citamos textualmente) *se halla un gran número de oficiales, de antiguos funcionarios de la república y todos los jefes de la guardia popular.”* ¡He aquí, bien a las claras, la máquina menchevique, que durante tres años ha ejercido una represión despiadada contra los obreros revolucionarios y contra los campesinos georgianos insurrectos; la que después del derrocamiento de los mencheviques, se transformó en un dócil instrumento al servicio de las tentativas de restauración de la Entente! Que el gobierno revolucionario de Georgia haya tomado serias medidas contra la burguesía saboteadora, lo reconocemos voluntariamente. Pero si es eso, precisamente, lo que nosotros hemos hecho en todo el territorio en el que reina la revolución. Desde su implantación, el poder de los soviets, en Petrogrado y en Moscú, topó con un intento de huelga general de los ferroviarios dirigida por la burocracia menchevique y por los social-revolucionarios de los ferrocarriles. Apoyados por los obreros,

hemos aplastado esa burocracia, la hemos eliminado, la hemos sometido a la autoridad de los trabajadores. La canalla reaccionaria del mundo entero chilla sobre el bárbaro terror de los bolcheviques. Las mismas lamentaciones se repiten hoy por esta canalla reaccionaria, por los jefes de la socialdemocracia, pero esta vez, a propósito solamente de Georgia. ¿Dónde está la diferencia?

¿Acaso no está claro que los jefes de la socialdemocracia hablan de la represión de las huelgas obreras como de un método propio de “gobiernos reaccionarios”? ¿Habremos olvidado quién es miembro de la II Internacional? ¿Noske y Ebert, sus dirigentes, habrán sido expulsados? ¿Cuántas huelgas e insurrecciones han sido reprimidas por ellos! ¿A lo mejor no sean ellos los asesinos de Rosa Luxemburgo y de Carlos Liebknecht? ¿Es que acaso no será el socialdemócrata Hoersing, miembro de la II Internacional, el que provocó el movimiento de marzo para ahogarlo, inmediatamente, en sangre? ¿Y qué pensarán estos últimos de las recientes medidas tomadas por el socialdemócrata Ebert contra la huelga de los ferroviarios? ¿Es que el Comité Ejecutivo no ve, desde Londres, lo que pasa en el continente? En este caso, nos será permitido preguntar, respetuosamente, a Henderson ¿si no fue él consejero secreto de la Corona cuando la insurrección irlandesa de Pascuas en 1916, cuando las tropas reales saquearon Dublín y fusilaron a quince irlandeses entre los que se hallaba el socialista Connolly, ya herido? ¿Puede ser que Vandervelde, viejo presidente de la II Internacional, pequeño consejero de un pequeño rey, no aconsejó a los socialistas rusos que se reconciliaran, durante la guerra, con el zarismo, empapado de sangre hasta el cuello de los obreros y campesinos, destinado luego a morir asfixiado? ¿Acaso es necesario multiplicar los ejemplos? En verdad, la defensa del derecho de huelga sienta a los líderes de la II Internacional casi como un sermón, sobre la fidelidad, a Judas Iscariote.

“III. En el momento en que el gobierno de Moscú pide a otros gobiernos ser reconocido debería, si es que quiere que sean respetados sus propios derechos, respetar a su vez los derechos de los otros pueblos y no violar los principios más elementales sobre los que deben descansar las relaciones entre países civilizados.”

El estilo político está en el partido, está en su alma. Esto último es la desgracia de la II Internacional. Si Rusia quiere obtener su reconocimiento (¿de quién?) “debe respetar a su vez [¿cómo?] los derechos de los otros pueblos y no violar [fíjense bien] los principios elementales sobre los que deben [¡deben!] descansar las relaciones entre países civilizados”.

¿Quién lo ha escrito? Nosotros diríamos, seguramente ha sido Longuet mismo, si éste no se hubiese pasado a la Internacional segunda y media. ¿Puede haber sido Vandervelde, ese fino letrado de la Corona belga?, ¿o bien M. Henderson, inspirado por su propia homilía dominical en la reunión religiosa de la “fraternidad”? ¿También puede que haya sido Ebert en sus horas de ocio? Sin embargo, es necesario averiguar, para la historia, el nombre del autor de esa incomparable resolución. Claro que no nos ofrece duda que la inteligencia de la II Internacional ha trabajado en equipo. Pero ¿qué acequia fue elegida para que arrojara la podredumbre de ese pensamiento colectivo?

Volvamos, sin embargo, al texto. Para ser reconocido por los gobiernos burgueses, imperialistas, negreros (pues es de ellos, precisamente, de quien se trata), el gobierno soviético debe “no violar los principios” y respetar, a su vez, “los derechos de otros países”.

Durante cuatro años, los gobiernos imperialistas han tratado de derrocarlos. Pero no lo han conseguido. Su situación económica es desesperada. Su mutua rivalidad llega al colmo y se han visto obligados a entablar relaciones con la Rusia soviética en busca de sus materias primas, de su mercado y de sus inversiones. Lloyd George, invitando a Briand a adoptar dicha política, le explicaba que la moral internacional permitía entenderse no sólo con los bandidos del Este (Turquía), sino también con los del Norte (Rusia soviética). Nosotros no vamos a aborrecer a Lloyd George por unas palabras un poco fuertes. En esta cuestión aceptamos enteramente su

franca fórmula. Sí, nosotros creemos posible, admisible y necesario entendernos, hasta un cierto punto, tanto con los bandidos imperialistas de Occidente como con los de Oriente.

Este acuerdo, imponiéndonos obligaciones, debe al mismo tiempo obligar a nuestros enemigos a renunciar a atacarnos con las armas en la mano. Tal es el resultado que se vislumbra después de cuatro años de guerra declarada. Sin duda, los gobiernos burgueses reclaman, ellos también, el reconocimiento de los “principios elementales sobre los que deben descansar las relaciones entre países civilizados”. Pero esos principios no tienen nada de común con la democracia y el derecho de las naciones. Se exige de nosotros el reconocimiento de las deudas contraídas por el zarismo para utilizar su importe en la represión contra esta misma Georgia, contra Finlandia y Polonia, contra todos los demás países limítrofes y contra las propias masas laboriosas de la Gran Rusia. Se exige, asimismo, de nosotros, el reembolso de las pérdidas sufridas por los capitalistas por causa de la Revolución. No negamos que la revolución proletaria haya lesionado algunos bolsillos y algunas bolsas, lo que se considera el más sagrado de los principios “sobre los que descansan las relaciones entre países civilizados”. De ello se tratará en Ginebra y en otra parte. Pero ¿de qué principios hablan los líderes de la II Internacional? ¿De los principios del banditaje que se hallan en el Tratado de Versalles, que continúan provisionalmente regulando las relaciones entre estados; los principios de Clemenceau, de Lloyd George y del Mikado? ¿O es que ellos quieren que desde hoy nos desarmemos y que evacuemos unos territorios ante las narices del imperialismo, en atención a las relaciones que existirán mañana entre los pueblos? Nosotros hemos hecho ya ese experimento ante el mundo entero. Durante las conversaciones de Brest-Litovsk nos desarmamos abiertamente. ¿Acaso ello impidió al militarismo alemán invadir nuestro país? ¿La socialdemocracia alemana, apoyada por la II Internacional, levantó la bandera de lucha contra la intervención? No, la socialdemocracia continuó siendo el partido gubernamental de los Hohenzollern.

En Georgia gobernaba el partido pequeño-burgués de los mencheviques; hoy gobierna en ella el partido de los bolcheviques georgianos. Los mencheviques se apoyaban en la ayuda material del imperialismo de Europa y de América. Los bolcheviques se apoyan en la Rusia soviética. ¿En virtud de qué lógica, la Internacional socialdemócrata quiere hacer depender la paz entre la Federación Soviética y los estados capitalistas de la restitución de Georgia a los mencheviques?

La lógica es mala, pero el fin es claro. La II Internacional quería y aún quiere la derrota del poder de los soviets. La II Internacional ha hecho, en ese sentido, todo lo que ha podido. Ella lleva esa lucha de acuerdo con el capital, en nombre de la democracia contra la dictadura. Las masas obreras occidentales la sacaron de esa posición, impidiendo así que combatiera, abiertamente, a la república soviética.

Hoy, escudándose con el biombo georgiano, la socialdemocracia vuelve a empezar el mismo combate.

Las masas laboriosas del mundo entero han manifestado desde el primer momento su empeño en considerar la revolución rusa como un todo. Con eso su instinto de revolucionario coincidía, y no por primera vez, con el principio teórico que enseña que una revolución, con su heroísmo y sus crueldades, con su lucha para el individuo y su desprecio para el individuo, no puede ser comprendida sino según la lógica concreta de sus relaciones internas y no por el juicio de tal o cual de sus partes, o de tal o cual de sus episodios según las normas establecidas del derecho, de la moral o de la estética. El primer gran combate teórico entablado por el comunismo para la defensa del derecho revolucionario de la dictadura y de sus métodos ha dado sus frutos. Los socialdemócratas han abandonado, definitivamente, los métodos marxistas y hasta la misma fraseología del marxismo. Los independientes de Alemania, los socialistas italianos y sus congéneres, puestos ante el paredón por los obreros, han “reconocido” la dictadura para manifestar, por otra parte, más vivamente su incapacidad para combatir por ella.

Los partidos comunistas han crecido, se han transformado en una fuerza. Sin embargo, el desarrollo de la revolución proletaria señala un estancamiento serio, cuya naturaleza e importancia han sido explicadas con bastante profundidad por el [III Congreso de la Internacional Comunista](#). La cristalización de la conciencia revolucionaria, reflejada en el auge de los partidos comunistas, ha sido acompañada por un reflujo de la ola revolucionaria espontánea del primer periodo de la posguerra. La opinión pública burguesa ha vuelto a la ofensiva. Su principal objetivo consiste en borrar o al menos ensombrecer la aureola de la revolución.

Una gran campaña empezó, en que la grosera calumnia dio menos ventajas a la burguesía que los fragmentos seleccionados de la verdad. Gracias al espionaje de la prensa, la burguesía abordó la revolución por la escalera de servicio. ¿Saben ustedes lo que es una república proletaria? (decían); pues son las locomotoras asmáticas, es el piojo portador del tifus, es la hija de un famoso abogado de nuestros amigos en una habitación sin calefacción, es el menchevique encarcelado, son los inodoros sucios. ¡He aquí lo que es una revolución obrera! Los periodistas burgueses han mostrado al mundo entero el piojo soviético aumentado con el microscopio. Mistress Snowden, que ha regresado del Volga al Támesis, considera que ante todo tiene el deber de rascarse públicamente. Ello es casi una sonrisa que simboliza las ventajas de la civilización sobre la barbarie. Sin embargo, la cuestión no ha sido agotada. Los señores informadores de la opinión pública burguesa abordaron la revolución... por la espalda armados de un microscopio. Y miraron ciertos detalles con un extremado cuidado, incluso excesivo, pero lo que observaron no fue la revolución proletaria.

Pero, a pesar de todo, el hecho mismo de atraer la atención sobre el terreno de nuestras dificultades económicas y de nuestras cotidianas imperfecciones significaba un progreso. Abandonando los monótonos discursos, no muy inteligentes, sobre las ventajas de la Asamblea Constituyente en relación con el poder soviético, la opinión pública burguesa parecía, al fin, comprender que nosotros existimos, mientras que la Constituyente estaba bien muerta. Hablar del desorden de nuestro transporte y de otros era, en cierta manera, reconocer de facto los soviets y entrar en la vía de nuestras propias preocupaciones y esfuerzos. No obstante, reconocer no significa en manera alguna hacer las paces. Significa solamente que, después de la ofensiva que ha fracasado, empieza la guerra de posiciones. Todos nosotros recordamos que, durante la gran carnicería, la lucha se concentró súbitamente sobre el frente francés alrededor de la “casilla de un barquero”. Durante algunas semanas esta casa era mencionada cada día en los partes de guerra. En el fondo, esa casa no era más que un pretexto para romper un frente o bien para causar el mayor daño posible al enemigo. La opinión pública burguesa, continuando su guerra a muerte contra nosotros, es natural que se apodere de Georgia como de la “casa del barquero” en el estado actual de la guerra de posiciones. Lord Northcliffe, Huysmans, Gustavo Hervé, los bandidos en el poder en Rumania, Martov, el realista León Daudet, Mistress Snowden y su cuñada, Kautsky e incluso la señora Luisa Kautsky (ver la *Wiener Arbeiter Zeitung*); en una palabra, todas las armas de que dispone la opinión pública burguesa han formado una conjunción para defender la democrática, la leal y la estrictamente neutral Georgia.

Asistimos a la reincidencia de un furor incomprensible en el primer abordaje: todas las acusaciones políticas, jurídicas, morales, criminales que fueron un día lanzadas contra el sistema soviético, en general, son hoy lanzadas de nuevo contra el poder soviético en Georgia. Es precisamente en Georgia donde los soviets no expresan la voluntad del pueblo. ¿Y en la Gran Rusia? ¿Han olvidado ya la disolución de la Constituyente por los “regimientos letones y chinos”? ¿No han demostrado hace tiempo que no teniendo apoyo en parte alguna aplicamos por doquier del “exterior” (!) las fuerzas armadas y que enviamos al diablo a los más sólidos gobiernos democráticos con todas sus raíces? ¡Precisamente es por allá por donde hemos empezado, señores! ¡Precisamente, porque ustedes predecían la caída de los soviets en algunas semanas: Clemenceau, al empezar las conversaciones de Versalles, y Kautsky, al empezar la revolución alemana! ¿Por qué, pues, hoy hablan solamente de Georgia? ¿Por qué han emigrado Jordan y Tseretelli? ¿Y todos los demás: los musayatistas de Azerbaiján, los danchnakes de

Armenia, la Rada del Kuban, el grouk del Don, los petlurianos de Ucrania, Martov y Tchernov, Kerenski y Miliukov? ¿Por qué acordar una tal preferencia a los mencheviques georgianos sobre los de Moscú? Para los mencheviques georgianos se reclama la vuelta al poder, para los de Moscú se reclama solamente una disminución de las medidas represivas. Esto no es muy lógico, pero los fines políticos están bien claros. Georgia es un pretexto muy fresco para movilizar de nuevo el odio y la hostilidad contra nosotros en esta guerra de posiciones que se dilata extensamente. Así son las leyes “usureras” de la guerra. Nuestros adversarios repiten en pequeño lo que ha fracasado en grande.

De aquí el contenido y el carácter de nuestra obra. Nosotros tenemos que volver a las cuestiones ya comentadas desde el punto de vista de los principios, particularmente en *Terrorismo y comunismo*. Aquí, esta vez, hemos buscado llegar al máximo de concreción. Se trata de demostrar con ejemplos concretos la acción de las fuerzas esenciales de nuestra época. En la historia de la Georgia “democrática” hemos tratado de seguir la política de un partido socialdemócrata en el poder, obligado a buscar su camino entre el imperialismo y la revolución. Esperamos que, precisamente, el modo detallado y concreto de nuestra exposición hará más comprensibles los problemas internos de la revolución, sus necesidades y sus dificultades, al lector sin experiencia revolucionaria hoy día, pero que está interesado en adquirirla.

* * *

No siempre nos remitimos a las fuentes, porque sería agobiante para el lector, sobre todo extranjero, puesto que se trata de publicaciones rusas. Pero remitimos a aquellos que quieran comprobar nuestras citas y hallar datos más completos, a los folletos siguientes: *Documentos y materiales sobre la política exterior de la Transcaucasia y de Georgia*, Tiflis, 1919; *La R.S.F.S.R. y la República democrática de Georgia en sus relaciones mutuas*, Moscú, 1921; Makharadze: *La dictadura del partido menchevique en Georgia*, Moscú, 1921; Mechtcheriakov: *Un paraíso menchevique*, Moscú, 1921; Chafir: *La guerra civil en Rusia y la Georgia menchevique*, Moscú, 1921; del mismo autor: *Los misterios del reino menchevique*, Tiflis, 1921. Los últimos folletos están basados en la documentación hallada por la Comisión especial de la Internacional Comunista en Georgia y en Krimea. Nos hemos servido también de los archivos de los comisariados de guerra y de asuntos exteriores.

Nuestra exposición, lo mismo que nuestras fuentes, no pueden pretender, nada más lejos de ello, agotar el tema. No está a nuestro alcance la más preciosa documentación, es decir, los documentos más comprometedores que el antiguo gobierno menchevique se llevó; no disponemos tampoco del archivo británico ni del francés, de noviembre de 1918.

Si se reunieran concienzudamente estos documentos y se publicasen, se tendría una crestomatía muy instructiva para el uso de los líderes de la II Internacional y de la segunda y media. A pesar de sus dificultades financieras, la república soviética con mucho gusto pagaría el costo de la edición. Naturalmente, se comprometería a condición de reciprocidad: poner a disposición del editor todos los documentos, sin excepción alguna de los archivos soviéticos concernientes a Georgia. Pero mucho nos tememos que nuestra proposición no sea aceptada.

Por otra parte, ¡qué importa!: esperaremos pacientes a que se presente la oportunidad para poner de manifiesto lo que hoy está oculto. Al cabo y al fin, algún día llegará.

Moscú, 20 de febrero de 1922

L. Trotsky.

I LEYENDA Y REALIDAD

¿Cómo es posible que los mencheviques derrocados del poder representen el destino de Georgia? Se ha formado en torno a ese país una leyenda destinada a impresionar a los pusilánimes, que no faltan.

Por su libre albedrío, el pueblo georgiano decidió separarse amigablemente de Rusia. Así empieza la leyenda. Esta decisión, el pueblo georgiano la expresó en una votación democrática. Al mismo tiempo, inscribió en su bandera un programa de la más absoluta neutralidad en las relaciones internacionales. Ni en pensamiento ni en acción, Georgia se inmiscuiría en la guerra civil rusa. Ni los imperios centrales, ni la Entente la desviarían de la vía de la neutralidad. Su divisa era: vive como quieras y deja a los demás en paz. Cuando supieron la existencia de esa bendita tierra, algunos viejos peregrinos (Vandervelde, Renaudel, Mrs. Snowden) tomaron, inmediatamente, billetes directos para Georgia. Encorvado bajo el peso de los años y de la sagacidad, el venerable Kautsky no tardó en seguirlos. Semejantes a los primeros apóstoles, conversaron en lenguas que no conocían y tuvieron visiones que, inmediatamente, relataban en artículos y libros. De regreso de Tiflis a Viena, Kautsky no cesó de cantar el *Nunc dimittis*...

Pero los buenos pastores no habían tenido aún tiempo de llevar a sus ovejas la buena nueva, cuando se produjo una cosa horrible: sin motivo alguno, la Rusia soviética lanzó su ejército sobre la Georgia democrática, que prosperaba dentro de una neutralidad pacífica, y aplastó despiadadamente la República democrática, objeto del amor de las masas populares. En este desenfadado imperialismo del poder soviético y, en particular, en sus celos por los éxitos democráticos de los mencheviques georgianos es donde hay que buscar la razón de esta monstruosa perversidad. Aquí, en resumidas cuentas, termina la leyenda. A continuación siguen las profecías apocalípticas sobre la inevitable caída de los bolcheviques y la restauración de los mencheviques en su primer esplendor.

Kautsky ha consagrado su opúsculo edificante a la demostración de la verdad de esa leyenda¹. Sobre esa leyenda están también basadas las resoluciones de la II Internacional sobre Georgia, los artículos del Times, los discursos de Vandervelde, las confesadas simpatías de la reina de Bélgica y los escritos de los Hervé y de los Merrhelm. Y si aún no ha sido publicada una encíclica papal sobre el particular, hay que atribuirlo únicamente al prematuro fin de Benedicto XV. Esperamos que su sucesor llene esa laguna.

Por tanto, lo mismo que muchas otras, la leyenda sobre Georgia no está desposeída de poesía: se aparta, como todas las leyendas, de la realidad. O para hablar con más precisión, esta leyenda no es más que una mentira desde el principio hasta el fin producto no de la imaginación popular, sino de la prensa capitalista, que ha fabricado todas sus piezas. La mentira es solamente una mentira: he aquí la base de la furiosa campaña antisoviética en la que los líderes de la II Internacional juegan el papel dominante. Es precisamente esto lo que nosotros vamos a tratar de demostrar.

* * *

La existencia de Georgia fue revelada a M. Henderson por Mrs. Snowden, puesto que ella misma había visto a Jordan y a Tseretelli trabajando cuando realizó su viaje de estudios a Batum y a Tiflis. En cuanto a nosotros se refiere, hemos conocido a esos señores mucho antes de su dictadura sobre la Georgia democrática e independiente, en la que ellos, por otra parte, nunca

¹ *Georgien. Eine Sozialdemokratische Bauernrepublik* (Viena, 1921). "Yo no he visto más [cuenta el mismo Kautsky] que lo que se puede ver desde la ventanilla de un compartimiento de un tren, o en Tiflis. Tanto más cuanto ignoro las lenguas georgiana y rusa." Más adelante declara: "Los comunistas me esquivan..." Haría falta añadir todavía que los hospitalarios mencheviques engañaban, a cada paso, a su honorable visitante, que por otra parte se prestaba con gusto a ello. El fruto de una encuesta realizada en condiciones tan favorables fue el opúsculo en cuestión, que corona dignamente la campaña internacional contra Rusia.

habían pensado; los hemos conocido como políticos rusos en Petrogrado y Moscú. Tchkeidze estuvo a la cabeza del Soviet de Petrogrado; después, del Comité Ejecutivo Central de los Soviets durante la época de Kerenski, cuando los socialistas revolucionarios y los mencheviques dirigían los soviets. Tseretelli fue ministro del gobierno de Kerenski, él fue el inspirador de la política de conciliación².

Con Dan y otros, Tchkeidze servía de intermediario entre el soviets menchevique y el gobierno de coalición. Gueguetchkori y Tchkenkeli cumplieron misiones de confianza del gobierno provisional, Tchkenkeli fue nombrado Comisario general para la Transcaucasia.

La posición adoptada por los mencheviques era, en sustancia, la siguiente: la revolución debía conservar su carácter burgués y, por consiguiente, tenía que ser dirigida por la burguesía; la coalición de los socialistas con la burguesía debía tener por objetivo acostumar a las masas populares a la dominación de la burguesía; la aspiración del proletariado a conquistar el poder era nefasto para la revolución; era preciso declarar una guerra a muerte contra los bolcheviques. Como ideólogos de la república burguesa, Tchkeidze y Tseretelli, lo mismo que sus adeptos, defendían abiertamente la unidad y la indivisibilidad de la República dentro de los límites del antiguo Imperio zarista. Las pretensiones de Finlandia a la ampliación de su autonomía, las reivindicaciones análogas de la democracia nacional ucraniana fueron encarnizadamente combatidas por Tseretelli y Tchkeidze. En el Congreso de los Soviets, Tchkenkeli rechazó con encarnizamiento las tendencias separatistas de algunas regiones de la periferia, a pesar de que en ese tiempo la misma Finlandia no reclamaba la autonomía completa. Para reprimir esas tendencias autonomistas, Tchkeidze y Tseretelli organizaron una fuerza armada especial. Y la hubieran empleado si la historia les hubiese dado tiempo.

Pero, sobre todo, consagraron sus fuerzas a la lucha contra los bolcheviques.

Seguramente la historia no conoce otra campaña de saña, de odio y difamación análoga a la que fue desencadenada contra nosotros durante el periodo de Kerenski. En todos sus artículos y epígrafes, en prosa y en verso, con la palabra y con caricaturas, los periódicos de todos los matices y de todas las tendencias vilipendiaron, anatemizaron y calumniaron a los bolcheviques. No hubo infamia que no nos fuese atribuida a todos en general y a cada uno de nosotros en particular. Cuando parecía que la campaña había alcanzado su punto culminante, un acontecimiento cualquiera, a veces una menudencia, daba a la campaña nuevas energías y continuaba con un redoblado furor. La burguesía sentía sobre sí un peligro mortal. Su aterrorizada locura se expresaba en una estúpida rabia. Como siempre, los mencheviques reflejaban el estado de ánimo de la burguesía. Cuando la campaña era más fuerte, M. Henderson visitó al gobierno provisional y se consoló al comprobar que sir Buchanan representaba con dignidad y éxito el ideal de la democracia británica cerca de la democracia de Kerenski-Tseretelli.

La policía y el contraespionaje zaristas, que por temor a dar un paso en falso estaban inactivos temporalmente, se deshacían queriendo probar su fidelidad a los nuevos amos. Todos los partidos de la sociedad selecta les mostraban lo que debía ser objeto de su atención: los bolcheviques. Fábulas estúpidas sobre nuestro contacto con el Estado Mayor de los Hohenzollern; fábulas en las que, en realidad, nadie creía, salvo, puede ser, los espías de bajo jaez y los comerciantes moscovitas. Fábulas elaboradas, desorbitadas y desarrolladas en todos los tonos. Mejor que nadie, los líderes de los mencheviques sabían lo que valían esas acusaciones, pero que Tseretelli y su pandilla, por motivos políticos, juzgaban útil sostener. Tseretelli daba el tono, y por todas partes los contrarrevolucionarios de las bandas negras lo apoyaban con sus ladridos. Se acusaba formalmente al Partido Comunista de traicionar al

² Kautsky confunde los acontecimientos y altera la verdad misma, cuando no la necesita para alcanzar lo que se propone: así, cuenta que Tchkeidze y Tseretelli habían encabezado el Soviet de Petrogrado, en 1905. Pero la realidad es otra: nadie, en esa época, habla oído hablar de ellos en Petrogrado.

Estado, de estar al servicio del militarismo alemán. La chusma burguesa, dirigida por los oficiales patrioteros, saquea nuestras imprentas y quioscos, Kerenski recoge nuestros periódicos, miles de comunistas son detenidos en Petrogrado y en todos los puntos del país.

Los mencheviques y sus aliados, los socialrevolucionarios, habían recibido el poder de manos de los obreros y soldados, pero ellos sintieron en seguida que les faltaría la base. Y lo que querían era hacer contrapeso a los soviets de obreros y soldados ayudando a los elementos pequeñoburgueses y a la burguesía indígena a organizarse políticamente por medio de municipalidades y de zemstvos democráticos. Pero como los soviets evolucionaron rápidamente hacia la izquierda, los mencheviques no se contentaron solamente con ayudar a la clase burguesa, sino que pasaron a desorganizar y debilitar a los soviets. Las elecciones son, intencionadamente, aplazadas. El segundo Congreso de los Soviets es abiertamente saboteado. Tseretelli es el inspirador de esa política, a la que Tchkeidze le da formas orgánicas. Ya en agosto y septiembre de 1917, se trata de probar, en el órgano central de los soviets, que el tiempo de éstos ha pasado, y que se “descomponen”. Cuanto más se radicalizan las masas obreras y campesinas y presentan sus reivindicaciones urgentes, tanto más la dependencia de los mencheviques en relación con las clases poseedoras aumenta y toma un carácter brutal, declarado. Las municipalidades y los zemstvos burgueses democráticos no salvan la situación. La ola revolucionaria barre ese endeble dique. El II Congreso panruso de los soviets que, bajo nuestra presión, los mencheviques se deciden, sin embargo, a convocar, se apodera del poder con el apoyo de la guarnición de Petrogrado, casi sin lucha, sin derramar sangre. Entonces los mencheviques, coaligados con los socialrevolucionarios y los cadetes, emprenden una lucha encarnizada, y, allí donde pueden, una lucha armada contra los soviets, es decir, contra los obreros y campesinos. Y así son sentadas las bases de los frentes futuros de los guardias blancos. Durante los primeros nueve meses de la Revolución, los mencheviques pasaron, pues, por tres etapas: durante la primavera del año 1917, fueron, evidentemente, los dueños de los soviets; en el verano tratan de ocupar una posición “neutral” entre los soviets y la burguesía; en otoño, de acuerdo con la burguesía, declaran la guerra civil a los soviets. Esta sucesión de etapas caracteriza esencialmente al menchevismo y, como veremos después, toda la historia de la Georgia menchevique.

Incluso antes de la Revolución del 7 de noviembre, Tchkeidze se larga al Cáucaso. La prudencia había sido siempre la más destacada de sus cualidades cívicas. Pronto fue elegido presidente del *Seim* de coalición transcaucasiana: así cumplió en el Cáucaso, en pequeño escala, el papel que en grande había jugado en Petrogrado.

Junto con los socialrevolucionarios y los cadetes, los mencheviques fueron los inspiradores del Comité contrarrevolucionario de Salvación de la Patria y de la Revolución. Este Comité entra, inmediatamente, en contacto con la caballería cosaca de Krasnov, que entonces se dirigía hacia Petrogrado y fomenta una tentativa de insurrección armada entre los alumnos de las escuelas militares. Los líderes mencheviques, a los que Kautsky confiere el monopolio de la organización pacífica de las democracias, son los iniciadores y los organizadores reales de la guerra civil en Rusia. El Comité de Salvación de la Patria y de la Revolución que funciona en Petrogrado, y en el cual los mencheviques trabajan con las organizaciones de los guardias blancos, está ligado directamente a todos los complots, insurrecciones y atentados contrarrevolucionarios: con los checoslovacos en el Volga; con el Comité de la Asamblea Constituyente de Samara y con Koltchak; con el gobierno de Tchaikovsky y el general Miller al Norte; con Denikin y Wrangel al Sur; también con los estados mayores de las repúblicas burguesas de la periferia de Rusia; con los clanes de emigrados en el extranjero y los agentes secretos de la Entente que le suministran los fondos. Los líderes de los mencheviques y, entre ellos, los líderes georgianos, forjan todas sus maquinaciones no en nombre de la defensa de la independencia de Georgia, la que todavía no está en peligro, sino como jefes de uno de los partidos antisoviéticos que tenían puntos de apoyo en todo el país. En la Constituyente, el jefe del bloque antisoviético no era otro que el mismo Tseretelli.

Con toda la contrarrevolución, los mencheviques retrocedían del centro industrial a la periferia atrasada. Naturalmente, se pararon en la Transcaucasia como uno de sus últimos refugios. Si, en Samara, se atrincheraron tras la consigna de Asamblea Constituyente, en Tifus intentaron, en cierto momento, levantar la bandera de la república independiente. Pero no evolucionaron súbitamente. Su evolución del centralismo burgués al separatismo pequeñoburgués, evolución determinada no por las reivindicaciones nacionales de las masas georgianas, sino por la guerra civil que azotaba a toda Rusia, se efectuó en varias etapas.

Tres días después de la Revolución del 7 de noviembre, en Petrogrado, Jordan declaró en una sesión del consejo municipal de Tifus: “La insurrección en Petrogrado está viviendo sus últimos días. Desde que empezó estaba condenada al fracaso”. No se podía razonablemente exigir que Jordan fuera en Tiflis más clarividente que los buenos burgueses en todas partes del mundo. La sola diferencia existente es que Tiflis es uno de los puntos de la revolución rusa y que Jordan es uno de los principales actores de la lucha que debía, por decirlo así, poner fin a la insurrección bolchevique. Sin embargo, los “últimos días”, hace ya tiempo que pasaron y la profecía de Jordan no se ha confirmado. Desde noviembre, fue preciso apresurarse a crear un comisariado transcaucasiano autónomo; no un Estado, sino una plaza de armas contrarrevolucionaria provisional, desde la cual los mencheviques georgianos esperaban prestar un concurso decisivo a la restauración del orden “democrático” en toda Rusia. Esta esperanza tenía alguna base que la sustentaba: el estado económico atrasado del país, la extrema endeblez del proletariado industrial, la lejanía del centro de Rusia, la diferencia de condiciones sociales, de costumbres y de religiones de las múltiples nacionalidades que desconfiaban la una de la otra y separadas por antagonismos de razas; en, fin, el vecindad con el Don y el Kuban, todo ello eminentemente favorable para la oposición a la revolución obrera y que determinó que, por un periodo largo, la Ciscaucasia y el Cáucaso se convirtieran en una *Véndee* y una *Gironde* ligadas por la comunidad de lucha contra los soviets.

En esa época, las innumerables tropas zaristas que operaban en el frente turco se encontraban todavía en la Transcaucasia. La noticia sobre la proposición de paz hecha por el gobierno soviético y la reforma agraria conmovieron no sólo a la masa de soldados, sino también a la población laboriosa de la Transcaucasia. Fue entonces cuando empezó la alarma para la contrarrevolución emboscada en la Transcaucasia. Y organizaron, inmediatamente, un bloque del “orden” en el que entraron todos los partidos salvo, como es natural, el de los bolcheviques. Los mencheviques, que jugaron en él el papel predominante, contribuyeron con todas sus fuerzas a la unión de los señores terratenientes y de los pequeñoburgueses georgianos. De los tenderos y de los propietarios de los pozos de petróleo armenios. De los *beks* y de los *janes* tártaros. Los oficiales reaccionarios rusos se pusieron enteramente a la disposición del bloque antibolchevique.

A finales del mes de diciembre se celebró el Congreso de delegados del frente transcaucasiano, convocado bajo los auspicios de los mismos mencheviques. La mayoría estaba por la izquierda. Entonces, los mencheviques, con la derecha del Congreso, dieron un golpe de estado y crearon sin las izquierdas, es decir, sin la mayoría, un soviet de tropas transcaucasianas. De acuerdo con este Consejo, el Comisariado Transcaucasiano decide, en enero de 1918, “reconocer como deseable el envío de tropas a las localidades donde actualmente se producen desórdenes...” Como método, la usurpación; como fuerza armada, los cosacos de Kornilov. Tales son los verdaderos puntos de partida de la democracia transcaucasiana.

El golpe de estado menchevique en Transcaucasia no es una excepción. Cuando los bolcheviques, en el II Congreso panruso de los soviets (noviembre de 1917), formaron la aplastante mayoría, el anterior Comité Ejecutivo (compuesto de mencheviques y de socialrevolucionarios) que había convocado el Congreso se negó a ceder el sitio y transmitir los poderes al Comité Ejecutivo elegido por el Congreso. Afortunadamente, nosotros teníamos a nuestro lado no solamente la mayoría formal del Congreso, sino también toda la guarnición de

la capital. Lo que impidió a los mencheviques dispersarnos y nos permitió darles una lección práctica de democracia soviética...

No obstante, incluso después del golpe de estado de los mencheviques, las tropas de Transcaucasia continuaban siendo una amenaza permanente para su "orden". Sintiendo respaldadas por los soldados, cuyo espíritu era netamente revolucionario, las masas obreras y campesinas de Transcaucasia manifestaron la intención inequívoca de seguir el ejemplo de sus hermanos del Norte. Para salvar la situación, a los mencheviques les era preciso desarmar y aplastar a las tropas revolucionarias.

El plan de desarme del ejército fue elaborado, en secreto, por el gobierno de la Transcaucasia y por los generales zaristas. En el complot tomaron parte el general Prshevalski, el coronel Chatilov, que más tarde fue el compañero de armas de Wrangel, futuro ministro del Interior de Georgia, Ramichvili, etc. Al mismo tiempo que se tomaban medidas para desarmar a las unidades revolucionarias, se decidió no desarmar a los regimientos cosacos, sostén de Kornilov y de Krasnov. La colaboración de la *Gironda* menchevique y de la *Véndee* cosaca revistió aquí un carácter militar. Con el pretexto del desarme se hizo despojar y a veces eliminar físicamente, por destacamentos contrarrevolucionarios especiales, a los soldados que regresaban a sus hogares. En muchas estaciones tuvieron lugar combates violentos donde tomaban parte trenes blindados y la artillería pesada. Miles de hombres perecieron en esas carnicerías de las que los mencheviques georgianos eran los organizadores.

Kautsky presenta a las tropas transcaucasianas partidarias de los bolcheviques como bandas indisciplinadas que saqueaban, asesinaban y devastaban todo por allí donde pasaban. De este modo los presentaba toda la chusma contrarrevolucionaria. Se comprende esta coincidencia, pues Kautsky necesitaba que los promotores del desarme, los mencheviques georgianos, aparecieran como "*caballeros en el sentido más noble de la palabra*". Pero nosotros tenemos a nuestra disposición otras pruebas que emanan de los mismos mencheviques. Estos últimos, cuando el desarme tomó formas sangrientas y un carácter de bandidismo declarado, se asustaron de su propia obra. Y el 14 de enero de 1918, un menchevique, tengo en cuenta a Dshugheli, declaró: "*Con el pretexto de desarmar a los soldados, literalmente se les saquea. Extenuados, sin fuerzas, estos desgraciados que tanto han sufrido y que no tenían más que un deseo: llegar a sus casas y tumbarse, que los descalzaran, todo lo convertían en almoneda. Bandas de desalmados vendían el armamento y los equipos militares. Era algo indignante.*" (*Slovo*, núm. 10)

Algunos días más tarde, Dshugheli, que él mismo había participado en el desarme de la guarnición de Tiflis (más adelante tendremos todavía la ocasión de hablar de este señor), acusaba a Ramichvili de haber contratado una de las bandas más saqueadoras de la contrarrevolución transcaucasiana para desarmar a los soldados. Sobre este particular, estos dos señores tuvieron, públicamente, un "cambio de opiniones" que vamos a reproducir aquí.

"N. Ramichvili. -Dshugheli es un calumniador.

"Dshugheli. -Noe Ramichvili es un embustero.

"N. Ramichvili (repitiendo). -Dshugheli es un calumniador.

"Dshugheli. -Deje de emplear expresiones injuriosas en relación conmigo.

"N. Ramichvili. -Yo declaro que todo lo dicho por Dshugheli es una baja insinuación y que Dshugheli es un calumniador.

"Dshugheli. -Y usted es un cobarde y un canalla y yo obraré en consecuencia." (*Slovo*, núm. 22)

Como hemos visto, el desarme no era una obra tan caballeresca como dice Kautsky, puesto que dos hombres de la misma tendencia que han participado activamente en el asunto, se esfuerzan de manera tan poco caballeresca por echarse en cara mutuamente la responsabilidad.

Pero uno no puede por menos que compadecerse de Kautsky: ¡he aquí a lo que conduce el exceso de celo y la falta de moderación! Por su tono de apología enfática, todo el opúsculo de Kautsky, dicho sea de paso, recuerda extraordinariamente los escritos de algunos viejos académicos franceses sobre la misión civilizadora del principado de Mónaco o la acción bienhechora de Karageorgevich. Al abrigo de su patria, los académicos fósiles reciben condecoraciones y pensiones del gobierno, reconociendo la feliz Arcadia revelada al mundo por ellos. Kautsky, por lo que sabemos, ha sido nombrado miembro de honor de la guardia popular georgiana. Lo que prueba que él es más desinteresado que los académicos franceses. Pero si les iguala por la profundidad de sus generalizaciones históricas, es considerablemente inferior en cuanto se refiere a la elegancia del estilo laudatorio.

La paz de Brest-Litovsk es la consecuencia de la descomposición del viejo ejército. Este ejército había sufrido cruelmente una larga serie de derrotas. El solo hecho de la Revolución de marzo había asestado un golpe terrible a su organización interior. Era necesario renovarlo completamente, cambiar su base social, darle nuevos objetivos y nuevas relaciones internas. Pero la falta de cohesión entre la palabra y la acción, la vacía fraseología revolucionaria sin un decidido propósito de desplazar a Kerenski-Tseretelli, lo mataron definitivamente. El ministro de la Guerra del gobierno de Kerenski, el general Verkhovski, no dejaba de repetir que el ejército era completamente incapaz de continuar la guerra y que era necesario firmar la paz a toda costa. Sin embargo, se continuaba esperando un milagro, y esta esperanza y estas vacilaciones que revestían la forma de un patriotismo frenético no hacían más que demostrar hasta qué punto la situación era desesperada. He aquí lo que, en fin, determinó la paz de Brest-Litovsk. Los mencheviques nos exigían la continuación de la guerra con Alemania, esperando que así nos partiéramos antes los dientes, Los mencheviques bajo la bandera antigermana, se unieron con toda la reacción. Intentaron utilizar en contra nuestra los últimos restos de inercia militar del pueblo. Como siempre, los líderes neogeorgianos estaban en primera fila.

La conclusión de la paz de Brest-Litovsk sirvió de pretexto para la proclamación de la independencia de la Transcaucasia (22 de abril de 1918). A juzgar por la retórica patriótica anterior, se podía creer que la proclamación tenía por objeto la continuación de la guerra contra Turquía y Alemania. Y fue al contrario, la separación oficial de la Transcaucasia de Rusia estaba motivada por el deseo de crear una base jurídica más firme para la intervención extranjera. Con el concurso de esta última, los mencheviques esperaban, no sin razón, mantener en Transcaucasia el régimen burgués democrático y asestar en seguida un golpe al norte soviético.

No solamente los partidos de la burguesía y de los grandes terratenientes aliados a los mencheviques, sino también los mismos jefes del menchevismo georgiano hablaban abiertamente, en sus discursos y en sus escritos, de que la lucha contra el bolchevismo ruso era la razón principal de la separación de la Transcaucasia. El 26 de abril, Tseretelli decía en el *Siem* transcaucasiano: “*Cuando surgió el bolchevismo en Rusia, cuando ha levantado la mano para atentar contra la vida del Estado, hemos luchado contra él con todas las fuerzas de que disponemos... Hemos combatido, en Rusia, a los asesinos del Estado y a los asesinos de la nación, y CON LA MISMA ABNEGACION COMBATIREMOS AQUI A LOS ASESINOS DE LA NACION.*” (*Prolongados aplausos*) Con la misma abnegación y... con el mismo éxito.

¿Acaso estas palabras dejan sombra de duda sobre la naturaleza de la tarea que los mencheviques asignaban a la Transcaucasia independiente? Esta tarea no consistía en la creación entre el mar Negro y el Caspio de una república socialdemócrata ideal, neutra. La tarea consistía en la lucha contra los asesinos del estado (burgués), contra los bolcheviques, por la restauración en la “nación” burguesa de las viejas formas estáticas. Todos los discursos de Tseretelli, de los cuales terminamos de citar un pasaje, no son más que la repetición de lugares comunes patéticos que tantas veces hemos oído desarrollar por ese orador en Petrogrado. Esta sesión “histórica” del *Seim* transcaucasiano fue presidida por Tchkeidze, que era presidente hasta cierto punto inamovible, que hacía poco había cerrado la boca muchas veces a los

bolcheviques en Petrogrado. Sólo que lo que estos señores habían hecho en Petrogrado en grande, lo hacían en pequeño en el Cáucaso. Con la misma abnegación y el mismo éxito.

Resumiendo, el no reconocimiento de la paz de Brest-Litovsk puso de golpe la Transcaucasia, en tanto que “estado”, en una situación sin salida, pues daba toda libertad de acción a los turcos y a sus aliados. Apenas transcurridas algunas semanas, el gobierno transcaucasiano y el *Seim* imploraban a Turquía que se conformara con el tratado de Brest-Litovsk. Pero los turcos no querían saber nada de nada. Los pachás y los generales alemanes se convirtieron en los amos indiscutibles de la situación en Transcaucasia. Naturalmente, el objetivo fundamental fue alcanzado: por medio de las tropas extranjeras, la revolución estaba temporalmente aplastada, la caída del régimen burgués, aplazada.

Cuando, sin consultar a la población, proclamaron la independencia de la Transcaucasia (22 de abril de 1918), los mencheviques georgianos, naturalmente, anunciaron a las heterogéneas nacionalidades del Cáucaso el advenimiento de una nueva era de fraternidad sobre la base de la democracia. Pero apenas proclamada la nueva república, ya se disgregaba. Azerbaiyán buscaba su salvación en Turquía; Armenia más que a nadie temía a los turcos; Georgia se refugiaba bajo la protección de Alemania. Cinco semanas después de su solemne proclamación, la república transcaucasiana era liquidada. Lo mismo que su nacimiento, sus funerales fueron celebrados con pomposas declaraciones democráticas. Pero esto, en el fondo, no cambiaba nada: la democracia pequeñoburguesa había mostrado su completa impotencia para evitar los enfrentamientos nacionales y concordar los intereses de las naciones. El 26 de mayo de 1918, de nuevo, sin consulta alguna a la población, Georgia, fragmento del Cáucaso, es erigida en estado independiente. Nuevos torrentes de elocuencia democrática. Transcurrieron cinco meses solamente y, por una parcela de territorio, estalló una guerra entre la Georgia democrática y Armenia, no menos democrática. De una parte y de la otra se escuchaban grandes discursos sobre los intereses superiores de la civilización y sobre la perfidia del agresor. Kautsky no dice una sola palabra de la guerra “democrática” armenio-georgiana. Bajo la dirección de Jordan, de Tseretelli y de sus compinches armenios y tártaros, la Transcaucasia se transforma inmediatamente en una península como los Balcanes donde las sangrantes rivalidades nacionales se entretejían con el más puro charlatanismo democrático. A través de sus levantamientos, y caídas sangrantes, el menchevismo georgiano no dejaba de continuar la realización de su primera idea: la lucha implacable contra la “anarquía” bolchevique.

La independencia de Georgia da a los mencheviques la posibilidad (o más bien los pone ante la necesidad) de tomar abiertamente posición en la lucha de la república soviética contra el imperialismo. La declaración de Jordan sobre este punto no puede ser más clara.

“El gobierno georgiano hace saber a la población [se dice en el comunicado gubernamental del 13 de junio de 1918] que las tropas alemanas llegadas a Tiflis han sido llamadas por el gobierno georgiano y tienen como tarea defender, completamente de acuerdo con el gobierno y según sus indicaciones, las fronteras de la república democrática georgiana. Una parte de esas tropas ha sido ya enviada al distrito de Bortchalino para limpiarlo de las bandas de bandidos que la infestan.” (En realidad, por hacer una guerra no oficial contra el Azerbaiyán democrático, y todo por una parcela de territorio en litigio.)

Según Kautsky, las tropas alemanas habían sido llamadas exclusivamente para combatir a los turcos, y excepto en el dominio militar, Georgia conservaba una total independencia. Que nuestros buenos demócratas hayan invitado al general von Kress en calidad de simple centinela encargado de velar la democracia georgiana es difícilmente admisible; este general estaba muy poco preparado para jugar ese papel. Y no hay que exagerar la ingenuidad de nuestros demócratas. En ese tiempo, el papel jugado por las tropas alemanas, en el año 1918, en los Estados fronterizos rusos, no podía ofrecer dudas. En Finlandia, los alemanes habían sido los verdugos de la revolución obrera. Y en las provincias bálticas había ocurrido lo mismo. Los alemanes habían cruzado toda Ucrania, dispersando los soviets, asesinando a los comunistas,

aplastando a los obreros y campesinos. Jordan no tenía ningún motivo para esperar que a Georgia llegaran con otras intenciones. Con perfecto conocimiento de causa el gobierno menchevique hizo llamar a las tropas victoriosas de los Hohenzollern. Estas tropas tenían sobre los turcos la ventaja de la disciplina. “*Aún queda por saber cuál es para nosotros el mayor peligro, el peligro bolchevique o el peligro turco*”, declaró, el 28 de abril de 1918, el corresponsal oficial del *Seim* transcaucasiano, el menchevique Inirchvili. Que los bolcheviques fuesen un peligro mayor que los alemanes, no ofrecía duda a los mencheviques. No lo ocultaban en sus discursos y lo demostraban en la práctica. Ministros del gobierno panruso, los mencheviques georgianos nos habían acusado de ser los aliados del Estado Mayor alemán y entregado a los jueces zaristas acusados del crimen de alta traición. Habían calificado de traición a Rusia, la paz de Brest-Litovsk que había abierto “las puertas a la revolución” al imperialismo alemán. Con esa consigna encabezaron la campaña por el derrocamiento de los bolcheviques. Y cuando los mencheviques sintieron el suelo de la revolución arder bajo sus pies, separaron a Transcaucasia de Rusia, después a Georgia de la Transcaucasia, y abrieron las amplias puertas de la democracia a las tropas del Káiser, que recibieron con grandes reverencias y halagos. Después de la derrota de Alemania, se portaron, como vamos a ver, exactamente lo mismo con la victoriosa Entente. Bajo esas relaciones como bajo las otras, la política de los mencheviques no era más que el reflejo de la política de la burguesía rusa: representada por los cadetes (Miliukov), este último entró en Ucrania, con el consentimiento de las tropas de ocupación alemanas y, después de la derrota de Alemania, había inmediatamente despachado a la Entente esos mismos cadetes, hijos pródigos que a pesar de todos sus errores no habían perdido de vista jamás el objetivo fundamental: la lucha contra los bolcheviques. Precisamente es por lo que la Entente les abrió fácilmente su corazón y, lo más importante, su bolsa. Es precisamente por eso por lo que el ministro de la Guerra Henderson había fraternizado en Petrogrado con el ministro de la Guerra, Tseretelli. Este último fue acogido como un hermano, a pesar de que el general alemán von Kress le había estrechado sobre su corazón. Rectificaciones, contradicciones, traiciones, pero siempre contra la revolución del proletariado.

El 25 de septiembre de 1918, en una carta a von Kress, Jordan le decía: “*A nosotros no nos interesa disminuir el prestigio de Alemania en el Cáucaso.*” Y dos meses más tarde abrían ya sus grandes puertas a las tropas británicas. Este acto fue precedido de conversaciones cuyo objetivo principal era probar, explicar, persuadir que a la democracia georgiana le fue impuesto un medio-matrimonio con el general alemán von Kress, pero que ella aspiraba con toda su alma a un auténtico matrimonio que le ligara con el general inglés Walker. El 15 de diciembre, según su propio testimonio, el viejo menchevique Topuridze, representante del gobierno en Batum, respondiendo a las preguntas de la misión de la Entente, respondió: “*Yo estimo que, por todos los medios y todas las fuerzas de que nuestra república dispone, ayudará a las potencias de la Entente en su lucha contra los bolcheviques...*” El mismo Topuridze declara al agente inglés Webster, que Georgia “*considera que cumple con su deber si en el Cáucaso presta su concurso a Inglaterra en la lucha contra el bolchevismo...*” Cuando el coronel inglés Jordan hubo explicado que las tropas aliadas entraban en Georgia “*conforme al plan general de la paz y del orden internacional*”, o sea, para aplastar al bolchevismo y someter todos los pueblos de Rusia al almirante Koltchak, Gueguetchkori informó que “*el gobierno georgiano, animado por el deseo de trabajar de acuerdo con los aliados en la realización de los principios del derecho y de la justicia, proclamados por estos últimos, daba su consentimiento a la entrada de las tropas*”. En una palabra, pasando de la nacionalidad alemana a la de la Entente, los jefes del menchevismo georgiano hicieron caso omiso del buen y viejo consejo del poeta ruso: “*¡Aduladores, aduladores, en vuestra bajeza sabed, al menos, conservar una sombra de nobleza!*”

Recuerdo muy bien la sala de sesiones de Brest-Litovsk. Tengo todavía ante mis ojos a los personajes sentados en torno a la mesa: el barón Kuhlmann, el general Hoffmann, el conde Czernin. Pero recuerdo todavía más claramente a los representantes de la pequeña burguesía ucraniana, que también se decían socialistas y que eran (por su nivel político) socios de los mencheviques georgianos. En el mismo curso de las conversaciones hicieron a hurtadillas un

bloque con los representantes feudales de Alemania y de Austria-Hungría. ¡Había que verlos apresurarse a hacer méritos ante sus nuevos amos, intentar leer en sus ojos sus menores deseos; había que ver el desdén triunfante con que nos miraban a nosotros, los representantes aislados del proletariado en estas sesiones de Brest-Litovsk!

“Conozco la manera de huir ante el enemigo de estos bribones, sus adulaciones, su manera de sembrar la discordia y de arrojar leña al fuego, sus serviles complacencias; yo sé cómo, tal cual los perros, corren tras los amos.”³ Estos últimos años han sido fértiles en pruebas. Pero no conozco momentos más penosos, más dolorosos que los que nos han hecho vivir, con la cara roja de vergüenza, la ignominia, las tonterías, la bajeza de la democracia pequeño burguesa que en su lucha contra el proletariado se arrojan a los pies de los representantes del mundo feudal y capitalista. ¿Y no es precisamente esto lo que han hecho dos veces los mencheviques georgianos?

II LA ESTRICTA NEUTRALIDAD

Kautsky, Vandervelde, Henderson, en una palabra, todas las Mrs. Snowden del mundo, niegan categóricamente la colaboración de la Georgia menchevique con la contrarrevolución rusa y extranjera. Y es precisamente aquí donde está el quid de la cuestión. Durante la encarnizada guerra de la Rusia de los soviets contra los guardias blancos, sostenidos por el imperialismo extranjero, la así llamada Georgia democrática dice que observó la neutralidad. Y no simplemente la neutralidad, escribe el respetable Kautsky, sino una “estricta neutralidad”. Nosotros podríamos ponerlo en duda, incluso si desconociéramos los hechos. Pero nosotros los conocemos. Sabemos no solamente que los mencheviques georgianos han participado en todas las intrigas urdidas contra la república de los soviets, sino que incluso la Georgia independiente fue creada para que sirviera de instrumento en la guerra imperialista y en la guerra civil contra la Rusia obrera y campesina. Es lo que ya hemos podido ver por lo expuesto anteriormente. Sin embargo, nuestro bravo Kautsky no quiere saber nada. Mrs. Snowden está indignada. Macdonald rechaza vehementemente esas “estúpidas acusaciones”. Está bien, “estúpidas acusaciones”, como ha escrito Macdonald muy encolerizado. Pues Macdonald, sin ser Brutus, no deja de ser “un hombre honorable”. Desgraciadamente, existen hechos, documentos, actas a los que nosotros nos vemos obligados a conceder más crédito que a los hombres más honorables.

El 25 de septiembre de 1918, se celebró una Conferencia oficial de los representantes de la república georgiana, del gobierno del Kuban y del Ejército Voluntario. Este último estaba representado por los generales Alexeiev, Denikin, Romanovski, Dragomirov, Lukomski, por el monárquico Chulguine y por otros personajes cuyos solos apellidos son suficientes para indicar la calidad. El general Alexeiev abrió la Conferencia con estas palabras: “*En nombre del Ejército Voluntario y del gobierno del Kuban, yo saludo a los representantes de Georgia, nuestra AMIGA, en la persona de E. E. Guelguetchkori y del general G. I. Mazniev.*”

Los amigos tenían algunos malentendidos que aclarar. El principal concernía al sector de Sotchi. Para disipar esos malentendidos, Gueguetchkori decía: “*¿Acaso no es a Georgia adonde los oficiales rusos, cuando son perseguidos en Rusia, vienen a refugiarse? Nosotros los recibimos, nosotros compartimos con ellos nuestros escasos recursos, nosotros les pagamos un sueldo, nosotros los mantenemos y nosotros hacemos todo lo que nos es posible en nuestra precaria situación para ayudarlos...*” Estas palabras son ya más que suficientes para que surjan dudas sobre la “neutralidad” de Georgia en la guerra que hacen los obreros contra los generales del zar. Pero el mismo Gueguetchkori se encarga de desvanecer esas dudas y mostrar la certidumbre. “*Yo creo un deber recordar [dice a Denikin, a Alexeiev y a los demás] que es conveniente no olvidar LOS SERVICIOS QUE OS HEMOS PRESTADO EN VUESTRA LUCHA*

³ Shakespeare, *El rey Lear*

CONTRA EL BOLCHEVISMO Y TENER EN CUENTA EL APOYO QUE NOSOTROS OS HEMOS PRESTADO. ¡Qué puede haber más claro que estas palabras de Gueguetchkori, ministro de Asuntos Extranjeros de la Georgia democrática y líder del partido menchevique! Pero ¿acaso Macdonald necesita aclaraciones? El segundo representante de Georgia, Mazniev, está aquí para suministrárselas: “*Los oficiales [explica] no cesan de salir de Tiflis para unirse a ustedes [ustedes quiere decir Alexeiev y Denikin] y para el camino yo les suministro toda clase de recursos. El general Liazlov puede confirmarlo. Reciben dinero, víveres, etc., y todo ello gratis. Como ustedes lo han pedido, YO CONCENTRO A LOS OFICIALES que se hallan en Sochi, en Gagri, en Sojum y les exhorto a que se unan a vuestro ejército...*”

Kautsky sale fiador de la neutralidad y, además, de la neutralidad más estricta de Georgia. Macdonald trata, buenamente, de “estúpidas acusaciones” lo que se refiere a los servicios prestados por los mencheviques a los blancos en su lucha contra los bolcheviques. Pero nuestro honorable hombre se apresura a decir que poseemos mucha inventiva. Los hechos están aquí para confirmar nuestras acusaciones. Los hechos desmienten a Macdonald. Los hechos prueban que somos nosotros los que decimos la verdad y no Mrs. Snowden.

Pero eso no es todo. Esforzándose por demostrar que con la cesión temporal del sector de Sochi a Georgia los guardias blancos no perderán nada, puesto que lo que importa sobre todo a estos últimos es avanzar hacia el Norte, contra los bolcheviques, Gueguetchkori dijo: “*Si es eso, pues yo no lo pongo en duda; nosotros vemos en el porvenir la reconstitución de una nueva Rusia; para nosotros no se trata solamente del retroceso en el sector de Sochi sino de cuestiones más importantes: hecho que ustedes no deben perder de vista.*” Estas palabras arrancan el velo a la autonomía georgiana: no se trata de una “autonomía nacional”, sino más bien una maniobra estratégica en la lucha contra el bolchevismo. Cuando Alexeiev y Denikin hayan reconstruido una “nueva Rusia”, pues esto Gueguetchkori “no lo duda”, se tratará para los mencheviques georgianos no solamente de retroceder en el sector de Sochi, sino de hacer volver a Georgia entera al seno de Rusia, una e indivisible; he ahí, bien especificada, la “estricta neutralidad”.

Pero como si temiera que algunos duros de mollera continuaran con sus dudas, Gueguetchkori añade: “*En cuanto a nuestra actitud en relación con los bolcheviques, yo puedo declarar QUE LA LUCHA CONTRA EL BOLCHEVISMO sobre nuestro territorio es de las más encarnizadas. Con todos LOS MEDIOS QUE TENEMOS A NUESTRO ALCANCE COMBATIMOS AL BOLCHEVISMO, movimiento antiestatal, que amenaza la integridad de nuestro estado, y creo que sobre este particular hemos dado ya una serie de pruebas bastante elocuentes.*” En todo caso, estas palabras pueden pasar sin comentarios.

Pero ¿cómo han podido ser conocidas conversaciones de un carácter tan privado? Levantaron acta y han sido publicadas. ¿Acaso no serán falsas? Es poco probable. Han sido publicadas por el mismo gobierno georgiano en un libro titulado *Documentos y materiales sobre la política exterior de la Transcaucasia y de Georgia* (Tiflis, 1919). Las actas citadas están en las páginas 391 a la 414. Como Gueguetchkori era el ministro de Asuntos Extranjeros, se llega a la conclusión de que ha sido él mismo el que ha hecho imprimir sus entrevistas con Alexeiev y Denikin. A Gueguetchkori se le puede excusar, pues en aquel entonces no podía prever que Kautsky y Macdonald saldrían un día fiadores de la neutralidad de los mencheviques georgianos jurándolo por el honor de la II Internacional. Por otra parte, no es éste el único caso en que la situación de los honorables *gentlemen* de la II Internacional hubiese sido mucho más fácil si no hubiesen existido ni la estenografía ni la imprenta.

Para que el alcance político de las declaraciones hechas por Gueguetchkori, en su entrevista con Denikin, nos queden completamente claras, es indispensable recordar cuál era, en septiembre de 1918, la situación militar y política en la Rusia de los soviets. Tomen en sus manos un mapa, la cosa vale la pena. Nuestra frontera occidental pasaba entonces por Pskov y Novgorod; Pskov, Minsk y Moghilev estaban en manos del príncipe Leopoldo de Baviera. ¡Y en ese tiempo, los príncipes alemanes contaban algo en Europa!... Por otra parte, Ucrania estaba enteramente

ocupada por los alemanes, que habían sido llamados para defender la democracia contra los bolcheviques. Apoyados sobre Odesa y sobre Sabastopol, el grupo del general von Kierbach se extendía casi hasta Kursk y Voronez. Los cosacos del Don amenazaban Voronez desde el Sudeste. Tras ellos, en el Kuban, Alexeiev y Denikin organizaban su ejército. En el Cáucaso, los turcos y los alemanes hacían lo que querían, y un estrecho corredor nos ligaba a Astrakán. El Volga estaba dos veces cortado en el Norte: por los cosacos en Tzaritsea, y por los checoslovacos en Samara. Toda la parte sur del mar Caspio se hallaba ya entre las manos de los blancos que estaban a las órdenes de oficiales de la marina inglesa; en cuanto a la parte septentrional, nos fue ocupada al año siguiente. Al Este, luchábamos contra los checoslovacos y los blancos, que ocupaban las regiones transvolguianas, los Urales y Siberia. Al Norte reinaba la Entente, que ocupaba Arkanjel y todo el litoral del mar Blanco. La parte septentrional del ferrocarril de Murman estaba ocupada por un cuerpo de desembarco anglo-francés. La Finlandia de Mannerheim amenazaba Petrogrado, que se hallaba semicercado por el enemigo. En cuanto a nuestro ejército, apenas empezaba a formarse bajo el fuego del enemigo.

En esta situación, los representantes oficiales de la Georgia menchevique anuncian a los organizadores del Ejército Voluntario que Georgia salva a los oficiales blancos de las persecuciones de los bolcheviques, que los mantiene gratuitamente, que recluta entre ellos voluntarios para los ejércitos de Alexeiev y Denikin; en fin, que Georgia lucha “sin cuartel” contra el bolchevismo y que trata “por todos los medios” de alcanzar su objetivo.

Gueguetchkori no fanfarroneaba, no exageraba los servicios que había prestado a la contrarrevolución. El y sus amigos han hecho todo lo que han podido. Naturalmente, no se les podía pedir que pusieran en pie, para socorrer a los blancos, una fuerza armada seria, puesto que ellos mismos se veían obligados a recurrir a las tropas alemanas para luchar contra la “anarquía” interior. Sus recursos reales eran en mucho inferiores a su buena voluntad contrarrevolucionaria. Eso no quita que ellos han prestado a las organizaciones militares de los guardias blancos inmensos servicios en las circunstancias de entonces.

Se apoderaron del inmenso material de guerra del ejército del Cáucaso, abandonado sobre territorio georgiano, y lo emplearon, en gran parte, en mantener a los blancos: a los cosacos del Don, del Kuban, de Terek; a los oficiales checos; a los destacamentos de Heiman y de Filomonov; al Ejército Voluntario de Alexeiev y Denikin, etcétera.

Su ayuda fue entonces de una importancia capital para las tropas contrarrevolucionarias que operaban en el Cáucaso y que no recibían apenas nada de afuera. La colaboración de la Georgia menchevique con los contrarrevolucionarios de todo pelaje fue diaria, pero no ha sido registrada más que incidentalmente. Y es difícil escribir ahora una historia de esa colaboración, tanto más cuanto los más preciosos documentos se los han llevado los mencheviques al extranjero. Pero los documentos que han quedado en las oficinas de Tiflis son plenamente suficientes para desvanecer del ánimo del más puntilloso de los notarios la última sombra de duda sobre la famosa neutralidad georgiana.

Las conversaciones y la colaboración militar con los organizadores del Ejército Voluntario empezaron desde el mes de junio de 1918, si no fue el primer día de la autonomía georgiana. Algunas operaciones puramente militares (por ejemplo, el avance hacia la estación de Govoristchenskaia) fueron emprendidas por Georgia a petición del gobierno del Kubán, que estaba en connivencia con los “voluntarios”.

El general Heimann, que partiendo de Daghestanskaia avanzaba contra los bolcheviques, recibió del general georgiano Mazniev, del que ya hemos hablado, 600 fusiles, 2 ametralladoras y cartuchos. El general Maslovski, que estaba, como Heimann, al servicio de Alexeiev y actuaba de acuerdo con la dirección menchevique, recibió de Georgia, en Tuapsé, un tren blindado. Es en esto, entre otras cosas, en lo que pensaba Gueguetchkori cuando recordaba a Alexeiev y a Denikin los socorros suministrados por Georgia. En octubre de 1918, es decir, poco después de

la conversación Gueguetchkori-Denikin, que ya conocemos, el gobierno georgiano entregó al gobierno del Don, que estaba en estado de guerra con las tropas soviéticas, una cantidad importante de material de guerra⁴. El 3 de noviembre de 1918, el general georgiano Mazniev informaba a su gobierno que luchaba contra los bolcheviques mano a mano con los cosacos del Ejército Voluntario. “*He dejado [dice] en primera línea a los cosacos y he traído a Sotchi, para que descansen, las tropas que me han sido confiadas.*” El 26 de noviembre, el gobierno georgiano decidió entregar al representante del Ejército Voluntario, Obiedov, una cantidad indispensable de medicamentos y de material sanitario y “*ayudarle enteramente en ese asunto*”. Ese asunto era la guerra civil organizada contra la Rusia de los soviets. Evidentemente, el material sanitario y los medicamentos son objetos muy humanos, es de lo más neutral. Pero, desgraciadamente, el gobierno georgiano ha empezado por quitar por la fuerza estos objetos a las tropas caucásicas “contaminadas” por “la anarquía bolchevique” para entregarlos inmediatamente a los guardias blancos que atacaban a la Rusia de los soviets por el Sur. Todo eso, en su conjunto, se llama “estricta neutralidad”, según Kautsky, pero no según Jordan. Este último escribía al jefe de la misión imperial alemana, el 15 de octubre de 1918, es decir, en medio de los acontecimientos que relatamos: “*Yo no he considerado JAMAS Georgia, desde el punto de vista de su situación internacional, como un estado enteramente neutro, HECHOS EVIDENTES NOS PRUEBAN LO CONTRARIO.*” ¡Perfectamente justo! Esta carta también ha sido publicada por el mismo Jordan en el libro editado en Tifus, del que ya hemos hablado y que estaba a la entera disposición de Kautsky cuando escribía su folleto. Pero Kautsky ha preferido fiarse de su inspiración apostólica. Todo hace creer que Jordan, que no podía negar la evidencia del curso de sus entrevistas de “negocios” con el general von Kress, se permitió en sus conversaciones edificantes con Kautsky agarrar a ese venerable anciano por la nariz, y eso era muy fácil, puesto que Kautsky había llevado a Tifus una nariz muy bien conformada para esos efectos. Es decir, no iba dispuesto a meter la nariz en ninguna parte.

Georgia firmó un acuerdo según el cual ponía sus vías férreas a disposición de las tropas turcas para ser transportadas a Azerbaiyán; con la ayuda de ellas fue derrocado el poder de los soviets en Bakú, que había sido instaurado en esa ciudad por los obreros, a pesar que estaban cortadas sus relaciones con Rusia. Este hecho tuvo para nosotros consecuencias muy graves. Bakú, que suministraba petróleo a Rusia, se convirtió en un punto de apoyo de nuestros enemigos. Se podría decir, en verdad, que separado de Rusia el gobierno georgiano ha sido obligado a prestar un concurso decisivo a las tropas del sultán lanzadas contra el proletariado de Bakú. Admitamos que sea así. Pero no es menos cierto que Jordan y los otros líderes georgianos han expresado al partido musulmán *Mussavat* reaccionario y burgués, sus felicitaciones con motivo de la toma de Bakú por las tropas otomanas. El acto de violencia del militarismo turco, en definitiva, era la realización de los deseos íntimos de los mencheviques, deseos que, por otra parte, como se ve, no trataban de disimular.

La revolución no sólo perdió Bakú por un cierto tiempo; la revolución perdió para siempre algunas decenas de sus mejores hijos. En septiembre de 1918, casi en la fecha en que Gueguetchkori mantenía conversaciones con Denikin, veintiséis bolcheviques, líderes del proletariado de Bakú, y, entre ellos los camaradas Chaumian, miembro del Comité Central de nuestro Partido, y Alexis Djaparidse, fueron fusilados en una pequeña estación perdida en la estepa transcaucásica. Sobre ello, Henderson os puede informar, junto con Thompson, vuestro general en la guerra emancipadora: fueron sus agentes los que cumplieron el papel de verdugos. Así; ni Chaumian, ni Djaparidse conocieron la alegría que causó a Jordan la toma de la ciudad soviética de Bakú. Pero ellos se llevaron a la tumba el odio a los mencheviques ayudantes de los verdugos.

* * *

⁴ La lista exacta de ese material, muy numeroso, ha sido publicada según documentos auténticos, en el libro de J. Chafir: *La guerra civil en Rusia y la Georgia menchevique*, Moscú, 1921, pág. 39.

El manuscrito de esta obra estaba ya terminado, cuando hemos recibido el libro de Vadim Tchaikine, socialrevolucionario y miembro de la Asamblea Constituyente, aparecido con el título *Para servir a la historia de la Revolución rusa - Ejecución de veintiséis comisarios en Bakú*. (Ediciones Grjébine, Moscú.) Esta obra, compuesta, en gran parte, por documentos de los que los principales han sido reproducidos fotográficamente, constituye un relato de las circunstancias en que las autoridades militares inglesas, sin juicio alguno, condenaron a muerte y asesinaron a veintiséis comisarios de Bakú. El organizador directo del asesinato fue el jefe de la misión inglesa en Asjabad, Reginald Teague-Jones. El general Thompson estaba al corriente de todo el asunto, y Teague-Jones, como lo demuestran todos los detalles del crimen, actuó con el consentimiento del respetable general. Después que la muerte de estos veintiséis hombres indefensos, de los que se apoderaron diciendo que los iban a enviar a la India, fue perpetrada en una estación perdida en la estepa, el general Thompson favoreció la fuga de uno de los principales autores del asesinato, Drujkin, malvado bien conocido por su venalidad. Las gestiones realizadas por Vadim Tchaikine para una liberación (que no era bolchevique, sino socialrevolucionario y miembro de la Asamblea Constituyente) cerca del general inglés Malleston y del general también inglés Milnes, no tuvieron ningún resultado. Averiguó que todos estos *gentlemen* estaban de acuerdo para ocultar la muerte y a los asesinos, y fabricar falsos informes. Como lo demuestran los documentos del mismo libro, el ministro georgiano de Asuntos Extranjeros, Gueguetchkori, se comprometió a no dejar salir de Georgia al asesino Drujkin. En realidad, de acuerdo con el general inglés Thompson, él dio a Drujkin la completa posibilidad de escapar a la justicia. Mientras que los comités de los socialistas revolucionarios rusos y georgianos y de los mencheviques rusos transcaucasicos, después de tener todos los detalles del asunto, firmaban una declaración sobre la criminal conducta de las autoridades militares inglesas, el comité de los mencheviques georgianos, que reunido con los otros partidos llegaron a la misma conclusión que los últimos, se negaron a firmar el documento, por temor a disgustar a las autoridades inglesas. El telégrafo del gobierno menchevique georgiano se negó a transmitir los despachos en que Vadim Tchaikine denunciaba a los verdugos ingleses. Incluso admitiendo que no se supiera nada de los mencheviques por otras fuentes, los documentos indiscutibles del libro de Tchaikine son suficiente para estigmatizarlos con la deshonra indeleble: a ellos, a su democracia, a sus protectores y a sus defensores.

No tenemos la menor esperanza de que, a pesar de las informaciones directas, precisas, indiscutibles dadas por Tchaikine, M. Henderson, Macdonald, M. J. H. Thomas o M. Clynes, M. Sexton o M. Davison, M. Adamson o M. Hodge, M. Rose o M. Bowerman, M. Young o M. Spooore se consideren obligados a examinar abierta y legalmente este asunto hasta el fin y pedir cuentas de su conducta a los representantes de la Gran Bretaña, que han defendido tan brillantemente, en Transcaucasia, la democracia, la civilización, el derecho, la religión y la moral contra la barbarie bolchevique.

* * *

Todos los Mrs. Snowden del mundo niegan la colaboración de los mencheviques georgianos con las organizaciones y los ejércitos contrarrevolucionarios: para ello, se basan en dos hechos. En primer lugar, los mencheviques se han lamentado a los socialistas ingleses de que la Entente les obligaba a apoyar a los contrarrevolucionarios, y en segundo lugar, existían entre Georgia y los blancos querellas que, por el momento, revestían formas de conflictos armados.

Más de una vez, con gestos amenazantes, el general inglés Walker advirtió al representante del gobierno, Noe Jordan, que el órgano central de los mencheviques sería inmediatamente suspendido si se permitía publicar un solo artículo desagradable a la Entente. Un oficial inglés golpeó con su sable-bayoneta sobre la mesa de un procurador georgiano; exigía la liberación inmediata de detenidos que él, por la gracia de Dios teniente de Su Majestad, había designado. Resumiendo: a juzgar por los documentos, las autoridades militares inglesas se comportaban en Georgia con más insolencia todavía que las autoridades alemanas. En ciertas ocasiones, Jordan no dejaba de subrayar, respetuosamente, que Georgia era casi autónoma y se lamentaba a

Macdonald de la violación de la casi neutralidad georgiana. Lo exigía la prudencia más elemental. Cuando Denikin quitó a Georgia el sector de Sujum, los mencheviques se quejaron de Denikin a Walker y de Walker a Henderson, con el mismo éxito en los dos casos.

Si no hubiese habido quejas ni conflictos de este género, hubiera significado, simplemente, que los mencheviques no se distinguieron en nada de Denikin. Pero ello sería tan inexacto como decir que Henderson no se diferenciaba en nada de Churchill. Las oscilaciones pequeñoburguesas, en un periodo revolucionario, son de gran amplitud: ellas van del apoyo al proletariado hasta la alianza formal con la contrarrevolución de los señores terratenientes. Los políticos pequeñoburgueses, cuanto menos independientes son, más declaran su independencia y su estricta neutralidad. Desde este punto de vista, es fácil seguir día a día toda la historia de los mencheviques y de los socialrevolucionarios de derecha y de izquierda durante toda la revolución. Jamás son neutrales. Jamás son independientes. Su neutralidad no es más que un balancín que oscila de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Que apoyen a los bolcheviques (los socialrevolucionarios de izquierda, los anarquistas) o que apoyen a los generales zaristas (los socialrevolucionarios de derecha, los mencheviques), los partidos pequeñoburgueses tienen miedo, en los momentos decisivos, al triunfo de su aliado, y lo que es más frecuente, lo abandonan a la hora del peligro. Es necesario decir, y esto es verdad, que si en el periodo revolucionario los partidos pequeñoburgueses sufren ordinariamente todas las consecuencias de la derrota, raramente gozan de las ventajas de la victoria. Después de haber consolidado sus posiciones con la ayuda de la “democracia”, la contrarrevolución monárquica en la persona de Koltchak al Este, de Yudenitch, de Miller y de los generales ingleses al Norte y al Oeste, de Denikin al Sur, humillaban a sus auxiliares demócratas de la forma más baja.

Por otra parte, la socialdemocracia europea también posee a este respecto una cierta experiencia, que no le viene, ciertamente, de la época revolucionaria, sino de la guerra, en la que recibió no pocos golpes y de los que conserva las huellas. Los social-patriotas, que colaboraron con su burguesía en el momento en que la guerra era más dura para aquélla, esperaban si bien no que el proletariado participara del triunfo, sí que el socialismo, y por consiguiente ellos mismos, jugara un papel decisivo en el ajuste de los estados después de la guerra. Pero se equivocaron. Engañados, Henderson, Sembát y consortes denunciaron a su burguesía, la amenazaron, se lamentaron de ella ante la Internacional. Pero eso no quería decir que no la habían servido. La sirvieron con aspiraciones, pero fueron engañados y se lamentaban de ello. Nadie puede decir que fueron sus lacayos desinteresados. No, son oportunistas pequeñoburgueses, es decir, lacayos políticos con ambiciones, locuaces, siempre vacilantes; lacayos de los que no se puede confiar por completo, pero siempre lacayos hasta el tuétano.

* * *

Al adoptar, como hemos visto, los métodos de los académicos franceses, que cantan loas a la preclara política del principado de Mónaco o de la dinastía de los Karageorgevitch, Kautsky no pide ninguna explicación, no busca la causa de los hechos, no se extraña de ninguna contradicción y no retrocede ante las incoherencias. Si Georgia se ha separado de la Rusia revolucionaria, la falta es de los bolcheviques. Si Georgia ha ayudado a las tropas alemanas es porque éstas son mejores que las tropas turcas. Las tropas de los Hohenzollern han entrado en Georgia, “no para saquear [dice Kautsky] no para organizar sus fuerzas productivas.” “Saludadas con alegría en las calles de Tiflis” ¿Por quién?, ¿por quién?, ¿por quién?, las tropas de los Hohenzollern parten, pero la virtud democrática de Georgia queda intacta. Thompson y Walker también contribuyen a aumentarla. Y después que Georgia se ha entregado al teniente alemán (hacia el que ella dio el primer paso), después al teniente británico, ¿quién puede dudar que en el momento de la llegada de la delegación de la II Internacional su virtud democrática no alcanzará su pleno florecimiento? De aquí la profética deducción de Kautsky: es el espíritu menchevique encarnado en Georgia el que salvará a Rusia (pág. 72).

Ha llegado el momento de conceder la palabra al “espíritu menchevique” en persona. Hacia fines de 1918 (el 27 de diciembre) se celebró en Moscú la conferencia del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso (menchevique). En esta conferencia se examinó la política de las fracciones del Partido que habían aceptado la participación en los gobiernos de los guardias blancos, o que estaban aliados abiertamente al imperialismo extranjero. Se trataba especialmente en este caso de los mencheviques georgianos. En el informe oficial del Comité Central menchevique, leemos: *“El Partido no puede NI QUIERE TENER en su seno a los aliados de la burguesía contrarrevolucionaria y del imperialismo anglo-americano, cualquiera que haya podido ser el motivo que ha empujado a muchos de ellos a una tal alianza.”* La resolución de la conferencia dice exactamente: *“La conferencia constata que la política de la socialdemocracia georgiana, que ha intentado salvar el régimen democrático y la autonomía de Georgia, recibiendo apoyos de la ayuda extranjera, y con la separación de Rusia, ha puesto a la socialdemocracia georgiana en CONTRADICCIÓN CON LAS TAREAS PERSEGUIDAS POR EL PARTIDO EN SU CONJUNTO.”*

Este edificante episodio da una idea no solamente de la perspicacia de Kautsky en lo que concierne a la valoración de los acontecimientos revolucionarios, sino también de su buena fe en relación con los hechos que expone. Desdeñando, incluso, referirse a sus amigos los mencheviques, Kautsky representa la política exterior Jordan-Tseretelli, una política realmente menchevique y, por tanto, un modelo para la socialdemocracia internacional. Pues el criterio oficial de Martov y de Dan, estriba en que la política exterior Jordan-Tseretelli ejerce sobre el Partido *“una influencia desorganizadora”* que amenaza *“con quebrantar hasta sus fundamentos el prestigio del Partido ante los ojos de las masas proletarias”*⁵. Mientras que Kautsky da la bendición marxista a la política georgiana de “estricta neutralidad”, Martov y Dan muestran su intransigencia con tal política: *“El Partido corre el riesgo [escriben] de causar la hilaridad general si permite que tal o cual de sus fracciones realicen, en alianza abierta o enmascarada con sus enemigos de clase, acciones políticas contrarias al mismo espíritu de la política revolucionaria del Partido.”*

Después de esto, uno podría detenerse. El faldón de la docta camisa de dormir de Kautsky está bien apresado entre las dos hojas de la puerta menchevique: imposible parece que sea capaz de liberarlo. Y como no puede, es posible, aunque sea un poco tarde, que recurra a la ayuda de Martov. Todo es posible. Y, sin ninguna duda, la obtendrá. Nosotros mismos podemos, para atenuar el golpe asestado a Kautsky por los mencheviques, dar algunas explicaciones. El momento era, entonces, intensamente revolucionario. Los bolcheviques derrotaban a Koltchak. En Alemania y en Austria-Hungría la revolución había empezado. Los líderes mencheviques se vieron obligados a arrojar por la borda el lastre comprometedor que podía hundirles. En las asambleas de los obreros de Moscú y Petrogrado reinaba la indignación por la política traidora de Georgia por aquel entonces. Amenazaban con expulsar a Jordan y a sus partidarios si no cesaban de hacer del Partido motivo de “risa general”. El tiempo era movido: el mismo Hilferding quería introducir los soviets en la Constitución. Esto es suficiente para demostrar hasta qué punto habían llegado las cosas.

Se les amenazaba con la expulsión. Pero ¿los expulsaron? Evidentemente, no. Ni se pensó en serio en ello. Pues no serían mencheviques si a las palabras les siguieran los hechos. El rnenchevismo internacional en su totalidad no es otra cosa que una amenaza condicionada que no se cumple jamás; una simbólica mano levantada, pero que nunca golpea.

Pero el hecho no deja de serlo: sobre la cuestión esencial de la política de los mencheviques georgianos, Kautsky engaña vergonzosamente a sus lectores. Su mentira la descubren los mismos mencheviques, el faldón de su camisa de dormir está bien atrapado; imposible liberarlo. ¿Macdonald? ¡Oh! Macdonald es el hombre más honorable del mundo. Sólo tiene un pequeño defecto: que no comprende nada de las cuestiones del socialismo, absolutamente nada.

⁵ En la publicación citada del Comité Central menchevique, pág. 6.

III EL REGIMEN INTERIOR

Así, en política exterior, estricta neutralidad, y en política interior, naturalmente, la más amplia libertad. ¿Cómo podía ser de otra manera? “*Las relaciones entre los obreros y los campesinos de Georgia [cuenta Kautsky] son hasta el presente las mejores del mundo*” (pág. 54). Del Rhin al Océano Pacífico, las insurrecciones ensangrientan al mundo y “*Georgia es el único país que, con la Austria alemana, no ha sido teatro de la violencia.*” ¿Y los comunistas? “*Legalmente reconocidos y gozando de una completa libertad de acción*”, no han podido, sin embargo, adquirir influencia alguna (pág. 65). Los socialdemócratas han obtenido en todas las elecciones una aplastante mayoría de votos. ¡He aquí, en efecto, el único país en su género, del Océano Pacífico al Rhin! No obstante, al otro lado del Rhin, fácilmente se hubiese encontrado un país parecido a no ser el principado de Mónaco, tal como lo presentan los fosilizados pensionistas de la Academia francesa.

Ante una tal costra política, uno se para de repente, paralizado, como delante de uno de esos impertinentes grabados policromados donde cada color mirado separadamente es falso y cuyo conjunto es de una falsedad que hiere a los ojos todavía más. Todo lo que conocemos de los orígenes de la Georgia autónoma y de su política exterior desmiente ya, a priori, el cuadro de pacificación general que Kautsky nos pinta por haberlo observado desde la portezuela de su vagón, entre Batum y Tiflis. La ligazón entre la política exterior y la política interior debía de manifestarse en Georgia con tanta más fuerza, puesto que ese país había nacido por un camino llano en dos etapas, de tal manera que las cuestiones que a la víspera eran para él cuestiones interiores, al día siguiente se habían convertido en cuestiones exteriores. Por otra parte, los mencheviques, con el pretexto de resolver sus problemas exteriores, habían llamado a las tropas extranjeras, en primer lugar, a las tropas alemanas, en seguida a inglesas y, de nuevo, se puede decir *a priori* que el general von Kress y el general Walker no han jugado un papel poco importante en la vida interior del país.

Como, según Kautsky, cuya trivialidad se convierte algunas veces en paradójica, los generales de los Hohenzollern cumplían en Georgia las altas funciones de “organizadores de las fuerzas productivas” (pág. 57), sin atentar al delicado mecanismo de la democracia, nos parece oportuno traer aquí a colación el apóstrofe amenazante de von Kress relativo a la detención de un grupo de nobles reaccionarios que intentaban organizar bandas de progromistas: “*El gobierno no tiene derecho [aleccionaba von Kress al ministro Ramichvili] a considerar la política de un partirlo o de un grupo de ciudadanos sospechosos por el solo hecho de estar dirigida contra el régimen actual. Mientras que esa política no esté dirigida contra la existencia misma del estado, no se debe decir que se esté en presencia de un crimen de alta traición.*” Respondiendo a esas clásicas lecciones, Ramichvili, entre otros, declaraba respetuosamente: “*Yo he propuesto a los militantes de esta unión [señores terratenientes] presentarme un proyecto de mejoramiento de la situación de los mencionados nobles, lo que están en trance de hacer.*” ¿Quién desempeña aquí el papel principal: el organizador de las fuerzas productivas, von Kress, o el demócrata Ramichvili? Sería difícil precisarlo. Hemos dicho ya que los oficiales ingleses se inmiscuían en la vida interior de Georgia con una insolencia aún mayor que los oficiales alemanes. Abstracción hecha de la brutalidad y de la franqueza propia de los militares, se ve que la ingerencia tanto de los alemanes como de los ingleses sigue la misma línea conservadora política y social que siguen los mencheviques desde que empezó la revolución.

La principal enseñanza sacada por Tseretelli de la experiencia de la revolución rusa era que: “*la timidez y la falta de firmeza de las que había dado prueba la democracia en su lucha contra la anarquía*” habían perdido a la democracia, a la revolución y al país; y en calidad de principal inspirador de la política del gobierno exigía que el *Seim* transcaucasiano “*impusiera al gobierno el deber de luchar con las medidas más rigurosas contra toda manifestación anárquica...*” (18

de marzo de 1918). Ya antes, el 15 de febrero, Jordan declaraba, en una sesión del *Seim*: “En nuestro país, la anarquía hace progresos todos los días... Entre la clase obrera, el estado de ánimo es favorable a los bolcheviques; incluso los obreros mencheviques están contaminados.”

Los primeros regimientos nacionales georgianos estaban imbuidos del mismo estado de ánimo. Los soldados desmovilizados llevaban el virus revolucionario a las ciudades. “*Lo que pasa actualmente en nuestras ciudades [dijo Jordan] no es caso nuevo. Ha pasado lo mismo en todas (!) las revoluciones, en todas partes (!): las masas son hostiles a la democracia. Ya es hora de que pongamos fin al reinado de las ilusiones del Partido Socialdemócrata sobre el campesinado. Ya es hora de volver a Marx y montar firmemente la guardia para defender la revolución, también de la reacción campesina.*”

Esta referencia a Marx es prueba de una simpleza doblada de charlatanería. Durante el periodo menchevique del que hablamos, los campesinos transcaucasicos se insurreccionaban no contra la revolución democrática, sino contra su lentitud, contra su indecisión y contra su pusilanimidad, sobre todo en la cuestión agraria. Solamente después de la victoria efectiva de la revolución agrario-democrática se desbroza terreno para las acciones contrarrevolucionarias de los campesinos soliviantados contra las exigencias materiales de la ciudad, contra las tendencias socialistas de la política económica y, finalmente, contra la dictadura del partido de la clase obrera. Si en el primer periodo de la revolución la fuerza motriz de las insurrecciones agrarias está formada por las capas inferiores de la población rural, por los elementos más oprimidos y más pobres, en el segundo periodo, por el contrario, el papel rector en las sublevaciones campesinas pasa a la capa superior de la población rural, a los elementos más ricos, a los grandes influyentes. Pero es superfluo demostrar que los mencheviques georgianos comprenden tan poco el ABC revolucionario del marxismo como sus cofrades no georgianos. Es suficiente con anotar la profunda convicción con que las masas campesinas, que forman la inmensa mayoría de la población, actuaban como bolcheviques contra la “democracia” de los mencheviques. Fiel al programa fijado por el *Seim*, el gobierno georgiano, apoyado en la democracia pequeñoburguesa de la ciudad y en las capas superiores de la clase obrera, por aquel entonces muy poyo numerosa, libraba una lucha sin cuartel contra las masas influencias por el bolchevismo.

Toda la historia de la Georgia menchevique no es más que una larga sucesión de insurrecciones campesinas. Estas estallaban, literalmente, en todos los rincones de este pequeño país y revestían con mucha frecuencia un carácter de extremo encarnizamiento. En ciertos distritos, el poder soviético se mantenía durante meses. Se liquidaban las insurrecciones por medio de brutales expediciones que terminaban con ejecuciones sumarísimas ordenadas por tribunales militares compuestos por oficiales e hidalgüellos. Para darse una idea de la manera como el gobierno georgiano se comportaba con los campesinos revolucionarios, lo mejor es tomar el informe de los mencheviques abkhasianos sobre la acción del destacamento Mazniev en Abkhasia:

“Por su crueldad, por su barbarie [dice el informe presentado al gobierno georgiano] este destacamento ha sobrepasado las atrocidades del general zarista Alikhanov, de triste memoria. Los cosacos de dicho destacamento irrumpían en las apacibles aldeas abkhasianas, se apoderaban de todo aquello que tenía algún valor y violaban a las mujeres. Otro grupo de ese destacamento se ocupaba, bajo la vigilancia directa de M. Tukhareli, en destruir y arrojar bombas sobre las casas pertenecientes a personas objeto de una denuncia. Análogos actos de violencia han sido realizados en el distrito de Gudaut. El jefe del destacamento georgiano, el teniente Kupunia, ex inspector de policía de Poti, hizo tumbarse en el suelo, bajo el fuego de ametralladora, a los miembros de la Asamblea de la ciudad de Asti; después, pisando sobre las espaldas de sus víctimas, los golpeó a mandoble limpio con su sable. A continuación, ordenó a esos desgraciados agruparse y poniendo su caballo al galope se arrojó sobre ellos distribuyendo a derecha y a izquierda latigazos. Los miembros del ex Consejo del Pueblo abkhasiano, Tsukuita y Abukhav, que fueron a protestar de tal atrocidad, fueron detenidos y

encerrados en un galpón... El suplente del comisario del distrito de Gudaut, teniente Grigoriadi, hacía apalear a los miembros de las asambleas rurales y nombró a su gusto los comisarios rurales, que elegía entre los viejos funcionarios zaristas más detestados por el pueblo.”

¿Acaso no es evidente que las relaciones entre los mencheviques y los campesinos, como dijo Kautsky, han sido siempre “las mejores del mundo”? Una de las consecuencias de la represión abkhasiana fue la salida de casi todos los mencheviques abkhasianos del seno de la fracción socialdemócrata (Tarnova, Bazba, Tchukhar, Kobakhia, Tsvichba, Bartssitse y Dsukuia).

En la Osetia insurreccionada, Dsugheli no se portó mejor. Como nos hemos asignado la tarea, por razones pedagógicas, de caracterizar la política de los mencheviques georgianos en la medida de lo posible por medio de sus propias declaraciones y documentos, es necesario aquí, a pesar de nuestra repugnancia a hacerlo, dar algunas citas de un libro de Valiko Dsugheli, el ex jefe de la guardia popular, el menchevique “caballeresco” del que ya hemos hablado. Estas citas serán como un trazo de acciones de Dsugheli, confesadas por él mismo, de la represión de la insurrección de los campesinos de Osetia.

“El enemigo huía a la desbandada, en desorden, casi sin resistencia. Fue necesario castigar cruelmente a aquellos traidores.”

El mismo día escribía en su diario (el libro estaba escrito en forma de diario), el relato siguiente:

“Es de noche. Por todas partes se ven hogueras. Son las casas de los insurrectos que arden. Pero ya estoy habituado a esa clase de espectáculos y casi no me conmueven.”

Al siguiente día leemos:

“En todas partes, alrededor nuestro, arden las aldeas osetianas... Para servir los intereses de la clase obrera en lucha, los intereses del socialismo que se acerca, seremos crueles. Sí, lo seremos. Por eso con toda serenidad, con la conciencia tranquila, miro las ruinas y, por encima de ellas, las columnas de humo... Estoy completamente tranquilo... sí, estoy tranquilo.”

Al día siguiente, por la mañana, Dsugheli escribió:

“Llamas... casas ardiendo... por el hierro y el fuego...”

El mismo día, algunas horas más tarde, todavía escribió:

“El fuego flamea, flamea...”

El mismo día por la tarde, continúa:

“Ahora, por todos lados hay llamas..., flamean..., flamean... llamas siniestras... Una terrible, cruel y mágica belleza... Y, dirigiendo una mirada en rededor sobre estas llamas esplendorosas en la noche, un viejo camarada me dijo tristemente: “Comprendo ahora a Nerón y al gran incendio de Roma.””

“Y los fuegos flamean, flamean por todos lados...”

Este repugnante charlatanear consolida, en todo caso, nuestra opinión sobre las relaciones entre los mencheviques y los campesinos georgianos; relaciones que no han dejado de ser “las mejores del mundo”.

Después de la evacuación de Adjar (distrito de Batum) por los ingleses, en 1922, el gobierno georgiano se vio obligado, para tomar posesión de la región, a recurrir a la artillería. En una palabra, el histrionismo neroniano de Dsugheli se puede hallar sobre todo el territorio georgiano. Tomando ejemplo de Jordan, el ministro del Interior, Ramichvili (que se ocupaba, como hemos visto, de mejorar la situación de los nobles), también recurrió a Marx para justificar el terror blanco ejercido contra los campesinos insurrectos.

No obstante, es cierto que a pesar del terror blanco disfrazado con flores retóricas, la dictadura menchevique ha sido barrida como una brizna de paja. Si los mencheviques se mantuvieron en el poder en esa época, se lo deben, no al alemán Marx, sino al alemán von Kress.

Pero lo que es una necesidad supina, son las afirmaciones de Kautsky sobre la “*absoluta libertad de acción del Partido Comunista Georgiano*”. Se pudo contentar con decir: una cierta libertad. Pero ya conocemos la forma de Kautsky: si él habla de neutralidad, ésta no puede ser más que la neutralidad “estricta”; la libertad, para él, es “absoluta” y las relaciones no son simplemente buenas relaciones, sino “las mejores del mundo”.

Lo que ante todo sorprende, es que ni Kautsky, ni Vandervelde, ni Mrs. Snowden, ni los diplomáticos extranjeros, ni los periodistas de la prensa burguesa, ni el *Times*, fiel guardián de la libertad, ni el honrado *Temps*, ni, en una palabra, ninguno de aquellos que dieron su bendición a la Georgia democrática, no se han dado cuenta de la presencia en esa Georgia... de la Policía Especial. Sin embargo, estaba y no les disgustaba: era la Checa menchevique. La Policía Especial arrestaba a cuantos se oponían a los mencheviques, los detenía, los fusilaba. Esta policía no se diferenciaba en nada, en sus métodos terroristas, de la Checa de la Rusia soviética, en nada, excepto en sus fines. La Checa protegía la dictadura socialista contra los agentes del capital, mientras que la Policía Especial protegía un régimen burgués contra la “anarquía” bolchevique. ¡Pero precisamente por eso los honorables ciudadanos que maldecían la Checa no se daban cuenta de la existencia de la Policía Especial georgiana!

En cambio, los bolcheviques georgianos no podían por menos que sentirla, pues existía, sobre todo por ellos y para ellos. ¿Es necesario citar aquí la martirología del comunismo georgiano? Detenciones, deportaciones, extradiciones, huelgas de hambre, ejecuciones... ¿Acaso es necesario continuar? ¿Es que no basta recordar el informe respetuosamente presentado por Gueguetchkori a Denikin?: “*En lo que concierne a la actitud hacia los bolcheviques, puedo declarar que, en Georgia, la lucha contra el bolchevismo es IMPLACABLE. Empleamos todos los medios a nuestro alcance para LIQUIDAR al bolchevismo... y de ello hemos dado ya numerosas pruebas muy elocuentes.*” Esta cita merece ser escrita en el gorro de dormir de Kautsky, si no estuviera ya escrito por todas partes de inscripciones poco edificantes. Allí donde Gueguetchkori dice: los liquidamos por todos los medios a nuestro alcance, los ahogamos despiadadamente, Kautsky explica: libertad absoluta. ¿No será ya hora de someter a Kautsky mismo a una buena tutela verdaderamente democrática?

Desde el 8 de febrero de 1918, todos los periódicos bolcheviques fueron prohibidos en Georgia. En esa misma época, la prensa menchevique continuaba apareciendo legalmente en la Rusia soviética. El 10 de febrero tuvo lugar un ataque armado contra los participantes en un mitin pacífico que se estaba celebrando en el jardín Alexandrivski, en Tiflis, el día de la inauguración del *Seim* transcaucasiano. El 15 de febrero, en una sesión del *Seim*, Jordan protestó contra el ambiente bolchevique que reinaba entre las masas populares e, incluso, entre los obreros mencheviques. En fin, Tseretelli que, con Kerenski, acusaba a nuestro Partido del crimen de alta traición, deploraba en el *Seim*, en marzo, la “timidez” y las “vacilaciones” del gobierno de Kerenski en su lucha contra los bolcheviques. Como en Finlandia, en los países bálticos y en Ucrania, las tropas alemanas fueron llamadas en Georgia para luchar contra los bolcheviques. Al representante americano que le había planteado una cuestión sobre los bolcheviques, Topuridze, el representante diplomático de Georgia, respondió: “*Nosotros hemos llegado hasta el fin, los hemos aplastado. Lo que lo prueba es que de todos los países que componían la vieja Rusia... Georgia es el único de ellos donde el bolchevismo no existe.*” Topuridze no es menos

categorico en lo que concierne al futuro: “*Nuestra república contribuirá con todas sus fuerzas y con todos los medios a su alcance a ayudar a las potencias de la Entente en su lucha contra los bolcheviques.*” El jefe de las tropas británicas de la Transcaucasia occidental, general Forestier Walker, explicó a Jordan, el 4 de enero de 1919, oralmente y por escrito, que el enemigo de la Entente en el Cáucaso era “*el bolchevismo, que las grandes potencias habían decidido extirpar siempre y donde apareciera*”. A propósito de las instrucciones recibidas de Walker, Jordan declaró dos semanas después al general inglés Mime: “*El general Walker... ha sido el primero en comprender la situación real de nuestro país.*” El mismo general Milne resumió de la manera siguiente el pacto concertado entre él y Jordan: “*Nuestros enemigos comunes son los alemanes y los bolcheviques.*” Todo esto, en su conjunto, creaba en verdad las condiciones más favorables para la “libertad de acción absoluta” para los bolcheviques. El 18 de febrero de 1919, Walker dio la siguiente orden (No. 99/6) al gobierno georgiano: “*Todos los bolcheviques que entren en Georgia deben ser encarcelados en Mtskhete (Cárcel de Tiflis) y bien vigilados.*” Aquí se trata de los bolcheviques que huían de Denikin. Pero el 26 de febrero, Walker escribió No. 99/9: “*A continuación de la conversación que he mantenido con su excelencia M. Jordan, el 20 de este mes, he llegado a la conclusión de que hay que conseguir a toda costa que en el futuro los bolcheviques no entren por ferrocarril en Georgia.*” Los refugiados bolcheviques que estaban encerrados en Mtskhete, hasta cierto punto, estaban a salvo algún tiempo. Walker “llegó a la conclusión” de que lo mejor era cerrarles la única vía de salvación que les quedaba: dejarlos que cayesen en manos de los verdugos de Denikin. Si, entre sus campañas contra las crueldades del gobierno soviético y sus ejercicios religiosos, Arthur Henderson encuentra un momento libre, debería entrevistarse sobre este particular con Forestier Walker. Sus excelencias no se limitarían a conversaciones y a cambios de misivas. Desde el 8 de abril, cuarenta y dos personas, entre las que se encuentran los comisarios soviéticos de la República de Terek, sus mujeres y sus hijos, soldados del Ejército Rojo y otros refugiados han sido detenidos por una patrulla georgiana cerca de la Fortaleza de Darial y después de insultarles y someterlos a actos de violencia, por orden del coronel Tseretelli fueron arrojados al territorio de Denikin. Jordan trata de explicar ese inocente episodio lanzando la responsabilidad exclusivamente sobre el coronel Tseretelli; pero este último no hacía más que cumplir la convención secreta concluida entre Jordan y Walker. Es verdad que el documento No. 99/9 no prevé ni los culatazos ni los bastonazos en el pecho y en la cabeza. Pero ¿cómo actuar, para arrojar a gentes extenuadas, enloquecidas de terror que buscan salvarse de una muerte segura? El coronel Tseretelli, como se ve, no ha podido asimilar mejor los preceptos de su ilustre homónimo, según el cual “*la timidez y las vacilaciones de la democracia*” en su lucha contra el bolchevismo podrían causar la pérdida del Estado y de la nación.

Así pues, la República georgiana estuvo desde un principio basada en la lucha contra el comunismo. Los líderes del Partido y los miembros del gobierno tenían como fin en su programa “la represión despiadada” dirigida contra los bolcheviques. A este fin estaban adaptados los órganos más importantes del estado: la Policía Especial, la Guardia Popular y la Milicia. Los oficiales alemanes y, más tarde, los oficiales ingleses, que eran los verdaderos amos de Georgia en esta época, aprobaban enteramente, desde este punto de vista, el programa socialdemócrata. Los periódicos comunistas estaban prohibidos, las asambleas las disolvían a golpes de fusil, las aldeas ocupadas por los bolcheviques eran incendiadas. La Policía Especial pasaba por las armas a los jefes bolcheviques, la cárcel de Mtskhete rebosaba de comunistas, los refugiados bolcheviques eran entregados a Denikin. Sólo en el transcurso del mes de octubre de 1919, según la declaración del ministro del Interior, más de treinta comunistas fueron fusilados en Georgia. Aparte todo eso, como lo afirma el beato optimismo de Kautsky, el Partido Comunista goza en Georgia de una “libertad de acción absoluta”.

Es verdad que, precisamente, en el momento en que Kautsky se encontraba en Tiflis, los comunistas georgianos poseían sus ediciones legales y gozaban de cierta libertad, pero de una libertad que estaba lejos de ser “absoluta”... Mas urge precisar que ese régimen provisional fue instituido después del desastre de Denikin, bajo la presión del ultimátum soviético, que fue la premisa para el tratado de paz firmado el 3 de mayo de 1920 entre la Rusia de los soviets y

Georgia. Entre el mes de febrero de 1918 y el mes de junio de 1920, el Partido Comunista georgiano estuvo condenado a la clandestinidad. ¡Los soviets, pues, intervinieron en 1920 en los asuntos interiores de una “democracia” y que, además, es una democracia “neutral”!... ¡He ahí, he ahí! Es imposible negarlo. El general von Kress exigía para los nobles georgianos la libertad de acción contrarrevolucionaria. El general Walker exigía que los comunistas fuesen arrojados a la cárcel de Mtskhete y entregados de nuevo a golpes de bayoneta a Denikin. Y nosotros, después de haber derrotado a Denikin y de haberle perseguido hasta las fronteras de Georgia, exigíamos para los comunistas la libertad de acción, cuya libertad de acción no llegaría hasta la insurrección armada. ¡El mundo está lejos de ser perfecto, M. Henderson! El gobierno menchevique se vio obligado a ceder a nuestra petición, y de liberar en una sola vez (según los datos oficiales), cerca de 900 bolcheviques⁶. Como se ve, no había muchos bolcheviques encarcelados. Pero hay que tener en cuenta la cifra de la población. Si queremos ser equitativos (pues nuestros corazones no son insensibles a la equidad de Mrs. Snowden!), y hemos tomado como base del cálculo Georgia, donde había 900 detenidos para dos millones y medio de habitantes, resulta que nosotros tenemos el derecho a encarcelar en la república soviética cerca de 45.000 mencheviques. Pues, en los periodos más penosos y más agudos de la revolución (en los cuales los mencheviques se aprovechaban siempre para intensificar su hostil propaganda), nosotros no hemos llegado jamás ni a una décima parte de esa imponente cifra. Y como sobre el territorio soviético es muy difícil de juntar 45.000 mencheviques, porque no los hay, les podemos garantizar que jamás alcanzaremos la enorme represión instituida por la democracia Jordan-Tseretelli y aprobada por las lumbreras de la II Internacional.

Así, en el mes de mayo, bajo el régimen de la guerra civil, obligamos al gobierno georgiano a “legalizar” al Partido Comunista. Los que habían sido fusilados, naturalmente no resucitaron, pero aquellos que estaban encarcelados fueron puestos en libertad. Si la democracia reviste, por así decir, formas poco democráticas, sólo fue, como vemos, bajo el puño de la dictadura proletaria. El puño revolucionario, instrumento de democratismo, es un excelente tema para vuestra predicación dominical, ¡M. Henderson! Es decir, que ¡a partir de mediados del año 1920, la política georgiana se modificó y tendió a una aproximación con los bolcheviques! Nada más lejos de la verdad. El gobierno menchevique cruzó, en la primavera de 1920, un periodo agudo de acobardamiento y capituló. Pero cuando se dio cuenta, no sin estupefacción, de que el puño que le amenazaba no caía sobre él, se dijo que había exagerado el peligro y empezó a dar marcha atrás en toda la línea.

La represión contra los comunistas se renovó. En una serie de notas de una monotonía fatigante, nuestro representante diplomático no cesó de protestar contra la suspensión de los periódicos, contra las detenciones, la incautación de los bienes del Partido, etc. Pero las protestas no surtían ningún efecto: el gobierno georgiano estaba desenfrenado: colaboraba con Wrangel, contaba con Polonia y esto hacía adivinar el desenlace...

Resumamos: ¿en qué, exactamente, la “democracia” menchevique se diferenciaba de la dictadura bolchevique? En primer lugar, en que el régimen terrorista menchevique, que era una imitación servil de los métodos empleados por los bolcheviques, tenían como objetivo proteger los pilares de la propiedad privada y la alianza con el imperialismo. La dictadura soviética era, y lo es todavía, una lucha organizada para la reconstrucción socialista de la sociedad en unión con el proletariado revolucionario. En segundo lugar, en que la dictadura soviética de los bolcheviques asienta su justificación en su misión histórica y en las condiciones de su realización actúa abiertamente. El régimen menchevique, con su terrorismo y su democracia, es el bastardo de la impotencia, de la cobardía y de la mentira.

⁶ La nota del ministro de Asuntos Extranjeros georgiano tiene la fecha del 30 de junio de 1920 (No. 5171).

IV EL PERIODO DE CIRCUNSPECCIÓN

La derrota militar de los imperios centrales y la revolución alemana habían introducido profundos cambios en la situación internacional. Los politicastos de Tiflis buscaron una nueva orientación. Y se decidieron por la más simple: arrastrarse tras la Entente. Pero el futuro no dejaba de inspirarles inquietud. Aliada y vasalla de Alemania, Georgia había obtenido, por algún tiempo, serias garantías de inmunidad, pues, por la paz de Brest-Litovsk, Alemania tenía encadenada a la Rusia soviética, cuyo desplome, por otra parte, parecía inevitable. La sumisión sin reservas a Inglaterra no resolvía, en efecto, la cuestión. La Rusia soviética estaba en guerra con Inglaterra y, cualquiera que fuese la salida de esta guerra, Georgia podía, perfectamente, en cualquier vaivén de la lucha, encontrarse cogida entre dos adversarios y verse obligada a dar una voltereta. La victoria de la Entente era, al mismo tiempo, la victoria de Denikin y, por lo tanto, significaba la liquidación de la dominación menchevique. En 1919, los progresos de Denikin eran considerables. La victoria del poder soviético estaba igualmente erizada de peligros, pues en 1919, las tropas soviéticas eran rechazadas del Cáucaso. En sus relaciones con la contrarrevolución, los politicastos de Tiflis eran más prudentes, adoptaron una política de expectativa y de deslizarse por la tangente, pero no fueron por ello ni más perspicaces ni más honestos.

El desarrollo del movimiento obrero en Europa tampoco dejaba de causar inquietud a los mencheviques. El año 1919 fue de un poderoso auge revolucionario. Los tronos de los Hohenzollern y de los Habsburgo se desplomaron. Incomparablemente más formidable fue que el trono de la burguesía no se tambaleaba menos sobre sus bases. Los partidos de la II Internacional se agrietaban. Los que no cesaron nunca de denunciar a los comunistas y de aleccionarlos, los mencheviques rusos, se pusieron a hablar de la revolución socialista, renunciaron temporalmente, con un pretexto decente, a la consigna de la Asamblea Constituyente y condenaron a sus émulos georgianos por su ligazón política con el imperialismo anglo-americano. Eran síntomas alarmantes que reclamaban redoblar la prudencia.

Durante el año 1919 (exceptuados los primeros meses), los mencheviques georgianos no se apresuraban a ir en ayuda de Denikin (que por otra parte, en esa época tenía menos necesidad de ellos que antes) y no hacían ostentación de su ayuda a los blancos. Al contrario, le daban intencionadamente el carácter de ayuda forzada, como si se la concedieran bajo la amenaza de la fusta de los oficiales ingleses. Pero su colaboración con la Entente no es un compromiso con el enemigo impuesto por la fuerza de las cosas: la colaboración conserva un carácter de ligazón, de dependencia ideológica y de política común. Ellos traducían al lenguaje del menchevismo georgiano la vaga fraseología socialista de las “democracias occidentales” y las insípidas trivialidades wilsonianas; ellos se inclinan ante la idea de la Sociedad de las Naciones. Más circunspectos en la práctica, no son por ello más honestos.

Mrs. Snowden debe sentir curiosidad por saber qué es lo que nosotros comprendemos por “honestidad”. Nosotros, que no reconocemos ni a Dios ni a sus mandamientos. No sin ironía, hasta el punto que la ironía es compatible con la piedad, M. Henderson nos planteará, posiblemente, esta misma cuestión.

Lo confesamos humildemente: nosotros no admitimos la moral absoluta del clericalismo de las iglesias, de las universidades, del Vaticano, de la Cruz o del peregrino. El imperativo categórico de Kant, la idea filosófica abstracta de un Cristo inmaterial desembarazado de todos los atributos que le han conferido el arte y el mito religioso nos es tan extraño como la moral eterna descubierta sobre el Sinaí por ese parangón de astucia y de crueldad que fue el viejo Moisés. La moral es función de la sociedad misma; es la expresión abstracta de los intereses de las clases de la sociedad, sobre todo de las clases dominantes. La moral oficial es la cuerda con la que sujetan a los oprimidos. En el curso de la lucha, la clase obrera elabora su moral revolucionaria, cuyo primer paso es el derrocamiento de Dios y de las normas absolutas. Por honestidad, entendemos

la concordancia entre la palabra y la acción ante la clase obrera, teniendo en cuenta el objetivo supremo del movimiento y de la lucha: la emancipación de la humanidad por la revolución social. Nosotros no decimos, por ejemplo, que no es necesario emplear la astucia, que no se debe engañar, que se debe amar a nuestros enemigos, etc. Una moral tan elevada no es, evidentemente, accesible más que a los hombres de Estado profundamente creyentes, tales como Curzón, lord Northcliffe o M. Henderson. Nosotros odiamos a nuestros enemigos o los despreciamos, según lo que ellos se merezcan; nosotros los golpeamos o los engañamos, según las circunstancias, y, si llegamos a un acuerdo con ellos, no se puede sacar la conclusión, de que en un arrebato de amor magnánimo estamos dispuestos a perdonarles todo. Mas nosotros estimamos que no se debe mentir a las masas y engañarlas sobre los fines y los métodos de la lucha. La revolución social está basada toda ella en el desarrollo de la conciencia del proletariado mismo, en su fe en sus propias fuerzas y en el partido que lo dirige. A la cabeza de las masas y con las masas nuestro partido ha cometido faltas. Estas faltas las hemos reconocido abiertamente delante de las masas y, con ellas, les hemos asestado el golpe necesario. Lo que los tartufos de la legalidad llaman nuestra demagogia no es más que la pura verdad proclamada abiertamente, brutalmente y muy inquietante para ellos. He ahí, Mrs. Snowden, lo que nosotros entendemos por honestidad.

Toda la política de los mencheviques georgianos eran estratagemas, mezquinas mentiras, bribonadas destinadas no a engañar al enemigo sino a adormecer la vigilancia de las masas. Entre los campesinos e incluso entre los obreros mencheviques dominan las tendencias bolcheviques. Luchan contra esa tendencia por medio de la fuerza. Al mismo tiempo se engaña a las masas presentando a sus enemigos como si fueren amigos. Se hacía pasar a von Kress por amigo del pueblo georgiano. El general Walker era presentado como el muro de la democracia. Los acuerdos con los guardias blancos rusos se efectuaban tanto abiertamente para complacer a la Entente como secretamente para no provocar la indignación de las masas.

El año 1919 fue para los mencheviques georgianos un año de circunspección y de relativo disimulo. Pero su política no ganó en nada honestidad.

V GEORGIA Y WRANGEL

Durante los últimos meses del año 1919, la situación militar de la Federación soviética cambió radicalmente: Yudenitch es aplastado, Denikin es arrojado hacia el Sur, completamente deshecho. Hacia finales del año, las tropas de Denikin, sólo se componían de algunas agrupaciones completamente desmoralizadas. Las relaciones entre los blancos y la Entente se enfriaron. La fracción extremista de los intervencionistas anglo-franceses concentra su atención sobre los estados de la periferia de Rusia. En la campaña proyectada contra esta última, Polonia era la que debía desempeñar el primer papel. Este nuevo plan permite a la diplomacia anglo-francesa simular que ignora las pretensiones imperialistas de los guardias blancos rusos y les deja las manos libres para el reconocimiento de la independencia de Georgia.

En estas circunstancias, el gobierno soviético propone a Georgia una alianza contra Denikin. Esta proposición tenía un doble fin: primeramente, hacer comprender al gobierno georgiano que si cambiaba su orientación política, podría, en el terreno militar, en lugar de recurrir a von Kress y al general Walker, obtener el apoyo de las fuerzas de Budioni; en segundo lugar, acelerar, con el concurso de Georgia, la liquidación de los restos de las tropas de Denikin y de impedir que formase un nuevo frente.

A dicha proposición el gobierno georgiano respondió con un no categórico. Después de todo lo que sabemos sobre las relaciones de Georgia con los alemanes, los turcos, con Denikin y los ingleses, sería superfluo seguir a Kautsky en sus demostraciones y escuchar sus explicaciones sobre el porqué Georgia ha rechazado nuestra proposición: tenía que observar la neutralidad. Además de que Jordan mismo, que acababa de obtener, al precio de esfuerzos inauditos, el

reconocimiento de Georgia por la Entente, nos revela con bastante franqueza los móviles de la política menchevique.

El 14 de enero, Jordan declaró ante la Asamblea Constituyente:

“Ustedes saben que la Rusia soviética nos ha propuesto una alianza militar. Nosotros la hemos rechazado categóricamente (¡!) Ciertamente, ustedes tienen conocimiento de nuestra contestación. ¿Qué significaría una tal alianza? Significaría que tendríamos que romper todos los lazos con Europa... Aquí, los caminos de Georgia y de Rusia se separan. Nuestro camino conduce a Europa y el de Rusia conduce a Asia. Nuestros enemigos, yo lo sé, dirán que estamos del lado de los imperialistas. Por eso no dudo en declarar resueltamente: prefiero a los imperialistas de Occidente que a los fanáticos del Oriente.”

En la boca del jefe del gobierno, estas palabras no pueden, en todo caso, ser consideradas como equívocas. Jordan era en cierto punto feliz de la ocasión que se le presentaba no solamente de declarar, sino de gritar ante el mundo entero que, en la nueva campaña militar que los “imperialistas de Occidente” preparaban contra los “fanáticos del Oriente”, Georgia estaría sin reserva al lado de los Pilsudski, de los Take Ionesco, de los Millerad y consortes. No se debe discutir a Jordan el derecho de “preferir” la Europa imperialista que ataca, a la Rusia soviética que se defiende. Pero, entonces, tampoco se debe discutir con nosotros, los “fanáticos del Oriente”, el derecho de romperles los dientes cuando sea necesario a los pequeños burgueses que se han convertido en lacayos de la Entente. Pues nosotros también podemos “declarar resueltamente” que preferimos un enemigo al que nosotros hemos roto los dientes a un enemigo capaz todavía de morder y de hacernos daño.

Una parte (la menos desorganizada) de los restos del ejército de Denikin se ha refugiado en Crimea. Pero ¿qué significa Crimea? Crimea no es una plaza de armas, Crimea es una ratonera. En 1919, nosotros mismos abandonamos esa botella que Denikin había amenazado desde Ucrania de hundir un tapón en su gollete estrecho. Sin embargo, Wrangel se atrincheró en Crimea donde reorganizaba un nuevo ejército y formó un nuevo gobierno. Si lo consiguió fue únicamente porque la flota anglo-francesa amplió la plaza de armas de Crimea. El mar Negro estaba por completo a disposición de Wrangel. Pero, por sí solas, las naves de guerra de la Entente eran suficientes para asegurar el éxito de Wrangel. Le suministraban equipos militares, armas y en parte víveres. Pero lo que necesitaba Wrangel eran hombres. ¿De dónde los recibía? En gran parte, en cantidad decisiva, de Georgia. Incluso si la Georgia menchevique no tuviera en su activo otro pecado que éste, bastaría para decidir su suerte. No se puede alegar la presión de la Entente, pues Georgia, lejos de resistir la presión, se ofrecía ella misma anticipadamente. Pero, políticamente, la cuestión es más simple, más clara: si la “independencia” de Georgia significaba para ese país la obligación, a la primera demanda de los turcos, de los alemanes, de los ingleses, de los franceses de incendiar la casa de la Rusia soviética, no somos nosotros, en todo caso, los resignados a una tal independencia.

En Crimea no entraron con Wrangel más de quince a veinte mil soldados. La movilización de la población local no dio resultados apreciables: los hombres movilizados no querían combatir, muchos de ellos huían a las montañas, donde formaban destacamentos “verdes”. Al no haber en Crimea más que una plaza de armas y recursos limitados, Wrangel tenía necesidad de material humano de primera clase: oficiales blancos, voluntarios, ricos cosacos, enemigos irreductibles del poder soviético, que habían pasado ya por la escuela de la guerra civil bajo el mando de Koltchak, de Denikin o de Yudenitch. Y estos elementos de élite, las naves de la Entente los traían de todas partes. Pero es sobre todo de Georgia de donde llegaban, en gran número. Bajo los golpes ininterrumpidos de nuestra caballería, el ala derecha del ejército de Denikin, en derrota, retrocedió hasta el Cáucaso, donde fue a buscar su restablecimiento en el territorio de la República menchevique. El asunto, bien entendido, no se llevaba a cabo sin el cumplimiento de algunas formalidades de lo que se ha convenido en llamar derecho internacional. En calidad de país “neutral”, Georgia acogía a las tropas blancas que se habían refugiado en su territorio y,

naturalmente, los encerraba en “campos de concentración”. Pero en calidad de país al que los imperialistas de Occidente querían más que los fanáticos del Oriente, Georgia organizó los campos de manera que permitiera a los blancos llegar a Crimea sin perder tiempo.

Por un acuerdo previo con los agentes de la Entente (tenemos documentos que lo prueban), el gobierno menchevique tuvo cuidado de separar de entre sus compañeros a los soldados de Denikin que gozaban de buena salud y eran capaces de empuñar las armas, y los concentraba intencionadamente en Poti, a la orilla del mar. Allí fueron recogidos por los barcos de la Entente. Pero para cubrir las apariencias de neutralidad, Jordan, nuevo Poncio Pilatos, hizo entregar a sus agentes por los capitanes de los barcos ingleses y franceses recibos donde constaba que los refugiados serían conducidos a Constantinopla. Si a pesar de todo, en el curso de la ruta fueron conducidos a Sebastopol, la culpa es exclusivamente de la perfidia de los capitanes. De esta manera, hasta 10.000 hombres seleccionados del ejército de Denikin fueron transportados de Poti a Crimea. Entre los documentos encontrados en Georgia, tenemos en nuestro poder un acta instructiva de la comisión gubernamental para los refugiados de guerra. El comandante del campo de concentración, el general Ardjavadse, había enviado el informe siguiente: *“En este momento, a continuación de la partida de Poti del Ejército Voluntario, el campo está vacío”*, y abajo del informe se escribió esta simple fórmula: *“Tomar buena nota de la comunicación”*.

En análogas condiciones, algunos meses más tarde, 6.000 cosacos, después de un descenso frustrado, fueron transportados de Gagri a Crimea. El comandante de la milicia de la región de Gagri, el menchevique Osidse, funcionario segundón local que no estaba iniciado en los secretos del gobierno de Tiflis, comunicaba un poco extraño a su gobierno *“Arrestando a los bolcheviques, hemos dejado, en Gagri, el campo libre a los agentes de Wrangel.”* Estas dos expediciones de tropas, que fueron las más importantes durante toda la campaña, se realizaron en junio y en octubre. Pero ya, desde principio de año, la liberación de los soldados de Denikin internados y su envío a Crimea por Batum se efectuaba regularmente. Esto es lo que confirman los documentos de Tiflis datados en enero de 1920. Los reclutadores de Wrangel trabajaban a la luz del día. Los oficiales blancos a la busca de ser reclutados afluían a Georgia. Allí encontraban una agencia blanca perfectamente organizada que les suministraba los medios de trasladarse a Crimea. Todas las veces que ello era necesario, el gobierno georgiano les ayudaba con subvenciones pecuniarias.

El socialrevolucionario Tchaikin, presidente del Comité de Liberación del mar Negro (organización que dirigía la insurrección de los campesinos del lugar contra Denikin), en un documento oficial dirigido al gobierno georgiano caracterizaba así la política de Georgia: *“Inútil demostrar que hechos como la partida del general Erdeli, marchando libremente de Georgia; la llegada de los generales de Denikin, que llegan de Crimea para buscar hombres que se enrolen en su ejército y que no se les interna; la campaña de propaganda que el general Nevadovski realiza en Poti, para el reclutamiento de soldados; etc., constituyen por parte de Georgia una violación innegable de la neutralidad en favor del Ejército Voluntario, y un acto de hostilidad hacía las fuerzas que están en estado de guerra contra el Ejército Voluntario.”* Este documento ha sido escrito el 23 de abril de 1920, es decir, antes de la salida en masa de los partidarios de Wrangel dirigidos de Poti a Sebastopol. El 6 de septiembre, el general georgiano Mdivani declaraba, en un informe al comandante de la misión francesa, que las autoridades georgianas no solamente no ponían obstáculos a la salida de los partidarios de Denikin, sino que les prestaba *“El más amplio concurso, llegando a entregar a los refugiados un subsidio que va de uno a quince mil rublos”*. Se hallaban, en total, en Georgia, de veinticinco a treinta mil cosacos y hasta cuatro mil voluntarios del ejército de Denikin. La mayor parte de ellos fueron transportados a Crimea.

Georgia no se conformaba solamente con dar hombres a Wrangel. Le suministraba, además, el material que le era indispensable para hacer la guerra. Después de fines del año 1919 hasta el definitivo aplastamiento de Wrangel, Georgia expedía a este último, en considerable cantidad,

carbón, gasolina, bencina para motores de aviación, petróleo y lubricantes. La conclusión de un tratado con la Rusia soviética, en mayo de 1921, no interrumpió este trabajo. Continuó aunque de una manera más velada, por intermedio de “particulares”. El 8 de julio, Batum, que de hecho se encontraba en manos de Inglaterra, pasó a las manos de la Georgia menchevique. Pero el puerto de Batum no continuaba menos trabajando para Wrangel. Nuestra misión militar, los que tenemos en este momento los informes ante nuestros ojos lo podemos testificar⁷, informan con la más grande exactitud sobre todos los tejes y manejes del gobierno georgiano. Los documentos hallados después en Batum, en Tiflis y Crimea confirman enteramente estos informes, dan los nombres de los barcos, la carga que llevaban, los nombres de los hombres de paja (entre los que figuran, por ejemplo, el cadete Paramonov). Los extractos más importantes de los documentos hallados están ya publicados; los demás, lo serán próximamente.

Se podrá objetar que Georgia no ha enviado en ayuda de Wrangel su propio ejército. Pero Georgia no podía hacerlo: compuesto exclusivamente de miembros del Partido, la Guardia Popular era poco considerable y a penas bastaba para asegurar el orden en el interior. El ejército nacional no representó, hasta el final, más que una fuerza ficticia: sus unidades, medio desorganizadas, no eran políticamente nada seguras y no poseían las necesarias cualidades combativas. Por eso el gobierno menchevique no pudo hacer por Wrangel lo que era incapaz de hacer por su propia defensa, es decir, poner en pie unas fuerzas armadas. Sin embargo, hizo todo aquello que de él dependía. No exageramos si decimos que ha sido la Georgia menchevique la que ha creado el ejército de Wrangel. Los 30,000 oficiales, suboficiales y cosacos que fueron transportados de Georgia a Crimea habían quemado tras ellos todas sus naves y vendieron cara su vida en los combates. Sin ellos, Wrangel se hubiera visto obligado, desde mediado el verano, a evacuar Crimea. Con ellos, luchó encarnizadamente hasta fines de año y nos asestó algunos rudos golpes. La liquidación del frente de Wrangel exigió grandes sacrificios. Sobre el largo sector que terminaba en el estrecho istmo de Perekop, miles de jóvenes obreros y campesinos cayeron en lucha contra la reacción. Sin Georgia, Wrangel no hubiera tenido ejército. Sin Wrangel, Polonia puede ser que no se hubiese atrevido a atacarnos. Y si Polonia no nos hubiese atacado, no nos hubiéramos visto obligados a dividir nuestras fuerzas, y la paz de Riga hubiere sido totalmente otra: en todo caso, no hubiera dado millones de campesinos ucranianos y rusos blancos a los señores polacos. Para los mencheviques georgianos, Crimea fue el eslabón que los ligó a los imperialistas de Occidente contra los “fanáticos del Oriente”. Ese eslabón nos costó millones de vidas humanas. Fue con esas vidas con las que el gobierno de Jordán compró el reconocimiento jurídico de la independencia de su República. A juicio nuestro, compró bien caro esa basura.

En el sudoeste, la Federación Soviética, durante el año 1920, golpeó con el puño derecho en el oeste, a su enemigo principal, la Polonia burguesa; con el puño izquierdo, en el sur, a Wrangel. Conociendo todos los hechos que terminamos de exponer, ¿acaso la Federación Soviética no estaba en su derecho de golpear con el talón y de aplastar la cabeza a los mencheviques? ¿Acaso no era un acto de defensa revolucionaria legítimo? ¿El derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos equivale al derecho de perjudicar impunemente a sus vecinos? Si, durante el año 1920, la Rusia soviética no ha golpeado a la Georgia menchevique, no ha sido porque dudara de su derecho a romper los dientes a este enemigo vengativo, implacable, pérfido; ha sido porque la coyuntura política no se lo permitía. No quisimos facilitar la tarea a Millerand, a Churchill y a Pilsudski, que buscaban arrastrar a la guerra contra nosotros a los estados limítrofes de Rusia. Nos esforzábamos por demostrar a esos estados que, bajo ciertas condiciones, podrían vivir tranquilos sin ningún temor, al lado de la República soviética. Para amansar a las pequeñas repúblicas dirigidas por pequeños burgueses de mollera dura, muchas veces, durante estos últimos años, hemos hecho concesiones sin precedentes, hemos pasado por monstruosos

⁷ Citamos como botón de muestra uno de esos informes que lleva fecha del 14 de julio: “A principios de la última semana han llevado ancla para Crimea los siguientes buques transportando material de guerra: ‘Vzrojdeni’, ‘Donets’ y ‘Kiev’. El día 7 han partido: la ‘Margarita’, con proyectiles, cartuchos y automóviles; el ‘Jarki’, con cartuchos, y el submarino ‘Otka’. Sobre esas naves han embarcado más de 2.000 voluntarios, así como representantes oficiales del Ejército Voluntario bajo la dirección del general Dratsenko.”

compromisos. Tomemos un ejemplo reciente: ¿la aventura de la burguesía finlandesa en Carelia no nos daba pleno derecho a invadir Finlandia? Si no lo hemos hecho no ha sido por razones jurídicas formales (pues nosotros teníamos y todavía tenemos la legalidad de nuestra parte); no lo hicimos porque la esencia misma de nuestra política consiste en no recurrir a la fuerza armada hasta que otros medios están agotados.

VI EL DESENLACE

Al mismo tiempo que se le suministraba a Wrangel hombres y material, la Georgia del año 1920 era a su vez un nido de conspiración de los guardias blancos rusos y particularmente de los guardias blancos caucasianos de diferentes tendencias. Servía de intermediaria entre Petliura, Ucrania, Kubán y Dagestán, así como con los reaccionarios de la montaña. Después de su derrota, los blancos encontraron asilo en Georgia, allí organizaron sus Estados Mayores y desarrollaron sus actividades. Desde Georgia dirigían los destacamentos de insurrectos sobre el territorio en poder soviético por las siguientes rutas: 1º) Sujum-Kalecol Maruch y las fuentes del Kubán y de la Laba; 2º) Sujum-Kale-Gagri; Adler-Krasnaya Poliana; el paso de Aichka-fuentes de la Laba; 3º) Kutais-Onini Nalchik.

Se movían más o menos en secreto, de forma que cubrían las apariencias diplomáticamente; sin embargo, la Policía Especial georgiana estaba perfectamente al corriente de sus manejos. “*Durante mi estancia en Georgia [escribía el 12 de noviembre de 1920 a la Policía Especial un teniente guardia blanco] yo no haré absolutamente nada que sea susceptible de provocar disgustos con la misión soviética, ya que mi trabajo lo efectuaré más clandestinamente que antes. Si se me exigen fiadores, puedo presentar varios entre los hombres del estado georgiano*”. Este documento junto a muchos más, fueron encontrados en los archivos mencheviques por la comisión de la Internacional Comunista. Las organizaciones de los conspiradores están en estrecha connivencia con las misiones de la Entente y en particular con las secciones del contraespionaje de estos últimos. Si Henderson hubiese albergado sobre ello la menor duda, hubiese podido informarse en los archivos del contraespionaje británico. Nosotros suponemos que su entusiasmo patriótico le facilitaba el acceso a ese santuario.

Batum era en esa época el centro más importante de intrigas y complots de la Entente y sus vasallos. En julio de 1920, Inglaterra entregó Batum en manos de la Georgia menchevique, que para ganarse la simpatía de la población de Adjar tuvo que hacer uso inmediato de la artillería. Se evacuó Batum, previa destrucción de sus defensas marítimas; así, el mando británico testimoniaba su completa confianza en las intenciones de Wrangel. La derrota sufrida por éste cambió totalmente la situación. Los generales y los diplomáticos de la Entente conocían muy bien las relaciones entre Georgia, Wrangel y las repúblicas soviéticas, para no albergar duda alguna sobre la situación desesperada en que se encontraban los mencheviques georgianos. Hay que pensar que estos últimos dejaron oír su voz para reclamar “garantías”. En las altas esferas dirigentes inglesas, nuevamente se consideró la posibilidad de otra ocupación de Batum, bajo forma de arrendamiento, creando un puerto franco u otra clase de martingala que en los medios diplomáticos existen en gran cantidad, como llaves falsas tienen los rateros. La gran prensa georgiana se refería a la ocupación proyectada con satisfacción manifiesta, sin aparentar inquietud. Se trataba, sin duda alguna, de la creación de un nuevo frente en contra nuestra. Nosotros declaramos que consideraríamos la ocupación de Batum por los ingleses como una apertura para las hostilidades.

Más o menos en esta época, la protectora titular de los débiles, la Francia de M. Millerand, se interesa particularmente por la suerte de una Georgia independiente. Recién llegado a Georgia, el “Comisario General de la Transcaucasia” señor Abel Chevalley, inmediatamente declaró a través de la agencia telegráfica georgiana: “*Los franceses aman con amor fraterno a Georgia. Me siento feliz de declararlo públicamente. Los intereses de Francia concuerdan enteramente con los de Georgia...*” Los intereses de Francia, que había cercado a Rusia con el bloqueo del

hambre y arrojado sobre ella una jauría de generales zaristas, ¡“concordaban enteramente” con los intereses de la Georgia democrática! A raíz de amplios discursos líricos y bobalicones sobre el gran afecto de los franceses por los georgianos, el señor Chevalley, a decir verdad, como es propio a todo buen representante de la Tercera República, explicó que “*los Estados del mundo entero tenían necesidad en este momento de materias primas y de productos prefabricados; Georgia es la vía más importante entre el oriente y el occidente*”. En otros términos, lo que atraía a los amigos de M. Millerand no era solamente su amor a Georgia, sino también el olor del petróleo de Bakú.

Poco después de llegar M. Chevalley, el almirante francés Dumenil desembarcó en Georgia. Su cariño hacia los compatriotas de Noe Jordan no desmerecía en nada al de su colega el diplomático. El almirante declaró que Francia, “*no reconocería la apropiación indebida de la propiedad ajena*” (¡quién lo hubiese creído!). El, Dumenil, mientras se encontrara en territorio de Georgia “independiente”, no permitiría al gobierno soviético apoderarse de los barcos rusos que se encontraban en el puerto georgiano y que estaban destinados a ser entregados a Wrangel o a sus posibles sucesores. ¡Los caminos por los cuales triunfa el derecho son a veces realmente impenetrables!

La colaboración de los representantes de la democracia francesa con los demócratas de Georgia ofreció un desarrollo extraordinario. El torpedero francés *Saquiart* bombardeó y quemó la goleta rusa *Leínat*. Con el concurso de los agentes de la Policía Especial georgiana, el contraespionaje francés atacó al correo diplomático de los soviets y lo desvalijó. Los torpederos franceses protegieron la partida para Constantinopla del barco ruso *Printsip*, anclado en el puerto georgiano. La organización de las insurrecciones en las repúblicas soviéticas y en las regiones vecinas de Rusia redobló en intensidad. La cantidad de armamentos llevados desde Georgia a esas regiones aumentó sensiblemente. El bloqueo del hambre en Armenia, que ya en aquella época había adoptado el régimen soviético, proseguía. Pero Batum no fue ocupado. Posiblemente en ese tiempo Lloyd George renunció a la idea de un nuevo frente.

También es posible que el amor que sentían los franceses por Georgia hubiese impedido a los ingleses manifestar el mismo sentimiento. Nuestra declaración relacionada con Batum no quedó sin resultado. Habiendo pagado, al último momento, los servicios de Georgia con esa carta crediticia y ficticia que constituía el reconocimiento *de jure* del estado georgiano, la Entente decidió que no se debía construir nada sobre el inestable fundamento de la Georgia menchevique. Después de la lucha encarnizada que nos habían opuesto, los mencheviques georgianos estaban persuadidos, en la primavera de 1920, de que nuestras tropas alcanzarían su victoria sobre Denikin, llegarían en marchas forzadas hasta Tiflis y Batum y barrerían como una brizna de paja la democracia menchevique... Pero nosotros, que del golpe de estado en Georgia no esperábamos ninguna consecuencia revolucionaria importante, estábamos preparados para tolerar a nuestro lado a esta democracia menchevique, con la condición de que consintiera formar con nosotros un frente común contra la contrarrevolución rusa y el imperialismo europeo.

Pero nuestra actitud, dictada por consideraciones políticas, fue interpretada en Tiflis como un signo de debilidad. Nuestros amigos de Tiflis nos escribían que para empezar, los dirigentes mencheviques no alcanzaban a comprender los motivos de nuestra pasividad: ellos se daban perfecta cuenta de que hubiéramos podido ocupar Georgia sin más pérdida de tiempo. Pronto se imaginaron la explicación más fantástica: según les parecía, Inglaterra no consentía en trabar conversaciones con nosotros, a menos que nos comprometiéramos a no intervenir para nada en Georgia. A pesar de ello, el miedo del primer momento se convirtió pronto en insolencia por parte de los mencheviques, que trataban de provocarnos de cualquier forma. Después de nuestros reveses en el frente polaco y de nuestros problemas en el frente de Wrangel, Georgia se pone abiertamente al lado de nuestros enemigos. Sin capacidad revolucionaria, sin grandeza de miras, sin ninguna perspectiva, esa miserable democracia pequeño-burguesa que anteriormente se inclinaba rastreramente ante los Hohenzollern, ahora se sentían prestos a inclinarse ante

Wilson, que aún apoyaba a Wrangel, sabían que en el momento crítico lo abandonarían y que aunque firmó un acuerdo con la Rusia soviética, ello no tenía otro fin que engañarla. La Georgia menchevique cobarde y asustada, finalmente se encontraba envuelta en la urdimbre de sus propias maquinaciones; ella misma había pronunciado su pena de muerte.

A pesar de que teníamos completo derecho, no considerábamos, como hemos explicado antes, que fuese de nuestro interés político liquidar por la fuerza de nuestras armas a la Georgia menchevique. Sobre todo, si sabíamos perfectamente que, al hacerlo, los políticos mencheviques pondrían el grito en el cielo en todos los idiomas de las democracias civilizadas. Esas gentes no eran los obreros de Rostov, de Novotcherkask o de Ekaterinodar, que los partidarios de Denikin, apoyados en la “neutralidad” amistosa y la ayuda afectiva de los mencheviques georgianos, masacraban por centenares y millares y perecían en la oscuridad sin que nadie de Europa tuviera noticia de ello. Los políticos mencheviques georgianos eran intelectuales, antiguos estudiantes de universidades europeas, generosos anfitriones de Renan, de Vandervelde y de Rantski. ¿Era difícil predecir que conseguirían movilizar las simpatías de los órganos de la sociedad democrática, del liberalismo y de los reaccionarios? Estaba claro que cuantos politicastro se habían deshonrado al proteger la carnicería imperialista, que los traidores y derrotistas del socialismo oficial se harían eco de los lamentos de sus correligionarios georgianos, clamarían de indignación para demostrar su apego a la justicia y sus lealtades al ideal democrático. Sobre todo si no les ocasionaba gasto alguno. Conocíamos demasiado bien a los mencheviques para poner en duda que no dejarían escapar una ocasión tan propicia para adoptar resoluciones, lanzar manifiestos, declaraciones, redactar memorandos y artículos y pronunciar discursos grandilocuentes y patéticos con la aprobación de la burguesía y el apoyo de sus gobiernos. Si no hubiésemos tenido otras razones, solo ésta, es decir, el no dar un cómodo pretexto a la democracia internacional para dar marcha atrás, esto hubiese sido suficiente para decidimos a no tocar a los jefes mencheviques de la contrarrevolución en su refugio georgiano. Queríamos un acuerdo. Propusimos a los mencheviques una acción conjunta contra Denikin. Rehusaron. Concluimos con ellos un acuerdo que les producía menos menoscabo a su independencia que el protectorado de la Entente. Insistimos sobre la ejecución del tratado; en una serie de notas y protestas, denunciemos la conducta hostil hacia nosotros de los mencheviques georgianos. Presionando sobre las masas trabajadoras de la misma Georgia, nos esforzamos en mantener en ese país un vecino susceptible de convertirse para nosotros en un intermediario ventajoso entre la Federación Soviética y el Occidente capitalista. En ese sentido se orientaba toda nuestra política hacia Georgia. Pero los mencheviques no podían dar marcha atrás. Estudiando la documentada historia de nuestras relaciones con el gobierno de los mencheviques, me he extrañado muchas veces de nuestra longanimidad y rendí al mismo tiempo justicia a esa gigantesca maquinación burguesa de falsificación y mentira por medio de la cual el golpe de estado soviético, inevitable en Georgia, era representado como una agresión del lobo malo soviético contra la pobre Caperucita Roja menchevique. ¡Oh poetas de la Bolsa, fabulistas de la diplomacia, mitólogos de la gran prensa, o canallas a sueldo del Capital!

Con la perspicacia que le caracteriza, Kautsky descubre la mecánica diabólica del golpe de estado bolchevique en Georgia: la insurrección no empezó en Tiflis, como hubiera sido lógico si la hubieran iniciado las masas obreras, sino en los confines del país, en la vecindad de las tropas soviéticas, y se desarrolló de la periferia hacia el interior. ¿No está por ello claro que el régimen menchevique cayese víctima de una agresión propugnada desde el exterior? Estas consideraciones harían honor a un juez de instrucción. Pero no agregan nada a la comprensión de los acontecimientos históricos.

La revolución soviética se había iniciado en los centros de Petrogrado y de Moscú, y de allí, se había extendido a todo el imperio de los zares. La revolución en aquella época no tenía ejército. Sus propagandistas eran destacamentos de obreros armados apresuradamente. Penetraban casi sin encontrar resistencia en las regiones más atrasadas, y sostenidos por la simpatía ilimitada de los trabajadores instauraban el poder soviético. Cuando la reacción, personificada por la burguesía y los grandes hacendados, se habían apoderado, como en el Don y en Kubán, del

centro de la población, la insurrección iba de la periferia al centro, generalmente con el apoyo efectivo de agitadores y militantes llegados de las capitales.

Sin embargo, la contrarrevolución, gracias a la ayuda que había recibido del exterior, logró recuperar posiciones en los lugares más atrasados del territorio ruso, y allí atrincherarse; así sucedió en el Don, en el Kubán, en el Cáucaso, en la región del Volga, en Siberia, en el litoral del mar Blanco y aun en Ucrania. Al mismo tiempo que la contrarrevolución, la revolución formaba su ejército. Poco a poco fueron batallas preparadas, campañas militares organizadas las que decidieron el destino de las fronteras de la revolución soviética. Pero como los ejércitos en pugna no venían de “exterior”, sino que habían sido formados por soldados que luchaban a muerte unos contra otros sobre toda la extensión del imperio de los zares, así, pues, era la lucha de clases la que se expresaba de esa forma en la jerga de las operaciones militares. La contrarrevolución también es cierto que en gran parte estaba sostenida por una fuerza militar que venía del exterior. Pero ello no hace más que confirmar nuestra tesis. Sin San Petersburgo, Moscú, la región Ivano-Voznessensk, la cuenca del Donetz, los Urales, no hubiesen hecho la revolución. Por sí misma la región del Don no hubiese nunca instaurado el poder soviético. Un pueblo de la región de Moscú tampoco la hubiese hecho. Pero tal como la aldea del gobierno de Moscú, la *stanitza* del Kubán y la estepa transvolguiana formaban parte desde largo tiempo de un complejo administrativo y económico único y entraron con él en el torbellino de la revolución. Cayeron naturalmente bajo la dirección revolucionaria de la ciudad y del proletariado industrial. No fue el caso de un plebiscito en cada punto de Rusia, sino la hegemonía indudable de la vanguardia proletaria en todo el país la que aseguró la ampliación y la victoria de la revolución. Con el apoyo de las fuerzas armadas del exterior, algunas regiones de los confines de Rusia consiguieron no solo librarse del torbellino de la revolución, sino mantener, durante largo tiempo, el régimen burgués. Las “democracias” de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, así como de Polonia deben su existencia a la fuerza militar extranjera, que durante el periodo crítico de su formación prestó su apoyo a la burguesía y aplastó el proletariado. En esos países limítrofes con el Occidente capitalista, la correlación de las fuerzas fue alterada por la introducción de un elemento exterior: la fuerza militar extranjera, por medio de la cual la burguesía, valiéndose de masacres, encarcelamientos y deportaciones diezmaron a lo mejor del proletariado. Solamente de esta manera la democracia pudo establecer un equilibrio temporal sobre bases burguesas. ¿Por qué las caritativas almas de la II Internacional no apoyaron un programa que incluyera: en primer lugar, el retiro de los ejércitos burgueses formados en Finlandia, Estonia, Lituania, etc., con el apoyo de las fuerzas exteriores, en segundo lugar, la liberación de todos los prisioneros y la amnistía para todos los exiliados (es imposible, desgraciadamente, resucitar a los muertos) y, por último, un referéndum?

La situación de la Transcaucasia era diferente. Entre ella y los otros centros de la revolución se extendía la *Vendée* cosaca. Sin la Rusia soviética, la pequeña burguesía democrática de Transcaucasia hubiese sido inmediatamente deshecha por Dekinin. Sin los guardias blancos del Don y del Kubán, hubiese sido inmediatamente absorbida por la Revolución soviética. Ella vivía y se alimentaba de la encarnizada guerra civil que desbastaba Rusia y de la fuerza militar extranjera instalada en el Transcáucaso. En cuanto la guerra civil acabó con la victoria de la República soviética, el derrumbamiento del régimen pequeño-burgués en Transcaucasia fue inevitable.

En febrero de 1918, Jordan deploraba que las tendencias bolcheviques hubiesen penetrado en los campos y en las ciudades y alcanzado hasta a los obreros mencheviques. Las insurrecciones campesinas venían sucediéndose sin interrupción en Georgia. Mientras que en la Rusia soviética, hasta la insurrección de los checoslovacos (mayo de 1918) dirigida por los socialrevolucionarios y los mencheviques, los periódicos mencheviques aparecían libremente; en Georgia, por el contrario, el Partido Comunista había sido reducido a la clandestinidad desde principios de febrero. Aunque los trabajadores de la Transcaucasia, separados de la Rusia soviética, estuviesen permanentemente atemorizados por la presencia de tropas extranjeras, las insurrecciones revolucionarias ocuparon en el seno de Georgia un lugar mucho más importante

que la de los blancos en el territorio soviético. El aparato de opresión del gobierno de Georgia fue sin comparación mucho mayor que el de la Rusia soviética.

Nuestra victoria sobre Denikin, y seguidamente sobre la poderosa Entente, produjo una fuerte impresión sobre las masas populares de la Transcaucasia.

Cuando las tropas soviéticas se acercaron a las fronteras de Azerbaiyán y de Georgia, las masas trabajadoras de esas repúblicas, siempre hermanas de los trabajadores rusos, se sintieron presa de una gran efervescencia revolucionaria. Su estado de espíritu puede compararse con aquél de las masas populares de Prusia Oriental y hasta cierto punto en toda Alemania, a raíz de nuestra ofensiva sobre Varsovia, cuando la izquierda del Ejército Rojo llegaba a las fronteras de Alemania. Pero entonces nos encontrábamos en presencia de un hecho efímero, mientras que la derrota de los ejércitos de Denikin, a los ojos de la Entente, tenía un carácter decisivo; también las masas trabajadoras de Azerbaiján, Armenia y Georgia no dudaban de que el gobierno soviético se apoyaba sobre bases firmes y que su dominio sería inquebrantable.

En Azerbaiyán, la revolución soviética se llevó a cabo casi automáticamente en cuanto nuestras tropas se acercaron a sus fronteras; el partido dirigente de los *mosavats*, compuesto de burgueses y de terratenientes, no tenía las mismas tradiciones ni tanta influencia como los mencheviques georgianos. Bakú, en Azerbaiyán, era una base mucho más importante que Tiflis en Georgia: era una antigua ciudadela del bolchevismo. Los guerrilleros de los *mosavats* se fugaron, abandonando casi sin resistir el poder a los comunistas de Bakú. La actitud de los *dachnaks* armenios fue más o menos igualmente indigna. En Georgia, los acontecimientos se desarrollaron más metódicamente. Las tendencias bolcheviques que hasta el momento se habían ocultado, empezaron a manifestarse abiertamente. El Partido Comunista hizo rápidos progresos en poco tiempo, consiguió conquistar las simpatías de los trabajadores. El periódico de los socialistas federales georgianos, el *Sakartvelo*, escribía el 7 de diciembre de 1920. “*Las fuerzas de los comunistas en Georgia hace unos meses era diferente que la actual. Entonces Georgia no estaba rodeada de los bolcheviques. Teníamos por vecinos estados nacionales independientes. Nuestra situación económica y financiera era incomparablemente mejor que hoy. Pero la situación ha cambiado y este cambio se ha producido en beneficio de los bolcheviques. En este momento el partido bolchevique tiene sus organizaciones en Georgia. En algunos centros obreros, como, por ejemplo, en el sindicato de obreros impresores, dispone de una mayoría. En suma, la actividad de los bolcheviques ha aumentado considerablemente. En el interior, el crecimiento de las fuerzas bolcheviques; en el exterior, su dominio ilimitado. Esta es la situación en que se encuentra Georgia.*” Reflejando realmente esta situación, las quejas de un órgano que nos era totalmente hostil tienen para nosotros una enorme importancia: constituyen una refutación categórica a Kautsky, que afirmando la “entera libertad” concedida a los comunistas y a la vez su completa importancia, se basa en ello para presentar la revolución soviética en Georgia como resultante de la violencia y de la fuerza exterior. Las palabras del periódico nacionalista: “en el interior, el crecimiento de las fuerzas bolcheviques; en el exterior, su dominio” son la fórmula exacta del golpe de estado soviético que iba a tener lugar.

Presintiendo su situación desesperada, los mencheviques georgianos se empeñaron por el camino de una abierta reacción. El brutal rechazo del gobierno de Jordán a aliarse a Rusia contra Denikin provocó el descrédito de los mencheviques ante las masas. Las sistemáticas infracciones cometidas contra el tratado firmado con la Rusia soviética, infracciones que tuvimos el cuidado de denunciar, obtuvieron un efecto análogo. Estimando la imposibilidad de existir por sus propios medios, en tanto que el poder soviético había triunfado en todo el sudeste del antiguo imperio de los zares, los mencheviques hicieron desesperadas tentativas para ayudar a Wrangel y obtener el apoyo de las fuerzas de la Entente. Pero todo fue en vano. En Crimea, no sólo fue la suerte de Wrangel la que se decidió, sino también la de la Georgia menchevique. Nuestros efectivos en el Cáucaso se vieron incrementados en el otoño de 1920, cuando Wrangel se dirigía al Kubán, y cuando no se hablaba más que de la ocupación de Batum. Esta concentración de nuestras tropas revestía un carácter puramente defensivo. La liquidación del

frente de Wrangel y el armisticio con Polonia reforzaron las fuerzas soviéticas en Georgia. La presencia de los regimientos rusos en sus fronteras significaba que ya no había lugar para temer una intervención extranjera en caso de revolución soviética. No era para desalojar a los mencheviques para lo que se necesitaban soldados rusos, sino para prevenir cualquier tentativa de desembarco de tropas enviadas desde Constantinopla por Inglaterra, por Francia o por Wrangel para sofocar la revolución soviética. Los propios mencheviques, con su Guardia Popular pretoriana y su ejército ficticio, opusieron una resistencia insignificante. Habiéndose iniciado a primeros del mes de febrero, a mediados de marzo la revolución soviética había acabado en todos los lugares del país.

No tenemos la menor intención de disimular o menoscabar la importancia del papel representado por el ejército soviético en las victorias de los soviets en el Cáucaso. En febrero de 1921, este ejército prestó un apoyo eficaz a la revolución, aunque mucho menor que el que habían suministrado, durante tres años, a los mencheviques los ejércitos turcos, alemanes, ingleses, sin olvidar a los guardias blancos rusos. Si el Comité Revolucionario que dirigía la insurrección no comenzó sus operaciones en Tiflis, centro de la Guardia Popular menchevique, sino en las fronteras, donde podía sostenerse junto al Ejército Rojo y reagrupar sus fuerzas, ello solamente indica que se tenía un fino sentido político, lo cual no puede decirse de Kautsky, que después de todo inventa a la revolución georgiana una táctica diferente a la que obtuvo la victoria. ¡Que Kautsky guarde para sí su estrategia! Nosotros queremos instruirnos y aprender a vencer del enemigo. Los apóstoles de la II Internacional, por el contrario, enseñan el arte de ser vencidos.

Lo que finalmente ocurrió fue lo que inevitablemente tenía que ocurrir. La historia de las relaciones entre Georgia y la Rusia soviética no es más que un capítulo de la historia del bloqueo a Rusia, de las intervenciones militares, del oro francés, de la escuadra inglesa, de los cuatro frentes que devoraron a la élite obrera. La Georgia, tal como nos la presentan los jefes mencheviques, no existió nunca; nunca existió una Georgia democrática, pacífica, autónoma y neutral. Lo que fue Georgia, fue una plaza de armas de la guerra de clases panrusa. Esta plaza está ahora en manos del proletariado victorioso.

Y después de que los dirigentes mencheviques de Georgia ayudaron a la matanza, a ahorcar y hacer morir de frío a decenas de miles de soldados rojos, a millares de comunistas, y producirnos heridas que tardaron años en cicatrizar; después de que, a pesar de todas esas pérdidas y sacrificios, salimos vencedores de la lucha; después de que las masas trabajadoras de Georgia, con nuestro apoyo, se deshicieron de sus dirigentes en Batum, éstos tienen la osadía de venir a proponernos considerar todo esto nulo y que iniciáramos nuevamente el juego. Los mencheviques que se comprometieron con los oficiales rusos, turcos, prusianos y británicos, con Macdonald, Kautsky, Mrs. Snowden y otras comadronas de la II Internacional, intentarán rehacer una nueva virginidad democrática, después de la cual, con la ayuda de la flota británica, los subsidios de los reyes del petróleo y del manganeso, los aplausos del *Times* y la bendición del Papa, la Georgia menchevique, el país más democrático, más libre, más neutral del mundo, será restaurado en su primer esplendor.

VII LA GIRONDA GEORGIANA, TIPO POLÍTICO

En la historia del menchevismo ruso, Georgia jugó un papel de lo más importante. Es en Georgia donde el menchevismo revistió la forma más evidente, la más marcada de la adaptación del marxismo a las necesidades de la clase intelectual, en un pueblo atrasadísimo que en su desarrollo se encontraba todavía en un periodo precapitalista. La industria era casi inexistente; la burguesía nacional, en el verdadero sentido de la palabra, no existía. El capital comercial se encontraba casi enteramente en manos de los armenios. La cultura intelectual era del patrimonio de los terratenientes, nobles en su mayoría. El capitalismo, que empezaba a penetrar en la vida

nacional, no había creado su propia cultura, pero había engendrado necesidades que la nobleza georgiana, cuyo único haber consistía en viñedos y en rebaños de corderos, no podía satisfacer.

El descontento contra la administración rusa y el zarismo se aliaba al odio contra el capitalismo, que estaba representado por los mercaderes y usureros armenios. La incertidumbre del mañana y el deseo de encontrar una solución a este estado de cosas, llevaron a la nueva generación de intelectuales, nobles y pequeños burgueses, a adherirse a la ideología democrática y a buscar el apoyo de los trabajadores. Pero, en aquella época (finales del pasado siglo), el programa de la democracia política, en su antigua forma jacobina o “manchesteriana”, había sido superada hacía largo tiempo por la marcha de la evolución histórica, y en las conciencias de las masas oprimidas de Europa se había cedido el paso a diferentes teorías socialistas, que a su vez iban perdiendo terreno ante el marxismo. Las aspiraciones de la nobleza de los campos y de las ciudades de participar en más amplias actividades en los campos literario, político y otras, se manifestaban en una forma de aversión envidiosa hacia el capitalismo; los primeros movimientos de los artesanos y de los obreros industriales, todavía poco numerosos, que despertaban a la vida política; el descontento acallado de la oprimida clase campesina, encontraron su expresión en la adaptación menchevique del marxismo, la cual, simultáneamente, se orientaba a reconocer el carácter inevitable del desarrollo capitalista, revivía y ensalzaba las ideas de la democracia política ya desacreditadas en Occidente y anunciaba para un futuro indeterminado y lejano la dominación de la clase obrera, que debía surgir orgánicamente y sin dolor de la democracia.

De origen noble, pero pequeñoburgueses en su espíritu y su forma de vida, con un falso pasaporte de marxistas en el bolsillo, así eran los jefes mencheviques georgianos cuando ingresaron en la política revolucionaria. Meridionales impresionables y flexibles, se convirtieron en muchos casos en jefes de los estudiantes y del movimiento democrático; la prisión, la deportación y el tribunal de la Duma del Imperio consolidaron su autoridad política y lograron en Georgia una cierta reputación.

La inconsistencia pequeñoburguesa del menchevismo, y en particular de su fracción georgiana, se dejaba ver cada vez más claramente a medida que la revolución se extendía y que sus tareas interiores e internacionales eran más complicadas. La cobardía política es uno de los rasgos del menchevismo; pero la revolución no admite cobardías. En los grandes acontecimientos, un menchevique tiene poco que hacer. Ese rasgo de su carácter se explica por el temor del pequeño burgués ante el grande, del intelectual ante un general, del simple abogado ante un diplomático, del provinciano vanidoso y desconfiado ante un francés o un inglés. La cobardía ante los representantes titulados del capital, tiene como contraparte la altivez ante los obreros. En el odio que Tseretelli siente hacia la Rusia soviética, se descubre la rebelión contra el intento del obrero de iniciar la tarea que sólo él, el pequeño burgués instruido, se cree capacitado para realizarla, y aun así, con el consentimiento del gran burgués.

Cuando Tchkenkeli o Gueguetchkori hablan del bolchevismo, emplean el lenguaje de los carreteros de Tiflis y más aún, de los de toda Europa. Pero cuando “conversan” con el general zarista Alexeiev, o con el general alemán von Kress, o con el general inglés Walker, se esfuerzan en imitar la nobleza del lenguaje de los *mâîtres* de hotel suizos. Pero sobre todo a quienes temen es a los generales. Les ofrecen garantías, tratan de convencerlos, les explican con deferencias que el socialismo georgiano es totalmente diferente de las otras formas de socialismo, las cuales no persiguen otro fin que la destrucción y el desorden, en tanto que su socialismo, el de ellos, es una garantía para el orden. La experiencia política hace más cínicos a los pequeñoburgueses, pero no les enseña nada.

Hemos presentado anteriormente, antes nuestros lectores, el diario de Dsugheli y hemos visto cómo se presenta a sí mismo como un caballero del menchevismo. Quema los pueblos a propósito, y en un estilo de colegial depravado, expresa en su diario su admiración por la belleza del incendio y su afinidad con Nerón. Los mencheviques, que no callan los hechos de la guerra

civil y las rigurosas medidas que emplean para someter a sus enemigos, imponen sin lugar a dudas a este repugnante farsante. Como sus maestros, Dsugheli es absolutamente incapaz de comprender que, detrás de esta política abierta e intrépida de violencia revolucionaria, se tiene la conciencia de un derecho histórico, de una misión revolucionaria, conciencia que no tiene nada que ver con el cinismo desvergonzado de un déspota “democrático” provinciano incendiario de pueblos, que se complace ante el espejo para convencerse de su parecido con el degenerado romano que ceñía su frente con la corona imperial.

Dsugheli no es una excepción; nos lo prueba mejor que nada el prefacio singularmente elogioso escrito para su libro por el ministro de Asuntos Exteriores, Gueguetchkori. Siguiendo a Jordan, el ministro del Interior, Ramichvili, refiriéndose a Marx, proclamaba con énfasis el derecho de la democracia al terror implacable. De Nerón a Marx... La farsa de esos burgueses provincianos, su proceder superficial, su imitación simiesca son el testimonio acusador de su nulidad y del vacío de su espíritu. Habiendo comprobado ellos mismos la completa impotencia de la Georgia “independiente”, obligados, a raíz del derrumbamiento de Alemania, a buscar la protección de la Entente, los mencheviques disimularon con más ahínco su Policía Especial que, en vez de usar la máscara modelo Dsugheli-Nerón, se vistieron de la máscara Jordan-Tseretelli-Gladstone, para imitar a ese orador famoso, enamorado de los mismos objetivos aderezados con sabor liberal.

Los mencheviques georgianos, sobre todo en su época de juventud, necesitaban de un marxismo adulterado, hecho a medida para justificar su forma de ser esencialmente burguesa. Su cobardía política, su fraseología democrática, conjunto patético de lugares comunes, su instintiva repulsa por lo preciso, acabado, decidido en el dominio de las ideas, su veneración plena de envidia por las formas externas de la civilización burguesa producen en su amalgama un tipo diametralmente opuesto al modelo marxista. En tanto Tseretelli trata de la “democracia internacional”, sea en San Petersburgo, en Tiflis o en París, es imposible saber si habla de la mítica “familia de los pueblos”, de la Internacional o más bien de la Entente. A fin de cuentas, es siempre a esta última a la que se dirige, pero expresándose de tal forma que se puede creer que trata igualmente del proletariado mundial. Sus ideas diluidas, sus conceptos amorfos ayudan a crear esa confusión. Cuando Jordan, el jefe del clan, habla de la solidaridad internacional, alega en apoyo de su argumentación la hospitalidad de los reyes de Georgia. “*El porvenir de la Internacional y de la Sociedad de las Naciones está asegurado*”, anuncia Tchkenkeli a su regreso de Europa. Prejuicios nacionales y migajas del socialismo; Marx y Wilson; arrebatos puramente literarios y estrechez burguesa; pathos y bufonada; la Internacional y la Sociedad de las Naciones; una cierta dosis de sinceridad, mucha charlatanería, y sobre todo, beata satisfacción de un boticario de provincia; todo ello forma la mixtura del alma de un menchevique georgiano.

Los mencheviques georgianos aclamaron con entusiasmo los catorce puntos de Wilson. Ovacionaron la creación de la Sociedad de las Naciones. Anteriormente habían ovacionado la entrada de las tropas del Káiser en Georgia. Pronto clamarían por su partida. Ovacionaron la llegada de las tropas inglesas. Ovacionaron la amistosa declaración del almirante francés.

Ovacionaron, ¿por qué no?, a Kautsky, Vandervelde, Mrs. Snowden y hasta son capaces de aclamar al arzobispo de Canterbury, si éste quiere “rajarse” con algunas maldiciones hacia los bolcheviques. De esta forma esos señores quieren demostrar que son los verdaderos hijos de la “civilización europea”.

El memorando presentado por la delegación georgiana a la Sociedad de las Naciones en Ginebra nos revela, de una forma sorprendente, la esencia del menchevismo georgiano.

“Colocado bajo la bandera de la democracia occidental [se dice en la conclusión del memorando], el pueblo georgiano siente naturalmente una exclusiva simpatía hacia la idea de la formación de un sistema político que, consecuencia directa de la guerra, sirva al mismo

tiempo para paralizar las posibilidades de guerras en el futuro. La Sociedad de las Naciones, que encarna este sistema, representa por la fecundidad de sus resultados la adquisición más notable de la humanidad en su camino hacia la unidad del futuro. Rogando ser admitida en el seno de la Sociedad de las Naciones [...] el gobierno georgiano estima que los mismos principios llamados a regular la vía internacional dirigida de ahora en adelante hacia la solidaridad y la colaboración, exigen la admisión en la familia de los pueblos libres de Europa de este antiguo pueblo que fue en otros tiempos la vanguardia del cristianismo en Oriente y que se ha convertido ahora en la vanguardia de la democracia, del pueblo que sólo aspira al trabajo libre, aferrado en su casa, que es su heredad legítima e incontestable.”

Después de esto no hay más que decir. He aquí un documento clásico de la bajeza. Puede servir de criterio absoluto: el socialista al cual este memorando no le causa asco debe de ser excluido ignominiosamente del movimiento obrero.

La conclusión principal que Kautsky extrae de su estudio sobre Georgia es que, al contrario de Rusia, con sus fracciones, sus divisiones y sus luchas internas, contrariamente a ese mundo culpable (que en ese sentido no vale más que Rusia), es en las montañas de Georgia donde únicamente ha encontrado el reino del marxismo verdadero, del marxismo auténtico. Sin embargo, Kautsky no oculta que en Georgia no hay ni pequeña ni gran industria y, en consecuencia, no existe el proletariado en el sentido actual de la palabra. La gran masa de los diputados mencheviques de la Asamblea Constitucional georgiana estaba constituida por profesores, médicos y empleados. La masa electoral estaba constituida por los campesinos. Sin embargo, Kautsky no se esfuerza en explicar este prodigio histórico, él, que conjuntamente con todos los mencheviques nos acusa de presentar el lado inculto de Rusia como superioridad, descubre el modelo ideal de la socialdemocracia en el rincón más retrasado de la antigua Rusia. En realidad, si el “marxismo” en Georgia no conoció las divisiones y una lucha de fracciones más intensa que en otros países menos favorecidos, esto únicamente prueba que el medio social era mucho más primitivo, el proceso de diferenciación de la democracia burguesa y de la democracia proletaria se encontraba en considerable retraso y, por consiguiente, el menchevismo georgiano no tenía nada en común con el marxismo. En vez de responder a esas preguntas fundamentales, Kautsky declara con su soberbia habitual que él conocía ya las verdades del marxismo cuando muchos de los nuestros se hallaban en la cuna. No trataremos de refutar a Kautsky esa superioridad. El sabio Nestor [el de Shakespeare y no el de Homero] se consideraba superior a su joven enemigo porque la mujer que amaba había sido más bella que la abuela de éste. Cada cual se consuela como puede. La razón puede interpretarse como que Kautsky, que conocía el alfabeto del socialismo, no supo leer sus primeras letras cuando se trataba de Georgia. Para él, la estabilidad y la duración relativa de la dominación del menchevismo georgiano son el fruto de una sabiduría táctica superior; no se da cuenta que ello se explica por el hecho de que la era del socialismo revolucionario empezó mucho más tarde para esa Georgia atrasadísima que para las otras regiones de la antigua Rusia. Profundamente herido por el curso de la historia, Carlos Kautsky, en los últimos días de la era menchevique, llegó a Tiflis para apaciguar su sed espiritual. Después de un tercio de siglo en que Marx y Engels hubiesen escrito su *Manifiesto*, Mrs. Snowden se apresuró igualmente a darse prisa en airear su bagaje espiritual. Aquello en realidad se imponía. El Evangelio de Jordan es razonable, orgánico, verdadero en el espíritu “fabiano”; se dirige desde el rey georgiano Vakhtanga a M. Huysmans; ha sido creado por el cielo para satisfacer las necesidades más nobles del socialismo británico.

¡La tontería es mayor cuando tiene raíces sociales!

VIII TODAVÍA DEMOCRACIA Y SOVIETISMO

Ahora que hemos puesto fin al relato de los acontecimientos, nos permitiremos atenernos a algunas consideraciones generales.

La historia de la Transcaucasia en el curso de los últimos cinco años es una lección extremadamente instructiva de democracia en periodo revolucionario. En las elecciones de la Asamblea Constituyente panrusa, ninguno de los partidos caucasicos había planteado la separación de Rusia. Cuatro o cinco meses más tarde, en abril del año 1918, el *Seim* transcaucasicos compuesto por los mismos diputados de la Asamblea Constituyente decretaba la separación de Georgia de Rusia y se constituía en estado independiente. Sobre un tema fundamental de la vida de un estado: si con la Rusia soviética o sin ella o contra ella, nadie consultó a la población de la Transcaucasia; no hubo ni referéndum, ni plebiscito, ni nuevas elecciones. La separación de la Transcaucasia de Rusia fue decretada por los mismos diputados que habían sido elegidos para representar a la Transcaucasia en San Petersburgo tomando como base las mismas plataformas amorfas del primer periodo de la revolución.

La República Transcaucasicos fue proclamada en primer lugar como federación de todas las nacionalidades del Cáucaso. Pero la situación creada por la separación de Rusia y la búsqueda de nuevas orientaciones internacionales trajo la separación de la Transcaucasia en tres partes distintas: Azerbaiyán, Armenia y Georgia. El 26 de mayo de 1918, sólo cinco semanas más tarde, el *Seim* (formado por diputados de la Asamblea Constituyente pan-rusa), que había creado la República Transcaucasicos, proclamaba su disolución. Como había sucedido anteriormente, no se consultó la opinión de las masas populares; no hubo elecciones ni cualquiera otra forma de consulta. Y es así como, sin consultar a la opinión del pueblo, la separaron de Rusia para realizar, como lo explicaban los dirigentes del *Seim*, una unión más estrecha con los tártaros, los armenios y los georgianos. Tras lo cual, a la primera sacudida exterior, tártaros, armenios y georgianos se encontraron divididos en tres estados diferentes.

El mismo día, la fracción georgiana del *Seim* proclamaba a Georgia como república independiente. Los obreros y campesinos georgianos no fueron consultados: se les situó ante el hecho consumado.

En los diez meses siguientes, los mencheviques consolidaron el “hecho consumado”: persiguieron a los comunistas, que redujeron a la actividad clandestina; se pusieron en relación con los turcos y los alemanes; concluyeron tratados de paz; reemplazaron a los alemanes por los ingleses y por los americanos; realizaron sus reformas fundamentales, más que nada crearon su ejército pretoriano, la Guardia Popular y, solamente a continuación, se decidieron a convocar la Asamblea Constitucional (mayo de 1919), poniendo así al pueblo en la necesidad de elegir los representantes al Parlamento de la república georgiana independiente, lo cual era para ellos algo desconocido y lo cual no habían pensado jamás.

¿Qué significaba todo esto? Si Macdonald, por ejemplo, supiese algo de historia, es decir si fuese capaz de ver a través de la historia el movimiento de las fuerzas y de los intereses vitales para distinguir su verdadero aspecto y no la máscara que los cubre, las verdaderas causas de las contingencias, habría llegado a la conclusión de que los políticos mencheviques, esos demócratas por excelencia, trataban de tomar, o de hecho tomaban, las medidas más importantes, de forma muy distinta a los métodos de una democracia política. Utilizaron, a decir verdad, la fracción transcaucasicos de la Asamblea Constituyente panrusa, pero la usaron para fines totalmente opuestos para los que había sido elegida. Sostuvieron ese residuo de la revolución pasada para usarla como oposición a la misma. Convocaron la Asamblea Constituyente georgiana cuando ya no le quedaba al pueblo más que acatarla: la Transcaucasia estaba separada de Rusia; Georgia, de la Transcaucasia, los ingleses ocupaban Batum; los blancos, inseguros como amigos, se encontraban en las fronteras de la república; los bolcheviques georgianos quedaron fuera de la ley, el partido menchevique quedaba como único intermediario posible entre Georgia y la Entente, de la cual dependía la llegada del trigo. En esas condiciones, las elecciones “democráticas” no podían tener otro resultado más que lo aprobado por esa serie de actos cumplidos por medio de la sujeción contrarrevolucionaria por los mismos mencheviques, sus cómplices y protectores extranjeros.

Comparar aquello con el golpe de estado del 7 de noviembre, preparado por nosotros a la luz del día, reuniendo a las masas en torno al programa “Todo el poder para los soviets”, construyendo los soviets, luchando por los soviets y conquistando la mayoría contra los mencheviques y los socialistas revolucionarios, en lucha sin cuartel; que digan dónde está la verdadera democracia revolucionaria.

Tenemos ahora que repasar las formas relativas a la revolución tal como la conocemos por experiencia en los tiempos modernos.

Hasta este momento, la revolución no era posible sino en el caso en donde los intereses de la mayoría del pueblo, por diferenciaciones de clases, se encontraban en contradicción con el sistema existente de la propiedad y del régimen estático. Por eso la revolución comenzaba por las reivindicaciones “populares” elementales, en las cuales el interés de las clases poderosas, la inepticia de la pequeña burguesía, el estado político atrasado del proletariado encontraban su expresión. Solamente en el curso del cumplimiento efectivo de este programa se revelan los antagonismos interesados en el campo de la revolución. Los elementos poseedores y conservadores se unen inmediatamente en el bando de la contrarrevolución. Una después de otra, las distintas capas sociales oprimidas se levantan para luchar. Sus reivindicaciones se hacen más categóricas, sus métodos de lucha más implacables. La revolución llega a su punto culminante. Para que siga ascendiendo, le falta o las bases materiales (en lo que atañe a la producción), o una fuerza política consciente (el partido). Es entonces cuando la curva comienza a descender por poco tiempo o por un largo periodo histórico. El partido extremo de la revolución o queda eliminado del poder, o restringe su programa de acción, en espera de que se produzca un cambio a su favor en la relación de fuerzas.

Sólo exponemos aquí la fórmula algebraica de la revolución sin los significados exactos de clase, pero ello es suficiente por el momento, pues se trata de la relación entre las fuerzas vivas, que se engrandecen en la lucha, y las fuerzas de la democracia.

Las instituciones parlamentarias heredadas del pasado (Estados Generales en Francia, la Duma del Imperio Ruso), pueden en algún momento darle un impulso a la revolución, pero pronto la contrarrestan.

Los representantes elegidos en el primer periodo de la revolución reflejan inevitablemente el amorfismo político, ingenuidad, bondad que refleja indecisión. Por ello pronto se convierten en un freno para el desarrollo revolucionario: si no se encuentra la fuerza revolucionaria capaz de saltar ese obstáculo, la revolución no progresa, y por el contrario marcha hacia atrás. La contrarrevolución barre la Constituyente. Así sucedió en la revolución de 1848: el general Wrangel liquidó la Asamblea Constituyente Prusiana, que no había sabido desembarazarse de él y que a su vez no había sido liquidada en el momento necesario por el partido revolucionario. Nosotros también tuvimos nuestro Wrangel, que por lo visto había heredado la propensión de su abuelo. Pero nosotros lo liquidamos. Si ello fue posible, fue porque previamente habíamos liquidado la Asamblea Constituyente. La Constituyente de Samara tuvo un desenlace como el prusiano, y Koltchak fue su enterrador.

La Revolución Francesa pudo actuar cierto tiempo con representaciones institucionales, a pesar de estar siempre en retraso con los acontecimientos, solamente porque Alemania, en aquella época, estaba reducida a nada y porque Inglaterra no podía comprometerse en el continente. Así, la Revolución Francesa (en eso se distingue de la nuestra) tuvo en sus comienzos una larga “tregua” exterior que le permitió, hasta cierto punto, ajustar y adaptar, sin prisas, las representaciones democráticas a las necesidades de la revolución. Cuando la situación se tornó amenazadora, el partido revolucionario dirigente no orientó su política en el sentido formal de la democracia, sino, con la cuchilla de la guillotina, talló con prisa la democracia a la medida de sus necesidades políticas: los jacobinos exterminaron a los miembros derechistas de la

Convención e intimidaron a los centristas del Marais. La revolución no siguió el curso del río democrático; se encauzó por los recovecos y los acantilados de la dictadura terrorista. La historia, en suma, no conoce revolución que se desenvuelva por la vía democrática. La revolución es un grave litigio que no se resuelve jamás por la forma, sino por su fondo. Sucede con frecuencia que algunas personas pierden su fortuna y también lo que llaman honor, en un juego puramente convencional como es el juego de naipes; pero las clases nunca consienten el perder su haber, su poder o su honor en el juego convencional del parlamentarismo democrático. Ellas resuelven siempre el asunto con seriedad, es decir, conforme al dictamen verdadero de las fuerzas materiales y no en beneficio de su representación ficticia.

No podríamos poner en duda que aun en países donde el proletariado, como en Inglaterra, compone la mayoría de la población, una institución representativa que fuese creada por la revolución obrera reflejaría al mismo tiempo que las primeras reivindicaciones de la revolución, las tradiciones monstruosamente conservadoras de ese país. La persona de un líder trade-unionista inglés de hoy en día es una amalgama de prejuicios religiosos y sociales que se remontan a una época muy alejada, contemporánea a la restauración de la catedral de San Pablo; de hábitos prácticos de funcionario de organización obrera viviendo en una época de madurez política; de rigidez de pequeño burgués con visos de respetabilidad; de conciencia relajada de político obrero familiarizado con todas las traiciones. Añadamos a esto las influencias intelectuales, doctrinales, “fabianas” diversas: moral socialista de los predicadores domingueros, sistemas racionalistas de los pacifistas, diletantismo de los socialistas aficionados, estrechez obstinada y altanera del “fabianismo”. Si las condiciones actuales en Inglaterra son extremadamente revolucionarias, el largo pasado histórico de ese país ha marcado, con un sello conservador poderoso, la conciencia de la burocracia obrera y aun la de los obreros calificados. En Rusia, los obstáculos a la revolución socialista son objetivos; consisten en el parcelamiento de la propiedad agrícola campesina y en el atrasado estado técnico. En Inglaterra son subjetivos; consisten en el estancamiento ideológico de todos los Henderson y Snowden del Reino Unido. La revolución obrera franqueará esos obstáculos por medio de métodos depurativos que aplicará sobre sí misma. Pero no hay ninguna esperanza de que lo consiga por medio de la democracia. M. Macdonald lo impedirá, no en su programa, sino por el hecho de su conservadurismo personal.

Dada la inestabilidad de las relaciones sociales en el interior y los bruscos cambios siempre peligrosos del exterior, no es dudoso presumir, que si la Revolución rusa hubiese tenido como traba el democratismo burgués, hace ya tiempo que hubiera quedado en la cuneta con la cabeza cortada. Kautsky declara en sus escritos que el derrumbamiento de la República soviética no sería una pérdida para la revolución internacional. He aquí otra cuestión. Estamos persuadido de que el derrumbamiento de la República del proletariado ruso sería de considerable alivio para muchas personas, que inmediatamente dirían que desde un principio ellos habían supuesto que tal cosa ocurriría. Kautsky nos daría a conocer su milésimo escrito, en el que explicaría el porqué de la caída del poder de los obreros rusos, pero se olvidaría de explicarnos el porqué de su nulidad. En cuanto a nosotros, consideramos que el hecho de que la República soviética haya subsistido tantos penosos años es la mejor prueba de la vitalidad del sistema soviético. El sistema, evidentemente, no encierra en sí ninguna virtud maravillosa. Pero ha tenido la virtud de conservar al Partido Comunista, que se ha ligado estrechamente a las masas con la libertad de movimiento necesario para no paralizar su iniciativa, para preservarlas de los peligros del juego parlamentario, que es un tema de segundo o tercer orden dentro de las tareas fundamentales de la revolución. En cuanto al otro peligro, que consistiría en no advertir los cambios surgidos en los espíritus y las modificaciones en la correlación de fuerzas, hay que reconocer que, en el curso del último año, el soviétismo nos mostró en todos sus aspectos una vitalidad superior. Los mencheviques del mundo entero hablaron del Termidor de la Revolución rusa. Pero no son ellos, somos nosotros los que establecimos ese diagnóstico. Y, lo que es todavía más importante, el Partido Comunista ha hecho a las aspiraciones “termidorianas”, a las tendencias de la pequeña burguesía, las concesiones necesarias para la conservación del poder del proletariado sin romper el sistema y sin soltar el timón del mando. Un profesor ruso, que le

gusta pensar y al cual la revolución le ha sido provechosa, calificó, con bastante humor por cierto, nuestra nueva política económica de “descenso apretando los frenos”. Probablemente nuestro profesor (y no es el único) se representa este descenso, al cual no tenemos la intención de quitarle importancia, como algo definitivo y decisivo. Pronto deberá convencerse de que, a pesar de la importancia de ciertos desvíos, nuestra política se levanta siempre y conserva su dirección fundamental. Para convencerse de ello, no hay que juzgar por un hecho aislado, sensacional, sino siguiendo su sentido general y las necesidades de toda una época. En todo caso, “el descenso apretando los frenos” tiene para el proletariado en el poder las mismas ventajas que, para el régimen burgués, las reformas hechas oportunamente, y que disminuyen la presión revolucionaria. Esto debe de ser fácil de entender por Henderson, cuyo partido es un freno de seguridad para el uso de la sociedad burguesa.

¿Qué pensar ahora de la “degeneración” del sistema soviético, del cual, hace ya tiempo, los mencheviques de todos los países hablan en sus discursos y en sus escritos? Lo que llaman “degeneración” está conectado directamente con lo que llamaban “descenso apretando los frenos”. La revolución internacional atraviesa en este momento un período de cristalización, de reagrupación de sus fuerzas; exteriormente está pateando sobre el mismo punto e incluso parece dar marcha atrás. Es lo que explica en parte nuestra política económica. Es natural que en este penoso período, cuando el movimiento internacional padece un estado de estancamiento, esto repercute sobre la situación y el estado de espíritu de las masas trabajadoras de Rusia, y por lo tanto en el sistema de trabajo soviético. Nuestro aparato administrativo y económico ha realizado, en este tiempo, grandes progresos. Pero, evidentemente, la vida de los soviets, en cuanto a organismo representativo de las masas, no ha podido conservar la tensión que era su característica en el período de las primeras victorias interiores y en los momentos en que el peligro exterior amenazaba. Las luchas estériles de los partidos parlamentarios, sus combinaciones y sus intrigas revisten frecuentemente un carácter “dramático” extraordinario, en el momento en que las masas atraviesan una depresión moral. El sistema soviético no goza de una independencia tal. Refleja mucho mejor y más directamente a las masas y su estado de espíritu. Es monstruoso reprocharle como inferioridad lo que es su superioridad esencial. Solamente el desarrollo de la revolución en Europa volverá a dar un impulso más potente al sistema soviético. Pero tal vez se podría “reavivar la moral” de los trabajadores gracias a una oposición menchevique y a otros sistemas de parlamentarismo. Los países con democracia parlamentaria no faltan; pues bien, ¿dónde están los resultados? Habría que ser el más “obtusos” de los profesores de derecho constitucional, o el más renegado del socialismo, para negar que las masas obreras de Rusia, ahora, en la supuesta decadencia del régimen soviético, participan en la dirección de todas las ramas de la vida social de una forma mucho más activa, más directa, más constante, más decisiva que en ninguna república parlamentaria.

* * *

En los países donde el parlamentarismo funciona desde largo tiempo, se han formado una serie de mecanismos de transmisión compleja y variada, a través de los cuales la voluntad capitalista encuentra su expresión con la intervención de un Parlamento elegido por sufragio universal. En los nuevos países donde la civilización avanza lentamente, la democracia que se basa en las clases campesinas reviste un carácter mucho más sincero y, por lo tanto, muy instructivo. De la misma forma que para estudiar el organismo animal se empieza estudiando las amebas, de igual modo para empezar a comprender y estudiar los misterios del parlamentarismo inglés, tendríamos que estudiar la práctica de las constituciones balcánicas. Los partidos dirigentes que han ocupado el poder en Bulgaria desde el reconocimiento de la independencia de este país, han mantenido entre ellos una lucha implacable, aunque sus programas fuesen sensiblemente parecidos. Cada uno de los partidos llamados por el soberano a gobernar (proruso o progermano) comenzaba por disolver la Asamblea Popular y procedía luego a nuevas elecciones, en las cuales obtenía invariablemente una mayoría aplastante y no permitía a los partidos rivales más que dos o tres asientos en el Parlamento. Dos o tres años después, uno de esos partidos que habían sido reducidos a la nada en las elecciones democráticas, era llamado a

su vez por el soberano para hacerse cargo del poder, éste, a su vez, decretaba la disolución de la Asamblea Popular y obtenía la mayoría de escaños en las nuevas elecciones. La clase campesina búlgara, por su nivel intelectual y su experiencia política, no es inferior a la clase campesina georgiana: manifestaba invariablemente su voluntad política votando por el partido que se encontraba en el poder. Durante la revolución, los campesinos sólo sostienen a un partido cuando en el curso de los acontecimientos éste les demuestra que puede hacerse cargo del poder o que ya lo tiene entre sus manos. Así es como marchan con los socialrevolucionarios después de la revolución de marzo de 1917 y con los bolcheviques en noviembre. La dominación democrática en Georgia por los mencheviques tenía, en el fondo, esa característica “balcánica”, pero con la única diferencia de que la época era revolucionaria; se apoyaba en los campesinos, cuya impotencia para fundar durante el régimen burgués un partido autónomo capaz de dirigir el estado, está atestiguado por la historia. Son las ciudades las que, en los tiempos modernos, han elaborado programas de dirección política. Las revoluciones han revestido invariablemente un carácter cada vez más decisivo cuando las masas populares se aliaban más ampliamente con el destino del partido de extrema izquierda de las ciudades. Así sucedió en Munster, al final de la Reforma. Así sucedió en la gran Revolución Francesa, cuando los jacobinos consiguieron el apoyo del campo. Si la revolución de 1848 fracasó en sus primeros pasos, fue precisamente porque su ala izquierda, muy débil, no supo encontrar el apoyo en los campos, y la clase campesina, representada por el ejército, quedó para mantener el orden. La Revolución rusa actual tomó tal envergadura sólo porque los obreros supieron conquistar políticamente a los campesinos demostrándoles que eran capaces de crear un poder.

En Georgia, la debilidad numérica y el estado atrasado del proletariado, aislado además de los centros de la revolución, permitió al bloque político de los intelectuales pequeñoburgueses y de los grupos obreros más conservadores mantenerse mucho más tiempo en el poder. Por las revueltas e insurrecciones, la clase campesina georgiana trató de imponer sus reivindicaciones fundamentales, pero, como siempre, se reveló incapaz de crear un poder. Sus insurrecciones fueron reprimidas. Paralelamente a la represión, la treta parlamentaria hacía su juego.

La relativa estabilidad del régimen menchevique era debida a la impotencia política de las masas campesinas diseminadas, impotencia que los mencheviques mantuvieron artificialmente.

Lo consiguieron tanto más fácilmente cuanto que resolvieron la forma del poder efectivo en forma contraria a los principios de la democracia, organizando una fuerza armada independiente... sin lazo alguno con las instituciones democráticas. Queremos hablar de la Guardia Popular, de la que no hemos hablado hasta ahora más que incidentalmente. La organización de la Guardia Popular nos desvela los secretos y misterios de la democracia menchevique. Estaba bajo las órdenes directas del Presidente de la República y se componía de partidarios del régimen, escogidos y perfectamente armados. Kautsky decía: “*Solamente los camaradas experimentados y organizados pueden recibir las armas.*” En calidad de menchevique experimentado y organizado, Kautsky fue incorporado a título honorífico en la Guardia Popular georgiana. Esto es conmovedor; sin embargo, la organización de una guardia se concilia poco con la democracia. En su polémica contra los bolcheviques, Kautsky escribe en el mismo folleto: “*Si el proletariado o el partido del proletariado no controla y no tiene el monopolio de los armamentos, no puede, en un país agrícola, mantenerse en el poder más que con el apoyo moral de los campesinos.*” Pero a fin de cuentas, ¿qué era la Guardia Popular sino el monopolio de los armamentos en manos del partido menchevique? Paralelamente, se creó, a decir verdad, en Georgia, un ejército sobre la base del servicio militar obligatorio. Pero la importancia de este ejército es casi nula. En el momento de la caída del menchevismo (febrero y marzo de 1921), el ejército nacional no participó más que ocasionalmente en los combates y, por regla general, se pasó a los bolcheviques o simplemente se rindió sin combatir. Seguramente Kautsky está mejor informado. Que nos lo haga saber. Pero, ante todo, que nos explique por qué se necesitaba de una fuerte guardia pretoriana cuidadosamente preparada, si la democracia georgiana se apoyaba únicamente en las simpatías de las masas trabajadoras. Por qué ese monopolio, de armamentos en manos de los sufridos mencheviques y de los partidarios seguros

de régimen. Sobre ello Kautsky se calla. Macdonald, se sabe, tiene por regla el no tratar de profundizar sobre los hechos de la revolución, sobre todo estando acostumbrado a ver en Inglaterra a las tropas mercenarias velando por la seguridad de la democracia. Para los panegiristas de la democracia menchevique, la fuerza armada de este régimen es una bagatela de la cual es inútil preocuparse. En todo caso, la verdad era que la Guardia Popular disponía efectivamente de todo el poder. Junto con la Policía Especial, castigaba o perdonaba, arrestaba, fusilaba, deportaba. Sin consultar la Constitución, decretaba el trabajo obligatorio. Fernando Lassalle demostró de forma conmovedora que los cañones constituyen la parte más importante de toda Constitución. Como vemos, por encima de la Constitución georgiana sobresalía, armada hasta los dientes, la Guardia Popular, cuyos efectivos, según Kautsky, se elevaba a 30.000 mencheviques que operaban, no con el programa de la II Internacional, sino con los fusiles y los cañones, lo que constituía la parte más importante de la Constitución. Anotemos, además, que se encontraban en Georgia tropas extranjeras especialmente invitadas por los mencheviques para sostener su régimen.

El contraespionaje de la Entente, el contraespionaje de Denikin y de Wrangel y la Policía Especial menchevique actuaban en común en un amplio frente. Siempre el servicio de la Guardia Popular y de las tropas de ocupación, por la necesidad de luchar contra la anarquía, representaban verdaderamente la parte más efectiva de la "Constitución" del menchevismo georgiano. Los mencheviques, que constituían el 82 por ciento de la Asamblea Constitucional, eran, pues, la representación parlamentaria de los cañones de la Guardia Popular, de la Policía Especial, de la expedición militar inglesa y de la prisión celular de Tiflis. He aquí desvelado el misterio de la democracia. Y ¿lo vuestro? (pregunta irritada) la voz de Mrs. Snowden.

-¿Lo nuestro, señora? Para empezar, señora, si se comparan las instituciones, teniendo en cuenta la extensión del país y el número de la población, comprobamos que el aparato dictatorial del menchevismo georgiano es mucho mayor que el del gobierno soviético. Para convencerse de ello no hace falta más que una operación aritmética. Además, señora, hemos tenido en contra nuestra todo el universo capitalista, que nos hizo una guerra sin cuartel, en tanto que Georgia se vio siempre protegida por los países imperialistas victoriosos que nos combatían con las armas. En fin, señora (y esto tiene bastante importancia), no hemos negado nunca ni en ninguna parte que nuestro régimen no fuese el régimen de la dictadura revolucionaria de clase y sí el de la democracia pura que, como dicen, encuentra en sí mismo las garantías de su estabilidad. No hemos mentido como mienten los mencheviques georgianos y sus patronos. Estamos acostumbrados a llamar a las cosas por su nombre. Cuando hemos privado a la burguesía y a sus vasallos de derechos políticos, no recurrimos a la máscara democrática; actuamos declarando abiertamente que aplicamos el derecho revolucionario del proletariado victorioso. Cuando fusilamos a nuestros enemigos, no decimos que son las arpas de Eolo de la democracia las que se estremecen. Toda política revolucionaria honesta exige ante todo que no se engañe a las masas.

IX EL DERECHO DE LOS PUEBLOS A DISPONER DE ELLOS MISMOS Y LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

“Las potencias aliadas no tienen la intención de apartarse del gran principio del derecho de los países pequeños a disponer de ellos mismos. Renunciarán a ello únicamente cuando se vean obligadas a reconocer que una nación, temporalmente independiente, en su impotencia para mantener el orden, por su carácter belicoso, por sus actos agresivos y aun por la afirmación infantil e inútil de su propia dignidad, constituya un posible peligro para la paz del universo. Las grandes potencias no tolerarán una nación tal, porque están decididas a que la paz del mundo entero debe ser salvaguardada.”

En estos enérgicos términos el general inglés Walker inculcaba a los mencheviques georgianos el concepto de la relatividad del derecho de las naciones a disponer de sí mismas. Políticamente, Henderson está completamente de acuerdo con el general. Pero, en teoría, está enteramente de acuerdo en transformar el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos en un principio absoluto y a utilizarlo contra la República Soviética. El derecho de las naciones a disponer de ellas mismas es la fórmula esencial de la democracia para las naciones oprimidas. Allí donde la opresión de las clases y de las castas se complica con la esclavitud nacional, las reivindicaciones de la democracia revisten ante todo la forma de reivindicaciones para la igualdad, la autonomía o la completa independencia.

El programa de las democracias burguesas implicaba el derecho de las naciones a disponer de ellas mismas. Pero este principio democrático se puso en contradicción abierta, categórica, con los intereses de la burguesía de las naciones más poderosas. Pero resulta que la forma republicana de gobierno se conciliaba perfectamente con la dominación de la Bolsa. La dictadura del Capital se apoderó fácilmente de la técnica del sufragio universal. Pero el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos revistió y reviste un carácter amenazador de peligro inmediato, porque implica, en muchos casos, el desmembramiento del estado burgués o la separación de las colonias.

Las más poderosas democracias burguesas se han transformado en aristocracias imperialistas. Por intermedio del pueblo de la metrópoli, que se maneja por el régimen “democrático”, la oligarquía financiera de la City extiende su dominio sobre una masa formidable de seres humanos en Asia y África. La República Francesa, cuya población es de 38 millones de habitantes, no es más que una parte de un imperio colonial que cuenta con 60 millones de esclavos de color. Las colonias francesas, pobladas de negros, deben abastecer los contingentes cada vez más numerosos del ejército destinado a mantener la esclavitud colonial y la dominación de los capitalistas sobre los trabajadores en la propia Francia. El imperialismo, es decir, la tendencia a extender por todos los medios su mercado en detrimento de los pueblos vecinos, la lucha por el desarrollo de la potencia colonial, por el dominio de los mares, se ha vuelto cada vez más incompatible con las tendencias nacionales separatistas de los pueblos oprimidos. Así pues, como la democracia pequeñoburguesa, junto con la socialdemocracia, cayó bajo la dependencia política del imperialismo, el programa del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos ha sido, de hecho, reducido a la nada.

La gran carnicería imperialista ha introducido cambios decisivos sobre este punto. Durante la guerra, todos los partidos burgueses y patriótico-sociales jugaron la baza (pero al revés) del principio del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos. Por todos los medios, los gobiernos beligerantes se esforzaron en acaparar esta fórmula, empezando por las guerras entre ellos, siguiendo después en su lucha contra la Rusia soviética. El imperialismo alemán explotó la independencia nacional de los polacos, de los ucranianos, de los lituanos, de los letones de los estonios, de los finlandeses, de los caucásicos primeramente contra el zarismo y después en más grande escala contra nosotros. Junto con el zarismo, la Entente reclamaba la “emancipación” de los pueblos de los confines de Rusia.

La República Soviética, que había heredado el imperio zarista consolidado por la violencia y la opresión, proclamó abiertamente el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos y la libertad para constituirse en estados independientes. Dándose cuenta que este principio era importante en el momento de la transición al socialismo, nuestro partido, sin embargo, no lo transformó nunca en dogma absoluto, ni lo consideró superior a otras necesidades y tareas históricas. El desarrollo económico de la humanidad actual tiene unas características profundamente centralistas. El capitalismo ha creado las premisas esenciales para la constitución de un sistema económico mundial único. El imperialismo no es más que la expresión rapaz de esa necesidad de unidad y de dirección para toda la vida económica del globo. Cada uno de los grandes países imperialistas está constreñido en los cuadros de su economía nacional y aspira a extender sus mercados.

Su fin, más o menos ideal, es el monopolio de la economía universal. La rapacidad y el latrocinio capitalistas son ahora expresión de la tarea esencial de nuestra época: la coordinación de la vida económica de todas las partes del mundo y la creación, en interés de toda la humanidad, de una producción mundial armónica, penetrada del principio de la economía de fuerzas y de medios. Ello también es la tarea del socialismo.

Es un hecho que el principio del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos no puede estar por encima de las tendencias de unificación características de la economía socialista. En este sentido, ocupa en el curso del desarrollo histórico el lugar subordinado que le cabe a la democracia. El centralismo socialista no puede, por lo tanto, ocupar inmediatamente el lugar del centralismo imperialista. Las naciones oprimidas deben, por lo tanto, tener la posibilidad de revitalizar sus miembros anquilosados bajo las cadenas de la sujeción capitalista. Cuánto tiempo durará el período en que Finlandia, Checoslovaquia, Polonia, etc., se sentirán satisfechas con su independencia nacional es un problema cuya solución depende ante todo del curso general del desarrollo de la revolución social. Pero la impotencia económica de esos compartimentos estancos que son los diferentes estados nacionales se manifiesta en toda su extensión desde el nacimiento de cada nuevo estado nacional.

La revolución del proletariado no podría tener como tarea o como método la supresión mecánica de las nacionalidades y la cimentación forzada de los pueblos. La lucha en el dominio del lenguaje, de la instrucción, de la literatura, de la cultura le es completamente ajena, porque su principio rector no es la satisfacción de los intereses profesionales de los intelectuales o los intereses nacionales de los comerciantes, sino la satisfacción de los intereses fundamentales de la clase obrera. La revolución social victoriosa dejará a cada grupo nacional la facultad de resolver como estime conveniente los problemas de su cultura nacional, pero la revolución unificará (en provecho y con asentimiento de los trabajadores) las tareas económicas, cuya solución racional depende de las condiciones históricas y técnicas naturales, pero no de la naturaleza de los grupos nacionales. La Federación Soviética creará una forma estatal extremadamente móvil y ágil, que unirá las necesidades nacionales y las económicas de la manera más armónica.

Entre el Occidente y el Oriente, la República soviética surgió con dos lemas: dictadura del proletariado y derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos. En ciertos casos, esos dos estadios pueden quedar separados el uno del otro por algunos años o quizá por algunos meses. Para el inmenso Oriente, este intervalo de tiempo se medirá seguramente por decenas de años.

En las condiciones revolucionarias en que se encontraba Rusia, se necesitaron nueve meses de régimen democrático de Kerenski-Tseretelli para preparar las condiciones de la victoria del proletariado. Comparado al régimen de Nicolás II y de Rasputín, el régimen Kerenski-Tseretelli era históricamente un paso adelante. El reconocimiento de este hecho, al cual nunca nos hemos negado, no es la apreciación formal, la de los profesores, de los popes o de Macdonald sobre la democracia, sino el concepto revolucionario, histórico, materialista del significado verdadero de la democracia. Nueve meses de revolución bastaron a la democracia para dejar de ser un factor progresivo. Esto no quiere decir que se pudiera, en noviembre de 1917, por medio de un referéndum, obtener una respuesta exacta de la mayoría de los obreros y de los campesinos, si se les hubiera pedido que dijeran si estimaban haber pasado por una escuela preparatoria suficiente de democracia. Lo que quiere decir es que, después de nueve meses de régimen democrático, la conquista del poder por la vanguardia proletaria no se arriesgaba a chocar con la incomprensión y los prejuicios de la mayoría de los trabajadores. Por el contrario, contaba con la posibilidad de engrandecer y de consolidar sus posiciones atrayendo a una participación activa y ganando a su causa a masas trabajadoras cada vez más considerables. Es en esto, aunque les disguste a los cegados demócratas, en lo que consiste el significado del sistema soviético.

La separación de Rusia de las regiones periféricas del imperio zarista y su transformación en repúblicas independientes tuvo el mismo significado relativamente progresivo que la democracia en su conjunto. Solamente los imperialistas y los social-imperialistas pueden negar a los pueblos oprimidos el derecho de separarse del país al cual están ligados. Solamente los fanáticos y los charlatanes del nacionalismo pueden ver en la independencia nacional una meta. Para nosotros, la independencia nacional ha sido y sigue siendo todavía la etapa histórica, inevitable en muchos casos, hacia la dictadura de la clase obrera que, en virtud de las leyes de la estrategia revolucionaria, manifiesta, aun en el curso de la guerra civil, tendencias profundamente centralistas, opuestas al separatismo internacional y en concordancia con las necesidades de la economía socialista racional, metódica, del futuro.

¿Cuánto tiempo necesitará la clase obrera para liberarse de sus ilusiones de independencia nacional y dedicarse a la conquista del poder? He aquí una pregunta cuya solución depende de la rapidez del desarrollo revolucionario (que ya hemos señalado), así como de las condiciones internas y externas peculiares de cada país. En Georgia, la independencia nacional ficticia duró tres años. ¿Era verdaderamente necesario tres años o eran bastantes tres años para que las masas trabajadoras de Georgia se desembarazaran de sus ilusiones nacionales? Nos es imposible contestar a ello de una forma académica. Cuando el imperialismo y la revolución libran una lucha encarnizada sobre cada parcela del territorio del Globo, el referéndum y el plebiscito se transforman en ficción: mejor preguntárselo a los señores Korfanty y Zeligovski o a las comisiones especiales de la Entente. Para nosotros, la cuestión no se resuelve por los métodos de la estadística democrática, sino por los métodos de la dinámica revolucionaria. En suma, ¿de qué se trata en este caso?: de hecho, de que la revolución soviética georgiana, victoriosa con la indudable participación del Ejército Rojo (hubiese sido una traición el no ayudar a los obreros y a los campesinos de Georgia con la fuerza armada, ya que disponíamos de esa fuerza a nuestra disposición), se produjo después de una experiencia política de tres años de independencia nacional, en unas condiciones que le aseguraban no solo éxito militar temporal, sino el verdadero éxito político, es decir, la facultad de engrandecer y consolidar los fundamentos soviéticos en la misma Georgia. Y es precisamente en ello, aunque disguste a los pedantes de la democracia, en lo que consiste la tarea revolucionaria.

Tal como sus mentores en las cancillerías diplomáticas burguesas, los políticos de la II Internacional hacen irónicas muecas cuando nos oyen hablar del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos. ¡Engañabobos, trampas del imperialismo rojo!, exclaman. En realidad, esas trampas las pone la historia misma, que no resuelve los problemas en línea recta. En todo caso, no somos nosotros los que transformamos en trampas los zigzag del desarrollo histórico, porque, reconociendo de hecho el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, enseñamos siempre a las masas su significación histórica restringida y no le subordinamos, en ningún caso, los intereses de la revolución proletaria.

El reconocimiento por el estado obrero del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos es por sí mismo el reconocimiento de que la violencia revolucionaria no es un factor histórico todopoderoso. La República Soviética no se dispone a sustituir con sus fuerzas armadas los esfuerzos revolucionarios del proletariado de otros países. La conquista del poder del proletariado debe ser el fruto de su propia experiencia política. Esto no significa que los esfuerzos revolucionarios de los trabajadores (de Georgia, por ejemplo) no puedan encontrar ayuda armada del exterior. Esa ayuda debe llegar en el momento en que la necesidad se haya consolidado por el desarrollo anterior y haya madurado en la conciencia de la vanguardia revolucionaria sostenida por la simpatía de la mayoría de los trabajadores. Estas son las normas de la estrategia revolucionaria y no el ritual democrático.

La política real de la hora actual exige que ajustemos por todos los medios en nuestro haber, los intereses del estado obrero con las condiciones derivadas del hecho de que este estado está rodeado por todas partes por estados burgueses nacional-democráticos, grandes y pequeños. Son precisamente estas consideraciones derivadas de la apreciación de las fuerzas reales las que han

determinado nuestra política de concesión, de paciencia, de expectativa frente a Georgia. Pero cuando esta política de conciliación, después de haber producido políticamente todos sus frutos, no dio las garantías más elementales de seguridad; cuando el principio del derecho de las nacionalidades, en manos del general Walker y del almirante Dumenil, se convirtió en una garantía jurídica para la contrarrevolución, que preparaba un nuevo golpe contra nosotros, no encontramos y no pudimos ver ningún obstáculo de principio para responder a la llamada de la vanguardia revolucionaria de Georgia, hacer penetrar las tropas rojas en ese país para ayudar a los obreros y a los campesinos pobres a derribar, en el plazo más breve posible y con el mínimo de sacrificio, esa miserable democracia que se había hundido a sí misma por su política. No solamente reconocemos, sino que sostenemos con todas nuestras fuerzas el principio del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos allí donde está dirigido contra los estados feudales, capitalistas e imperialistas. Pero allí donde la ficción de la autonomía nacional se transforma en manos de la burguesía en una arma dirigida contra la revolución del proletariado, no vemos ninguna razón para comportarnos respecto a ese principio de otra forma que hacia los otros principios de la democracia, convertidos en su contrario por el Capital. Respecto al Cáucaso, la política soviética se encontró igualmente con esta relación nacional; lo que demuestra, mejor que nada, las relaciones recíprocas de los pueblos transcaucásicos actuales.

La época del zarismo fue una época de progrems bárbaros en el Cáucaso. Armenios y tártaros se asesinaban periódicamente. Estas sanguinarias explosiones de nacionalismo bajo el yugo de hierro del zarismo era la continuación de la lucha secular de los pueblos de la Transcaucasia entre sí.

La época “democrática” dio a la lucha nacional un carácter mucho más nítido y mucho más organizado. Desde el primer momento, se formaron ejércitos nacionales hostiles que combatían frecuentemente unos con otros. La tentativa de crear una República Transcaucásica burguesa sobre las bases del federalismo democrático fracasó lamentable, vergonzosamente. Cinco semanas después de su creación, la Federación se disgregaba. Algunos meses más tarde, las repúblicas “democráticas” se enfrentaban abiertamente unas con otras. Sólo esto basta para comprender el mal camino emprendido. Porque desde el momento en que la democracia, después de derrocado el zarismo, se sentía impotente de crear para los pueblos de Transcaucasia normas de vecindad pacíficas, era evidentemente necesario iniciar una nueva ruta. Solamente el poder soviético pudo establecer la concordia entre las naciones caucásicas. En las elecciones a los soviets, los obreros de Bakú y de Tiflis eligen un tártaro, un armenio o un georgiano sin importarles de su nacionalidad. En la Transcaucasia, los regimientos rojos musulmanes, armenios, georgianos y rusos conviven sin problemas. Cada uno por su parte siente y comprende que forma parte de una unidad. Ninguna fuerza conseguirá provocarlos contra los demás; por el contrario, todos juntos defenderán la Transcaucasia soviética de cualquier agresión exterior o interior.

La paz nacional de la Transcaucasia, obtenida gracias a la revolución soviética, es por sí misma un hecho de una inmensa importancia desde el punto de vista político, así como desde el punto de vista de la civilización. En esta forma es como se crea y se desarrolla el internacionalismo verdadero, vivo, que podemos oponer sin miedo a las disertaciones vacías y pacifistas con las que los caballeros de la II Internacional complementan el patrioterismo de sus distintas naciones.

La retirada de las tropas soviéticas de Georgia, después de un referéndum bajo el control de una comisión mixta compuesta de socialistas y de comunistas, no es más que una vulgar trampa imperialista que nos quieren tender bajo el lema democrático del derecho de las naciones.

Dejamos de lado toda una serie de cuestiones fundamentales ¿En virtud de qué derecho quieren imponernos los demócratas la forma democrática de consulta a las naciones, en lugar de la forma soviética, más correcta según nuestro punto de vista? ¿Por qué la aplicación del referéndum se limita sólo a Georgia? ¿Por qué se obliga a ello solamente a la República

Soviética? ¿Por qué los socialdemócratas quieren hacer un referéndum en nuestra casa cuando ellos no lo hacen en la suya?

Adoptemos, por unos instantes, el punto de vista de nuestros adversarios, si acaso lo tienen. Veamos el problema de la Georgia y examinémoslo aisladamente. El problema planteado es éste: creación de condiciones que permitan al pueblo georgiano expresar libremente (democráticamente, pero no soviéticamente) su voluntad.

1. ¿Cuáles son las partes en litigio? ¿Quién asegura la ejecución efectiva de las condiciones del acuerdo? Por una parte, verosíblemente, las repúblicas soviéticas aliadas. ¿Y por la otra? ¿No será la II Internacional? ¿Pero dónde está la fuerza material de que dispone para asegurar la ejecución de estas condiciones?

2. Aun si admitimos que el estado obrero acepte un acuerdo con... Henderson y Vandervelde y que, conforme a las cláusulas de este acuerdo, se creen comisiones de control compuestas de comunistas y de socialdemócratas, ¿qué hacer con la "tercera" fuerza, con los gobiernos imperialistas? ¿No intervendrán? ¿Acaso los vasallos socialdemócratas responden por sus amos? ¿Pero dónde están esas garantías materiales?

3. Las tropas soviéticas deben de retirarse de Georgia. Pero la frontera occidental de Georgia está formada por el mar Negro. Ahora bien, los barcos de guerra de la Entente dominan incontroladamente este mar. Los desembarcos de los guardias blancos realizados por los barcos de Inglaterra y Francia son de sobra conocidos por la población del Cáucaso. Las tropas soviéticas se marcharán, pero la flota imperialista se quedará. Para la población de Georgia, esto significa que debe buscar a cualquier precio un acuerdo con el verdadero amo de la situación (con la Entente). El campesino georgiano se dirá que aunque prefiera al poder soviético, desde el momento en que este poder se ve forzado, por ciertas razones (evidentemente, por su debilidad), a evacuar Georgia, a pesar de la amenaza permanente que representa el imperialismo para el país, no le queda a él, campesino georgiano, más que una cosa por hacer: buscar intermediarios entre él y ese imperialismo. ¿No es así como se quiere violentar la voluntad del pueblo georgiano e imponerle los mencheviques?

4. ¿O más bien nos van a proponer hacer partir del mar Negro a los barcos de guerra de la Entente? ¿Quién lo propondrá, los gobiernos de la misma Entente o Mrs. Snowden? Esta pregunta reviste cierta importancia. Pedimos esclarecerla.

5. ¿Adónde se dirigirán los barcos de guerra: al mar de Mármara o al Mediterráneo? Pero, siendo Inglaterra dueña de los Estrechos, esta diferencia carece de importancia. ¿Cuál es la salida?

6. ¿Se podría echar la llave a los Estrechos? ¿Y, tal vez, aprovechar la ocasión y entregarle la llave a Turquía? Porque el principio del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, no implica, sin embargo, que Gran Bretaña tenga en sus manos los Estrechos, Constantinopla, el mar Negro y, por añadidura, todo el litoral, sobre todo si consideramos que nuestra flota del mar Negro nos ha sido robada por los blancos y se halla en manos de la Entente.

Y así sucesivamente, y así sucesivamente.

Hemos formulado estas preguntas de la misma forma en que lo hubieran hecho nuestros adversarios, es decir, en el terreno de los principios y de las garantías democráticas. Y resulta de ello que tratan de engañarnos de la manera más desvergonzada: se nos exige el desarme material del territorio soviético, y como garantía contra las usurpaciones y los golpes de estado de los imperialistas y de los guardias blancos, se nos propone... una resolución de la II Internacional.

¿Será que ningún peligro imperialista amenaza al Cáucaso? ¿Mrs. Snowden no ha oído hablar del petróleo de Bakú? Tal vez no. En todo caso, podemos informarle que la vía de Bakú pasa por Tiflis. Este último punto es el centro estratégico de la Transcaucasia, cosa que no ignoran los generales franceses e ingleses. En el Cáucaso, existen actualmente organizaciones conspirativas de los guardias blancos bajo la solemne denominación de “Comités de liberación” y otros muchos, lo que no les impide recibir subvenciones de los propietarios ingleses del petróleo, de los propietarios de las minas de manganeso italianos, etc. Las bandas blancas reciben por mar los armamentos. La lucha está provocada por el petróleo y el manganeso. ¿Cómo llegar al petróleo? ¿Mediante Denikin, mediante el partido musulmán de los *musavat* o por las puertas de la “independencia nacional” cuyas llaves están en manos de la II Internacional? Esto es lo que les tiene sin cuidado a los propietarios del petróleo, con tal que consigan su objetivo. Denikin no ha conseguido vencer al Ejército Rojo; Macdonald, se dice, conseguirá tal vez que se retire pacíficamente: el resultado es el mismo.

Pero Macdonald no tendrá éxito. Problemas como éste no se resuelven mediante las resoluciones de la II Internacional, ¡aunque estas resoluciones no sean tan lamentables, tan contradictorias, tan bribonas y tan balbuceantes como las resoluciones adoptadas para Georgia!

X LA OPINION PÚBLICA BURGUESA. LA SOCIALDEMOCRACIA. EL COMUNISMO

Queda todavía por dilucidar una cuestión. ¿Por qué motivo los jefes de la II Internacional exigen de nosotros que evacuemos Georgia? ¿En nombre de qué principio? Admitamos que Georgia haya sido, en efecto, ocupada por la violencia y que esta ocupación sea obra del imperialismo soviético. ¿Pero con qué derecho Henderson, miembro de la II Internacional, ex-ministro inglés, nos viene a exigir a nosotros, del proletariado organizado como estado, de la III Internacional, del comunismo revolucionario, el desarme de la Georgia soviética? Cuando es Churchill quien lo exige, nos muestra con su dedo los grandes cañones de la marina y las alambradas del bloqueo. Pero Henderson, ¿qué nos enseña, por su parte? Las santas escrituras no son más que un mito; el programa de Henderson otro mito, pero menos ingenuo; en cuanto a sus actos, testimonian contra él.

No hace mucho, Henderson era ministro de una de las democracias del mundo, de su democracia, de la democracia de Gran Bretaña. ¿Por qué no propugnó que esa democracia, por la cual está presto a todos los sacrificios, hasta el punto de aceptar una cartera ministerial de manos del conservador-liberal Lloyd George; por qué, digo, no porfió, y ni siquiera trató de hacerlo, para que esa democracia empezara a cumplir, no nuestros principios (oh, no!), sino los suyos, los de él, Henderson? ¿Por qué no exigió la evacuación de la India y de Egipto? ¿Por qué no ayudó a los irlandeses cuando reclamaban su completa liberación del yugo inglés? Sabemos que Henderson, así como Macdonald, protestan periódicamente en tono melancólico contra los excesos del imperialismo inglés. Pero esta protesta impotente y cobarde no representa ni ha representado jamás una real amenaza contra los intereses de la dominación colonial del Capital británico; no ha provocado ni provocará ninguna acción resuelta decisiva; su único fin es el de mitigar los remordimientos de los ciudadanos “socialistas” de la nación y dar una salida al descontento de los obreros ingleses. Pero jamás intentó romper las cadenas de los esclavos coloniales. Los Henderson de todas clases no consideran que el dominio de Inglaterra sobre las colonias sea un asunto político, sino un hecho natural de la historia. En ninguna parte y jamás han declarado que los hindúes, los egipcios y los otros pueblos esclavizados tenían el derecho, aún más, estaban obligados, en nombre de su porvenir, a sublevarse contra la dominación inglesa; nunca han asumido, “en tanto que socialistas”, la obligación de ayudar a las colonias en su lucha por su libertad. Sin embargo, está fuera de duda que no se trata aquí sino del más elemental deber archidemocrático, deber motivado por dos razones: primero, los esclavos coloniales constituyen indudablemente una mayoría aplastante en comparación con la minoría dominante inglesa; seguidamente, esta minoría de por sí, y particularmente sus socialistas

oficiales, reconocen los principios democráticos como base esencial de su existencia. He aquí la India, por ejemplo. ¿Por qué no organiza Henderson un movimiento de insurrección para la retirada de las tropas inglesas en la India? Sin embargo, no existe, y no puede existir ejemplo más vívido, más monstruoso, más cínico de desconocimiento absoluto de las leyes democráticas que la servidumbre de este inmenso y desgraciado país al capitalismo inglés. Parecería, sin embargo, que Henderson, Macdonald y consortes deberían cada día (y no solamente el día, sino también la noche) lanzar el grito de alarma, exigir, llamar, denunciar, predicar la insurrección de los hindúes y de todos los obreros ingleses contra la bárbara violación de los principios democráticos. Pero no; se callan o (lo que todavía es peor) firman, de tiempo en tiempo, una resolución trivial y vacía como un sermón anglicano, resolución tendiente a demostrar que aun situados en el campo del dominio colonial, preferirían cortar rosas sin espinas y en todo caso, como leales socialistas británicos, no desean pincharse los dedos con las espinas. Cuando consideraciones supuestamente democráticas y patrióticas lo exigen, Henderson se sienta tranquilamente en un sillón de ministro del rey, y no se le ocurre que ese sillón está situado en el pedestal más antidemocrático del mundo: el dominio por un puñado de capitalistas, con la ayuda de unas decenas de millones de ingleses, de muchos cientos de millones de esclavos de color, en Asia y en África. Más aún: en nombre de la defensa de esa monstruosa dominación, disimulada bajo la máscara de la democracia, Henderson se alió a la dictadura militar y policíaca del zarismo ruso. Ministro de la guerra, ha sido usted por ello ministro del zarismo ruso, M. Henderson. ¡No lo olvide! Y, naturalmente, no le pasó por la imaginación a Henderson exigirle al zar, su patrón y aliado, la retirada de las tropas rusas de Georgia o de los otros territorios subyugados. En aquella época, Henderson hubiera calificado a una tal reivindicación de servicio al militarismo alemán. Y cualquier movimiento revolucionario dirigido en Georgia contra el zar hubiese sido considerado, como la insurrección irlandesa, como resultado de la corrupción y la intriga alemanas. En verdad, uno pierde la cabeza ante tales contradicciones y monstruosas inepticias. Y, sin embargo, están en el orden de las cosas; porque la dominación por Gran Bretaña, o más bien por sus dirigentes, de un cuarto de la población del globo, no es considerada por Henderson como un asunto político, sino como un hecho natural de la historia. Estos demócratas están imbuidos hasta el tuétano de los huesos de la ideología de los explotadores, de los parásitos, de los antidemócratas, en cuanto concierne a las razas cuya piel es de otro color que el de la suya, que no leen a Shakespeare y no llevan cuello duro; así, con todo su socialismo “fabiano”, decrépito e impotente, son prisioneros de la opinión pública burguesa.

Teniendo tras ellos a la Georgia zarista, a Irlanda, Egipto, la India, ¿no sienten vergüenza al exigirnos (que somos sus enemigos y no sus aliados) la evacuación de la Georgia soviética? Esta exigencia grotesca y carente de fundamento constituye, sin embargo (por muy extraño que parezca a primera vista) un homenaje involuntario rendido a la dictadura del proletariado por la democracia pequeñoburguesa. No entendiéndolo o no queriéndolo entender más que a medias, Henderson y sus consortes dicen: “No se puede, evidentemente, exigir de la democracia burguesa, de la que somos sus ministros cuando se nos invita, que tome en cuenta seriamente el principio democrático del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos; como no se nos puede pedir (a nosotros, socialistas pertenecientes a esta democracia y honorables ciudadanos de una nación dominante, que oculta la esclavización con ficciones democráticas) que ayudemos seria y eficazmente a los esclavos de las colonias a sublevarse contra sus opresores. Pero ustedes, por el contrario, que representan la revolución constituida en estado, están obligados a hacer lo que nosotros no estamos en condiciones de realizar por falta de valor, por falsedad e hipocresía”.

Dicho de otra forma, poniendo a la democracia por encima de todo, reconocen, sin embargo, voluntariamente o no, la posibilidad y aun la necesidad de dictarle a la dictadura del proletariado exigencias tan poco moderadas que parecerían cómicas o simplemente estúpidas si se las pidieran a la democracia burguesa, para la cual estos señores cumplen funciones de ministros o de leales diputados.

Así es como dan a su valoración involuntaria de la dictadura del proletariado (que, sin embargo, rechazan) una forma apropiada a su tartamudeo político. Exigen de la dictadura que se constituya y se defienda, no con sus propios métodos, sino mediante los que ellos reconocen verbalmente como obligatorios para la democracia, sin jamás emplearlos de hecho. Ya hemos hablado de ello en el primer manifiesto de la Internacional Comunista; nuestros enemigos exigen que defendamos nuestras vidas según las reglas de la lucha francesa, es decir, conforme a las reglas establecidas por nuestros enemigos, que por su parte no la consideran válida en su lucha contra nosotros.

* * *

Para refrescar y precisar sus ideas sobre la política de las “democracias occidentales” hacia los pueblos atrasados, así como el papel desempeñado en esta política por la II Internacional, basta con leer las memorias de M. Paléologue, antiguo embajador francés en la Corte Imperial. Si este libro no existiera, habría que inventarlo. Tendríamos que inventar también a M. Paléologue, si no nos hubiera librado de esa pena con la aparición, de lo más oportuno, de su libro en el mundillo de la literatura. M. Paléologue es un representante acabado de la Tercera República, que posee, además de un nombre bizantino, una mentalidad esencialmente bizantina. En noviembre de 1914, en el curso de la Primera Guerra Mundial, por intermedio de una dama de la Corte recibe, con órdenes “superiores” (sin duda de la emperatriz), una carta autógrafa de Rasputín conteniendo piadosas instrucciones. M. Paléologue, representante de la República, responde lo siguiente a las instrucciones de Rasputín: “*El pueblo francés, que conoce el corazón humano, comprende perfectamente que el pueblo ruso encarna su amor a la patria en la persona del zar...*” Esta carta, escrita por un diplomático republicano, con el deseo de que llegase hasta el zar, fue escrita diez años más tarde del 22 de enero de 1905 y ciento veintidós años después de la ejecución de Luis Capeto, la persona que por entonces representaba para el pueblo francés su amor a la patria. Lo que extraña no es el ver a M. Paléologue, conforme a la infamia de la diplomacia secreta, ensuciarse su faz republicana en el barro en que se revolcaba la corte imperial; lo que sí extraña es que realice esta vergonzosa tarea por su propia iniciativa y que informe abiertamente a esa misma democracia que representaba tan llanamente en la corte de Rasputín. Pero esto no le ha impedido el ser hoy un hombre político de la “república democrática” y ocupar un puesto destacado. Habría que extrañarse, si no conociéramos las leyes del desarrollo de la democracia burguesa, que se elevó hasta Robespierre para terminar en Paléologue.

La franqueza del antiguo embajador esconde, sin embargo, lo que no ofrece dudas, la astucia bizantina más refinada. Si nos revela tanto, es para no decirlo todo. Tal vez trata sólo de adormecer nuestra curiosa sospecha. ¿Acaso se pueden saber las exigencias planteadas por el caprichoso y todopoderoso Rasputín? ¿Quién puede conocer los tortuosos caminos que Paléologue debía seguir para salvaguardar los intereses de Francia y de la civilización?

En todo caso, podemos estar seguros de una cosa: que M. Paléologue pertenece hoy a un grupo político francés que está dispuesto a jurar que el poder soviético no es la encarnación de la voluntad del pueblo ruso y que no cesa de repetir que no serán posibles nuevas relaciones con Rusia hasta el día en que “instituciones democráticas regulares” pongan la dirección de Rusia en manos de los Paléologue rusos.

El embajador de la democracia francesa no está solo. Sir Buchanan está a su lado. El 14 de noviembre de 1914, Buchanan, según Paléologue, decía a Sazonov lo siguiente: “*El gobierno de Su Majestad británica ha sido llevado a reconocer que LA CUESTIÓN DE LOS ESTRECHOS Y LA CUESTIÓN DE CONSTANTINOPLA DEBERÁN SER RESUELTAS CONFORME AL DESEO DE RUSIA. Yo me siento feliz de decirlo.*” Es así como se elaboraba el programa de la guerra para el derecho, la justicia y la libertad de los pueblos a disponer de ellos mismos. Cuatro días más tarde, Buchanan informaba a Sazonov: “*El gobierno británico se verá obligado a anexionarse Egipto. Y expresa la esperanza de que el gobierno ruso no se opondrá.*” Sazonov

se apresuró a afirmarlo. Y, tres días después, Paléologue “recordaba” a Nicolás II que “*Francia posee en Siria y en Palestina un precioso patrimonio de recuerdos históricos, de intereses morales y materiales... Yo cuento con que Vuestra Majestad aprobará las medidas que el gobierno de la república tenga a bien tomar para salvar ese patrimonio.*”

¡Si, ciertamente!, responde Su Majestad.

En fin, el 12 de marzo de 1915, Buchanan exige que a cambio de Constantinopla y de los Estrechos, Rusia ceda a Inglaterra la parte neutra, es decir, la parte aún no repartida de Persia. Sazonov respondió: “*De acuerdo.*”

Así, dos democracias, conjuntamente con el zarismo, que se encontraba, también en esa época, bajo la influencia de los principios democráticos de la Entente, resolvían los destinos de Constantinopla, de Siria, de Palestina, de Egipto y de Persia. M. Buchanan representaba la democracia británica ni mejor ni peor que M. Paléologue la democracia francesa. A raíz de la caída de Nicolás II, M. Buchanan conservó su puesto. Henderson, ministro de Su Majestad y, sin temor a repetírnos, socialista inglés, vino a Petrogrado bajo el régimen de Kerenski para reemplazar a Buchanan en caso de necesidad, porque le había parecido a no sé qué miembro del gobierno inglés que, para conversar con Kerenski, era necesaria otra forma de hablar que la que se necesitaba con Rasputín.

Henderson examinó la situación en Petrogrado y juzgó que M. Buchanan estaba bien en su puesto como representante de la democracia inglesa. Buchanan tenía, sin ninguna duda, la misma opinión que el socialista Henderson.

En cuanto a M. Paléologue, él, por lo menos, presentaba a “sus” socialistas como ejemplo a los displicentes dignatarios zaristas. Refiriéndose a la propaganda llevada a la corte por el conde Witte con el fin de poner más pronto término a la guerra, M. Paléologue le dice a Sazonov: “*Vea a nuestros socialistas, son impecables.*” (pág. 189). Esta apreciación de los señores Renaudel, Semblat, Vandervelde y de todos sus partidarios, en boca de M. Paléologue, produce una cierta impresión, aun actualmente, después de todo lo que hemos vivido. Recibiendo él mismo las amonestaciones de Rasputín, de las cuales respetuosamente acusa recepción, M. Paléologue, a su vez, califica con aire protector, ante un ministro del zar, a los socialistas franceses y reconoce su impecabilidad. Las palabras: “*Vea a nuestros socialistas, son impecables*”, deberían servir de epígrafe y ser inscritas en la bandera de la II Internacional, de la cual hace ya tiempo que habrían haberle quitado las palabras relativas a la unión del proletariado del mundo entero, palabras que le van a Henderson como un gorro frigio a M. Paléologue. Los Henderson consideran el dominio de la raza sajona sobre las otras razas como un hecho natural, debido a su civilización. La cuestión del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos la conciben como algo fuera de su Imperio Británico.

En los comienzos de la guerra, contestando a esta objeción natural que se les hacía: ¿Cómo puede hablarse de la defensa de la democracia cuando somos aliados de los zaristas?, un socialista francés, profesor de una universidad suiza, dice textualmente: “*Se trata de Francia y no de Rusia; en esta lucha, Francia representa una fuerza moral; Rusia, una fuerza física.*” Hablaba de ello como de una cosa absolutamente natural, sin darse cuenta del patriotismo desvergonzado de sus palabras. Un mes o dos más adelante, a raíz de una discusión sobre el mismo tema, en la redacción de *L'Humanité*, en París, yo citaba las palabras del profesor francés en Ginebra: “*Tiene toda la razón*”, me contestó el director de ese diario. Recordé una frase de Renan, dirigida a la juventud: que la muerte de un francés era un suceso moral, en tanto que la muerte de un cosaco (Renan quería simplemente decir de un ruso) era un hecho de orden físico. Este monstruoso orgullo nacional tiene causas profundas. En tanto que otros pueblos seguían viviendo en la barbarie del Medioevo, la burguesía francesa tenía ya un pasado largo y glorioso. Más antigua todavía, la burguesía inglesa se había abierto paso hacia una nueva

civilización. De ahí su desdén hacia el resto de la humanidad, a la que considera como basura histórica.

Por su propia seguridad de clase, la riqueza de su experiencia, la diversidad de sus conquistas en el dominio de la cultura, la burguesía inglesa oprimía moralmente a su propia clase obrera envenenándola con su ideología de raza dominante.

De boca de Renan, la frase sobre el francés y el cosaco expresaba el cinismo de una clase efectivamente poderosa desde el punto de vista moral y material. El utilizar la misma frase por un socialista francés probaba el relajamiento del socialismo francés, la pobreza de su ideología, su dependencia servil hacia los detritus morales que les dejan caer sus dueños, los burgueses.

Si M. Paléologue, repitiendo en forma más suave las palabras de Renan, dice que la muerte de un francés representa una pérdida mucho más importante para la civilización que la muerte de un ruso, afirma con ello, o por lo menos lo deja adivinar, que la pérdida de un financiero, de un millonario, de un profesor, de un abogado, de un periodista francés, representa una pérdida incomparablemente mayor que la de un ebanista, de un obrero, de un chofer o de un campesino igualmente francés. Esta conclusión deriva infaliblemente de la primera. El aristocratismo nacional es, por su esencia, contrario al socialismo, no en el sentido igualitario y sentimental del cristianismo, que considera todas las naciones, todos los hombres, como un valor semejante en la balanza de la civilización, sino en el sentido de que el aristocratismo nacional, estrechamente ligado al conservadurismo burgués, está enteramente dirigido en contra del cambio revolucionario, único capaz de crear condiciones favorables para una cultura humana más elevada.

El aristocratismo nacional considera el valor cultural del hombre bajo el ángulo del pasado acumulado. El socialismo lo enfoca bajo el ángulo del porvenir. No hay lugar a dudas que del señor M. Paléologue, diplomático francés, emana más ciencia asimilada por él que de un campesino del gobierno de Tambov. Pero, por otra parte, no hay dudas de que el campesino de Tambov ha expulsado a los terratenientes y a los diplomáticos a garrotazos y ha establecido los fundamentos de una nueva cultura más elevada. El obrero y el campesino francés, gracias a su cultura superior, realizarán mejor este trabajo y avanzarán más rápidamente.

Nosotros, marxistas rusos, a causa del atrasadísimo desarrollo de Rusia, no tuvimos la base de la poderosa cultura burguesa. Hemos comulgado con la cultura espiritual de Europa, no por intermedio de nuestra lamentable burguesía nacional, sino de una manera independiente, asimilando y sacando hasta el fin las conclusiones más revolucionarias de la experiencia y del pensamiento europeos.

Ello aportó a nuestra generación ciertas ventajas. Y no voy a negar que la sincera y profunda admiración que sentimos por las creaciones del genio inglés en los más variados dominios de la creación humana, no hacen más que acentuar el desprecio, igualmente profundo y sincero, que sentimos por la ideología limitada, la trivialidad teórica y la falta de dignidad revolucionaria de los jefes relevantes del socialismo inglés. No son, en forma alguna, los precursores de un mundo nuevo; no son más que los epígonos de una vieja cultura que expresa, por su intermedio, el temor ante el porvenir. Su debilidad espiritual constituye en cierta forma el castigo por el pasado borrascoso y rico a la vez de la cultura burguesa.

La conciencia burguesa asimiló para sí las inmensas conquistas culturales de la humanidad, pero a su vez constituyó el obstáculo principal para el desarrollo de la cultura.

Una de las cualidades principales de nuestro partido, y que lo hace la palanca más poderosa del desarrollo de nuestra época, es su independencia completa e indudable con respecto a la opinión pública burguesa. Estas palabras tienen un significado mucho mayor del que creemos a primera vista. Ellas exigen comentarlas, sobre todo si tenemos en cuenta a ese ingrato auditorio que

constituyen los políticos de la II Internacional. Por ello estamos obligados a fijar cualquier idea revolucionaria, aun la más simple, con ayuda de sólidos clavos.

La opinión pública burguesa constituye un apretado tejido psicológico que encierra por doquier las armas y los instrumentos de la violencia burguesa, preservándola de esta forma lo mismo de los enfrentamientos particulares que del choque revolucionario fatal que, a fin de cuentas, es inevitable. La opinión pública burguesa activa está compuesta de dos partes: la primera comprende los conceptos, las opiniones y los prejuicios heredados que constituyen la experiencia acumulada del pasado, sólida capa de oportunas trivialidades y frivolidades; la otra parte está constituida por un mecanismo complejo, muy moderno y hábilmente dirigido, que tiene en cuenta la movilización del énfasis patriótico, de la indignación moral, del entusiasmo nacional, el fervor altruista y otras formas de engaños y mentiras. Tal es la fórmula general. Sin embargo, es necesario explicarlo con ejemplos. Cuando un abogado “cadete” que ha ayudado, a costa de Inglaterra o Francia, a preparar un nudo corredizo para la clase obrera, muere de tifus en una cárcel de la Rusia hambrienta, el telégrafo y la radio de la opinión pública burguesa transmiten una cantidad de oscilaciones ampliamente suficientes para provocar en la conciencia colectiva una necesaria reacción de indignación, preparada convenientemente por los Mrs. Snowden. Es evidente que todo el trabajo diabólico del telégrafo y de la radio capitalistas sería inútil si la mente de la pequeña burguesía no constituyera un resonador apropiado. Examinemos otro fenómeno: el hambre, en la región del Volga. Esta hambre, de un horror sin precedente, es debida, por lo menos en gran parte, a la guerra civil encendida en las regiones del Volga por los checoslovacos y por Koltchak, es decir, de hecho organizada y alimentada por el capital anglo-americano y francés. La sequía se abatió sobre un terreno previamente agostado, devastado, carente de ganado y de maquinaria agrícola. Si nosotros hemos encarcelado a algunos oficiales y abogados (a lo cual no nos hemos referido nunca como de ejemplo de humanidad), la Europa burguesa, y con ella América, han tratado a su vez de transformar Rusia entera en una prisión hambrienta, cercados con una muralla, al mismo tiempo que, por intermedio de sus agentes blancos, hacían asaltar, incendiar y destrozarnos nuestras flacas reservas. Si ponemos en la balanza la moral pura, habría que pesar las medidas rigoristas tomadas por nosotros durante nuestra lucha a muerte contra el mundo entero, y los sufrimientos infligidos a las madres de la región del Volga por el capitalismo mundial, cuyo único fin era el de recobrar los intereses de las sumas que nos habían prestado. Pero la maquinaria de la opinión pública actúa de una manera tan sistemática, con tanta seguridad e insolencia, y el cretinismo pequeñoburgués le presta una fuerza de repercusión tal, que Mrs. Snowden llega a guardar todos sus sentimientos humanitarios para... los mencheviques que hemos ofendido. La subordinación de los socialreformistas a la opinión pública burguesa pone límites infranqueables a su actividad, mucho más estrechos que las fronteras de la legalidad burguesa. De los estados capitalistas contemporáneos se puede decir, por regla general, que su régimen es tanto más “democrático”, “liberal”, y “libre”, cuanto que los socialistas nacionales son más respetables y cuanto la subordinación del partido nacional obrero a la opinión pública burguesa es más boba. ¿De qué le sirve un gendarme en su fuero externo a un Macdonald, cuando lo tiene ya en su fuero interno?

No podemos silenciar aquí un asunto que no podemos por menos de mencionar sin que nos acusen de atentar al decoro: queremos hablarles de la religión. No hace mucho que Lloyd George calificó a la Iglesia de estación central de distribución de fuerza motriz para todos los partidos y para todas las tendencias; es decir, para la opinión pública burguesa en su conjunto. Esto es, sobre todo, justo en lo que concierne a Inglaterra. ¿Quiere decir esto que Lloyd George se deja influenciar en política por la religión, que el odio de Churchill hacia la República soviética está dictada por su deseo de ir al cielo y que las notas de lord Curzon están sacadas del Sermón en la Montaña? No, el móvil de su política son los intereses vulgares de la burguesía que los ha llevado al poder. Pero “la opinión pública”, que por sí sola hace posible el funcionamiento normal de la sujeción estatal, encuentra en la religión su apoyo principal. La norma del derecho que domina a las personas, a las clases, a la sociedad entera como un látigo ideal, no es más que la transposición debilitada de las normas religiosas: ese látigo celeste que pende sobre la humanidad explotada. En suma, ayudar a un *docker* sin trabajo con argumentos

formales, con la fe en la inviolabilidad de la legalidad democrática, es algo condenado de antemano al fracaso. Lo que hace falta, ante todo, es un argumento material: un agente de policía bien armado con los pies en el suelo y, sobre él, un argumento místico: un policía eterno, con sus rayos, en el cielo. Pero cuando en la cabeza de los “socialistas” mismos el fetichismo de la legalidad burguesa se alía a la de la época de los druidas, entonces se tiene dentro un gendarme interior ideal, con la ayuda del cual la burguesía puede permitirse provisionalmente el lujo de observar, más o menos, el ritual democrático.

Cuando les hablamos de las traiciones de los socialreformistas, no queremos decir que sean todos, o que la mayoría de ellos sean simples almas en venta; bajo un tal aspecto no estarían a la altura del serio papel que les hace jugar la sociedad burguesa. Ni siquiera es importante saber en qué medida su respetable ambición de pequeño burgués se siente halagada por el título de diputado leal de oposición o por la cartera de un ministro del rey, aunque esto no sea necesario. Es suficiente saber que la opinión pública burguesa, durante los periodos de calma, les autoriza a quedarse en la oposición.

En los momentos decisivos, en cuanto se trata de la vida o de la muerte de la sociedad burguesa, o por lo menos de sus intereses primordiales, tales como la guerra, la insurrección en Irlanda, una huelga importante de mineros, o la proclamación de una República soviética en Rusia, la burguesía siempre ha encontrado el medio para comprometerlos haciéndolos ocupar una posición política útil al orden capitalista. No desearíamos darle a la personalidad de Henderson una envergadura titánica que no posee; podemos afirmar con certeza que Henderson, con su coeficiente de “partido obrero”, es uno de los pilares principales de la sociedad burguesa de Inglaterra. En el espíritu de los Henderson, los elementos fundamentales de la educación burguesa y los vestigios del socialismo se unen en un bloque compacto gracias a los cimientos tradicionales de la religión. La cuestión de la emancipación material del proletariado inglés no puede quedar seriamente sentada mientras no se libere el movimiento de sus líderes, de las organizaciones, del estado de espíritu que representa una sumisión humilde, tímida, dominada, cobarde y débil de los oprimidos a la opinión pública de sus opresores. Hay que desembarazarse del gendarme interior a fin de poder derribar el gendarme exterior.

La Internacional Comunista enseña a los obreros a despreciar la opinión pública burguesa y, en particular, a despreciar a los “socialistas” que se arrastran a los pies de los mandatos de la burguesía.

No se trata de un desprecio superficial, de declamaciones o de maldiciones líricas (los poetas de la burguesía ya la han hecho estremecerse muchas veces con sus insolentes provocaciones, sobre todo en lo concerniente a la religión, la familia y el matrimonio); se trata aquí de una profunda emancipación interior de la vanguardia proletaria, de las trampas y zancadillas morales de la burguesía; se trata de una nueva opinión pública revolucionaria que permitiría al proletariado, no con palabras, sino con hechos; no con la ayuda de invocaciones líricas, sino cuando es necesario, con las botas, pisotear las ordenes de la burguesía y alcanzar la meta revolucionaria elegida libremente, que constituye al mismo tiempo una necesidad histórica.

Edicions internacionals Sedov



2ª edición en Internet

germinal_1917@yahoo.es
www.grupgerminal.org